



# Verano del 89

de

H. G.

Lectulandia

Verano del 89 es una novela donde se narran las vivencias de un grupo de chicos y chicas durante esa época, sus experimentos con la tabla de ouija, y sus incursiones en el mundo del misterio y lo sobrenatural. Para ellos sólo es un juego más, pero pronto se darán cuenta de que hay puertas que, una vez abiertas, no se pueden volver a cerrar.

Hay veranos que se recuerdan toda la vida.

**Lectulandia**

H. G. Abad

# **Verano del 89**

ePub r1.0

Titivillus 25.04.2017

H. G. Abad, 2016

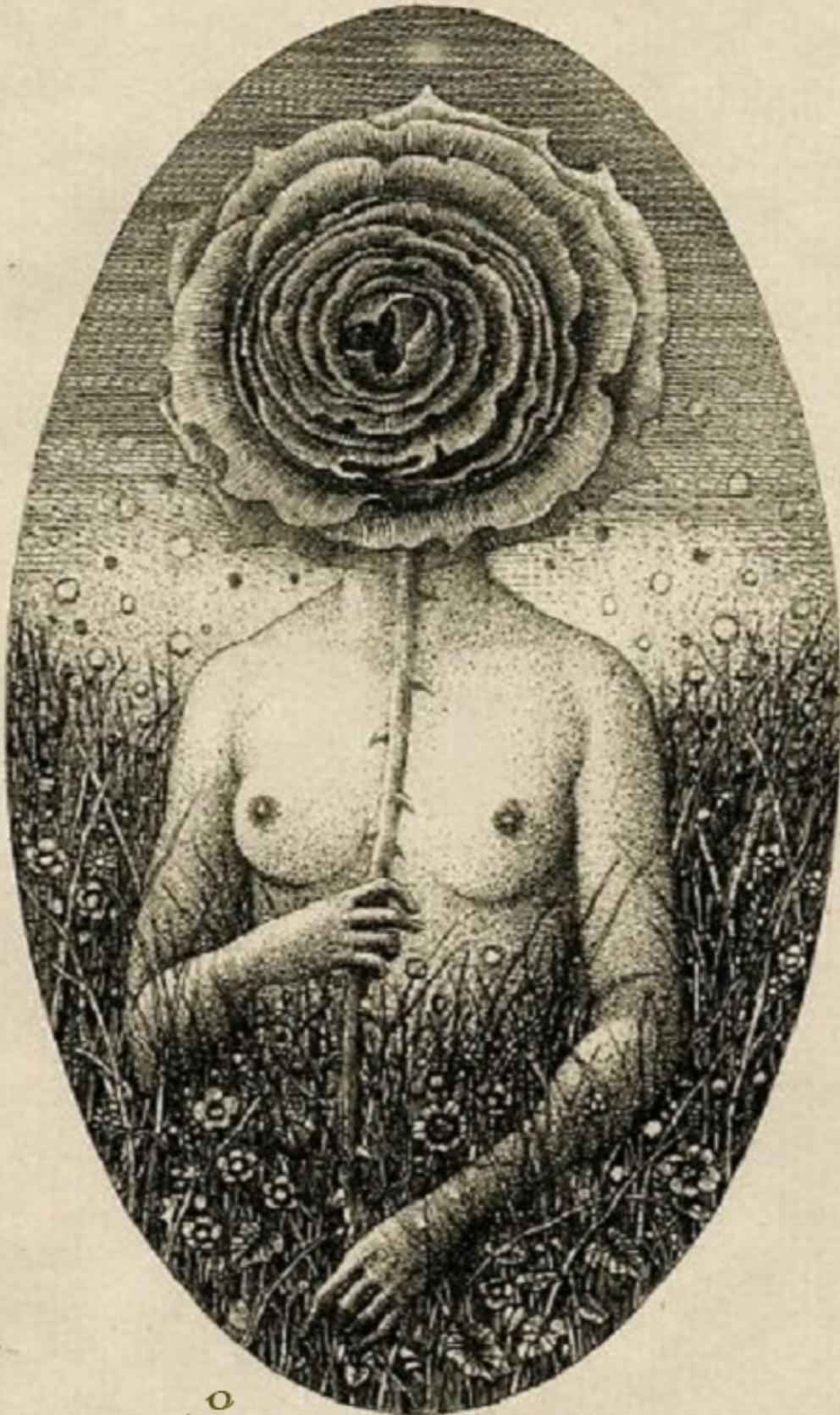
Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

se



4<sup>o</sup> aniversario

# PRÓLOGO

Tengo un pensamiento recurrente que siempre surge en las noches de insomnio. Por más que quiera olvidarme de aquello, no puedo. Aún sigue royendo mi conciencia tiempo después. Es algo que ocurrió hace varios años, en el verano del 89, cuando yo era un adolescente. Me acuerdo de los que entonces eran mis amigos, y de los buenos momentos que pasamos juntos; y de mis enemigos, y de los malos momentos que me hicieron pasar. Recuerdo a mi abuelo contándome sus locas historias, y a mi abuela dando vueltas por la cocina sin parar. Recuerdo al Cura buscando la fama, y al sargento Gracia persiguiendo a un fantasma. Y, sí, también me acuerdo de aquellas sesiones con la tabla de ouija.

Hay veces que parece rasgarse ese fino velo que separa este mundo del otro, y entonces, atisbamos una pequeña parte de lo que se esconde al otro lado; hay veces que la justicia misma lo atraviesa, y hay otras veces que las mismísimas puertas del infierno parecen abrirse de par en par.

Nunca me olvidaré de lo que ocurrió aquel verano, ni de lo bueno, ni de lo malo. Sin embargo, las desgracias han envejecido y ahora las veo difuminadas. En cambio, las alegrías todavía permanecen frescas en la memoria; aún brillan con esplendor a pesar del tiempo. ¿Te acuerdas, Sonia, de aquella tarde a la orilla del río? Y cuando pienso en eso, me entran ganas de volver a ser un niño, para mirar otra vez con unos ojos más puros, para sentir de nuevo la magia de la vida.

En las noches que ese recuerdo viene a mi mente, lo veo todo tan claro como si hubiese sucedido ayer. Todo había empezado bien y parecía que iba a ser un verano cualquiera.

# CAPÍTULO 1

## VACACIONES

Mi primer año en el instituto había terminado, gracias a Dios; había terminado con más pena que gloria, pero había terminado al fin y al cabo. No es que fuese un mal estudiante; echémosle la culpa a... digámoslo: factores externos al académico. En primer lugar, el paso del colegio al instituto había traído consigo problemas de adaptación que no conseguiría superar en todo el curso: profesores nuevos, compañeros nuevos, etcétera. Yo era un chico reservado que me costaba bastante hacer amigos; en cambio, los enemigos los hacía con una facilidad asombrosa, y aún hoy me sigo preguntando por qué. Tuve la desgracia de caer en el blanco de todos los matones del instituto. Y el peor de ellos era Willy, un chulo cuyo único propósito era burlarse de mí y amargarme la vida. Algunos compañeros de clase se unían a él; otros, simplemente, me ignoraban. Yo los odiaba a todos, y el único de ellos que se ofreció a defenderme, lo hizo con un soborno que al final acabaría aceptando. Las chicas de mi clase no me hacían mucho caso. No querían perder el tiempo con pardillos como yo, y se sentían más atraídas por los chulos como Willy. También a ellas las odiaba.

Sin embargo, en aquella bonita mañana a comienzos del verano yo era feliz. Tan sólo pensar que delante de mí tenía tres meses de vacaciones en los cuales iba a hacer lo que me diera la gana (o al menos, eso creía), me llevaban a cotas cercanas al éxtasis. No más clases aburridas, no más exámenes, no más madrugones y, lo más importante de todo, no más willys haciéndome la vida imposible.

Bajé a la cocina para desayunar, todavía en pijama.

—Buenos días, dormilón —dijo mi abuela.

—¿Ahora qué vas a hacer en todo el verano? —preguntó mi madre, mientras me ofrecía un vaso de zumo de naranja.

—Nada —respondí.

—Por cierto, ya he hablado con Paula —añadió ella—, y me dijo que los sábados por la mañana puede darte tres horas de clases particulares; o sea, que ya sabes.

Algo que no me disgustaba en absoluto, ya que Paula era la tía más buena del pueblo.

—¡Jooo! —dije, intentando aparentar disconforme con la idea.

—No hay *jo* que valga, a partir de ahora vas a ir todos los sábados a clases particulares como está *mandao*.

—Tienes que ir —añadió mi abuela.

Pensé en Paula mientras tomaba el zumo de naranja. Mi imaginación echó a volar soñando en lo que ella y yo podríamos hacer en esas tres horas, y por aquel entonces tenía mucha. La realidad era que a partir de ahora, todos los sábados por la mañana tendría una cita con las matemáticas, que era la única asignatura que me había quedado para septiembre. Y la verdad es que no me esforzaba mucho en aprobarla, pues no quería perderme las clases con Paula. Ella era muy buena estudiante: había terminado COU y en octubre se iría a la universidad. Tenía un novio de Gijón, y era habitual verlo los veranos conduciendo su furgoneta Volkswagen Joker de color amarillo. Era un tipo peculiar que rara vez se le veía fuera de su furgoneta, en la cual vivía, al menos, durante el verano. En la parte de atrás tenía un colchón, donde yo intuía que se tiraba a Paula. No sabía muy bien cómo se lo montaba, porque había dejado la universidad y, por lo visto, no trabajaba. Tampoco sabría decir si era un tipo guapo, ya que llevaba barba y el pelo largo y desaliñado, que prácticamente ocultaba su rostro. Pero algo debía de tener para que la buena de Paula saliese con él. Vestía de una forma muy rara, y cuando el año anterior le había preguntado a mi hermano Josi por qué vestía así, él me dijo: «Ése es un *hippy* de mierda; ése es un imbécil que se ha *quedao pillao* en los sesenta». Me preguntaba por qué no le caía bien a mi hermano. A mí no me parecía ningún imbécil: un tío que no trabajaba ni estudiaba y que, además, tenía una furgoneta donde probablemente se estuviese cepillando a la tía más buena del pueblo y de unos cuantos kilómetros a la redonda, era merecedor de mi admiración. Y, entonces, pensé que mi hermano estaba celoso de que ese *hippy* de mierda estuviese saliendo con Paula mientras él se la machacaba pensando en ella.

Mi hermano mayor Josi era un heavy que se había empeñado en hacer nuestra vida familiar más difícil. Flipaba con Iron Maiden, Guns & Roses y Kiss. Era el típico heavy que creía que lo de Bon Jovi era cosa de nenas. Todo había empezado cuatro años atrás, al entrar en el instituto. En primero de BUP vendría la música estridente y los pósters de melenudos. En segundo, que lo hizo dos veces, subiría un peldaño más en el escalafón; esta vez tocaba cambio de imagen: se dejó el pelo largo, como todo buen heavy, y comenzó a vestir con ropa de color negro. En tercero le daría una vuelta más de rosca y llegaría la marihuana, el hachís y lo último que se le había ocurrido: pintar la habitación de negro. La había pintado entera, excepto la pared opuesta a la puerta, en la que había dejado unas zonas en blanco que formaban las palabras *fuck you*. Mi madre no tenía ni idea de inglés, pero conociendo bien a Josi, nada bueno se imaginaba. Por supuesto que mis padres no aceptaban nada de eso. Ellos habían sido criados con los clásicos valores tradicionales, y en su baremo no había lugar para esos rollos heavies. Sin embargo, poco a poco iban cediendo, ante la imposibilidad de cambiar a mi tozudo hermano. «Lo tuyo es de psicólogo, chaval», era la frase más repetida por mi madre. No sé por qué tenía la extraña costumbre de recomendarle psicólogos a todo el mundo. Aún me acuerdo hoy de aquella madrugada de domingo en que mi padre había llegado borracho, y había entrado en la habitación de Josi con unas tijeras dispuesto a cortarle el pelo. Lo único que

conseguiría cortarle serían cuatro pelos y un cable de los auriculares, con los que se había quedado dormido. Al año siguiente, mi madre le encontró en la habitación una pequeña bolsa de plástico con marihuana. «¡Joder, mamá, que eso son hierbas medicinales para hacer infusiones!», había dicho él. «¡Hierbas medicinales para hacer infusiones, eh...!», le había contestado ella. Otra manía suya, aparte de los psicólogos, era que cuando escuchaba algo que no le gustaba, te lo repetía doblemente amplificado.

Y todo habían sido cesiones hasta hacía tres meses. Lo de pintar la habitación de negro había sido muy fuerte. Mis padres se habían propuesto enviarlo a un internado, donde estudiaría los próximos tres años. No habría más discusiones, la decisión ya estaba tomada. El internado estaba a unos setenta kilómetros de distancia. Empezaría en octubre y, en principio, los fines de semana los pasaría en casa. Por supuesto, yo estaba feliz con la idea; pensaba que el tener a mi hermano a setenta kilómetros de distancia uniría aún más nuestros lazos familiares. Sólo había una cosa que en aquel momento me hubiese hecho más feliz: que ese internado estuviese en... China, por ejemplo.

De mi hermano pequeño Samuel no tengo mucho que contar. Tenía ocho años y solía pasar bastante desapercibido. Se pasaba los veranos montado en su bicicleta. No tenía muchos amigos y había cogido la costumbre de seguirme a todos lados, algo que me molestaba bastante. A veces se quedaba dando vueltas en bici alrededor de nuestra casa, hasta que me veía aparecer, para pegarse a mí como una lapa. Se había olvidado de Josi, y yo era su hermano favorito.

Todavía no había terminado el zumo, cuando oí a alguien llamarme. Era Dani, mi mejor amigo, un tipo valiente al que pocas cosas le asustaban.

—¡Eh..., Mati, cabrón, baja!

—¡Ya voy! —grité.

Cuando salí de casa debían de ser las once y el sol ya estaba pegando fuerte.

—Tengo que ir a Pepa a comprarle a mi madre harina, tomates y no sé qué mierda más me pidió, ya no me acuerdo. ¿Vienes?

—Vamos —dije, y nos dirigimos al comercio de Pepa—. Los sábados tengo que ir a clase con Paula.

—¡Joder, tío, que bien te lo montas!

—Uno que sabe.

—Ésa ya me podía dar clases a mí de lo que tú y yo sabemos, ¿eh? —dijo él, sonriéndome.

—El *hippy* ése le debe estar enseñando bien.

—Ya ves, tío.

Al entrar a la tienda, Pepa nos echó la misma mirada de desconfianza de siempre, temiéndose lo peor. Y no era para menos, pues ella había sido el blanco de buena

parte de nuestras travesuras, no sé por qué. Quizá fuese porque la veíamos muy a menudo; Dani y yo íbamos mucho por allí. Pepa era la típica persona que se tomaba las bromas en serio. Tantas perrerías le habíamos hecho, tantas veces se lo había dicho a nuestros padres y tantas hostias nos habían caído, aunque no parecía importarnos. Como decía Dani: «La vida hay que vivirla al instante». No sabía muy bien lo que quería decir con eso, pero debía de ser cierto. Le habíamos tirado huevos podridos y petardos; le habíamos roto cristales y robado chucherías. Una de las más graciosas era que el verano anterior le habíamos puesto un sapo con un petardo de cinco duros en la boca, y lo habíamos explotado encima del mostrador, mientras ella estaba en la trastienda. A originalidad no había quien nos ganase. Sólo pretendíamos vivir la vida al instante. Un año después, Pepa ya parecía haberse olvidado de lo sucedido y había bajado un poco la guardia, lo suficiente como para hablar con Dani.

—¿Qué tal está tu padre? —preguntó.

—Bien, durmiendo la mona, como siempre —contestó él.

Al lado de la trastienda había una pequeña sala con un futbolín, que era donde matábamos el tiempo cuando nos aburríamos.

—Qué, ¿una rápida al futbolín? —dijo Dani.

Entramos en la sala y nos aseguramos de que Pepa estuviese en la trastienda. Como de costumbre, Dani se puso a abrir el cajón de las bolas con un alambre, mientras yo me quedé vigilando a la entrada, por si las moscas. El truco, que habíamos aprendido tres años atrás, se había convertido en un ritual. Habíamos echado cientos de partidas gratis y, sorprendentemente, Pepa no se había dado cuenta. La partida rápida duraría casi una hora. Salimos corriendo hacia casa de Dani; seguro que su madre ya llevaba tiempo maldiciéndolo. Nos despedimos y quedamos para la tarde. Segundos después, empezó el sermón de su madre y, con las ventanas de la cocina abiertas, yo podía escucharlo bien. Al cabo de una hora, cuando volví de comer, me quedé sentado en las escaleras de su casa, esperándolo. Curiosamente, la reprimenda de su madre todavía no había terminado, y además se había unido su padre. A Dani no parecía importarle mucho, él pasaba de todo. A los pocos minutos, salió con cara de pocos amigos.

—¡Esta casa es un infierno, vámonos de aquí! —dijo, y nos dirigimos hacia la antigua escuela.

Por un momento, me sentí afortunado por la familia que tenía, y no es que fuese ideal: entre mis padres y mis abuelos me daban buenas reprimendas, y Josi sabía cómo tocarme bien las pelotas, aunque ni mucho menos llegaba a los extremos de la familia de Dani. Su padre estaba prejubilado a causa de una enfermedad y, debido a que tenía mucho tiempo libre, se había aficionado a las partidas de cartas y a la bebida. Buena parte de su pensión, así como de su tiempo, lo malgastaba en el Bar Ámbar. Pero eso no era lo peor, sino las palizas que le daba a Dani y a su madre las madrugadas en las que llegaba borracho. Dani había intentado varias veces defender a su madre y había terminado él con otra paliza. Qué podía hacer, sólo era un chico de

quince años. Amaba a su madre y odiaba a su padre.

## CAPÍTULO 2

### PAULA

Llegamos a la escuela antigua, lugar predilecto por los jóvenes de nuestro pueblo para reunirse. La puerta estaba cerrada y teníamos que entrar por una ventana trasera. Había unos cuantos pupitres viejos y el suelo estaba cubierto de tablas sueltas, colillas y basura. Dani se dirigió hacia una esquina, quitó una piedra de la pared y sacó un paquete de Winston. Era el único de nosotros que fumaba y, por supuesto, lo hacía a escondidas. Su padre le daría otra paliza si le cogiese con un cigarrillo en la mano.

—¿Cuándo viene Sonia, sabes? —preguntó, mientras se sentaba en un pupitre.

—No sé, la próxima semana, creo.

—Debes de estar deseando verla, ¿eh? —yo miré hacia otro lado—. Pablo debe de estar al caer también.

En el verano, la población juvenil de mi pueblo, San Martín, se duplicaba. Varios chicos de Gijón, Oviedo y Madrid venían a veranear y a pasarlo bien. De todos ellos, cuatro eran amigos nuestros. Sonia era de Gijón, y junto con su hermana menor, Lorena, pasaban los veranos con su abuela. Era la chica más guapa y encantadora que había visto, junto con Paula, que era tres años mayor que yo y estaba fuera de mi alcance. Una brecha de tres años de diferencia entre los catorce y los diecisiete es una distancia imposible de acortar. Sin embargo, Sonia y yo éramos de la misma edad, sin nada que se interpusiese entre nosotros. Pablo también tenía nuestra edad y también era de Gijón. Por aquel entonces yo creía que todos los tíos guays venían de Gijón. Era muy aficionado al espiritismo y a los juegos de rol. Natalia era de Oviedo y tenía un aparato en los dientes que la afeaba cada vez que sonreía.

Empezamos a aburrirnos y a no saber de qué hablar. Dani tiró la colilla contra la pared y volvió a poner el paquete de Winston en su escondite. Debían de ser las cuatro de la tarde cuando salimos en busca de Gordi para reírnos un poco. Gordi era el tercero en discordia, y como su nombre indica, le sobraban unos cuantos kilos. Además, tenía un andar gracioso, estilo pato, con los talones juntos y las punteras mirando una a cada lado. Parecía carecer de vergüenza y estaba obsesionado con la pornografía. Tenía un par de revistas porno que le había comprado a Roge. No hacía mucho tiempo que habíamos descubierto el sistema para darnos placer, y Gordi le sacaba buen provecho, como si cada día fuese el último. Su madre le había cogido en más de una ocasión en plena faena, con las manos en la masa. La habitación, el baño, el pajar, el bosque: no había lugar que no le invitase a una buena paja. Ni los psicólogos ni los padrenuestros habían podido con él. Su madre había puesto innumerables velas a innumerables santos, pero los poderes del Cielo no estaban por

la labor. Nosotros, en cambio, nos lo pasábamos realmente bien con él. Vivía a las afueras del pueblo, en una granja. Tenían vacas, tenían cerdos, tenían gallinas y tenían a Gordi.

Al llegar a su casa, su madre nos dijo que había salido con los prismáticos, y no tenía idea adónde.

—¿Dónde se la estará machacando? —dijo Dani, y poco después le vimos venir corriendo—. ¡Mira la gorda cómo corre!

—¿Qué mosca le habrá picado?

—No tengo ni idea.

A unos cincuenta metros ya no podía más y paró a coger un poco de aire. Traía los prismáticos en la mano y tenía la misma camiseta sucia de rayas rojas que llevaba desde hacía un par de semanas. Cuando nos encontramos con él, no podía articular ni una palabra debido a lo fatigado que estaba.

—¡Eh, tíos! —dijo.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—¿Queréis ver a Paula en bolas?

—¿Qué...? —dijimos Dani y yo, mirándonos el uno al otro con un gesto de incredulidad.

—¡Paula, tíos, está tomando el sol con las tetas al aire!

Dani y yo volvimos a mirarnos con la boca abierta, sin acabar de creérnoslo.

—¡No jodas! —dijo Dani.

—¡No jodo, tío, es verdad!

No había más que esperar; el día-D había llegado, el día que habíamos estado soñando, el día que nos haríamos hombres, el día que viésemos la primera tía en tetas. Y, ¿qué mejor que empezar con Paula?

—¿Dónde? —pregunté.

—Debajo de su casa, en el huerto —dijo Gordi.

Sin pensárnoslo dos veces, salimos corriendo. Dani se paró y dijo:

—¡Eh, Gordi, la cámara de tu padre!

Ni Gordi ni yo habíamos pensado en ello, pero Dani había mantenido la suficiente calma como para pensar en una cosa así. Las ideas brillantes siempre se le ocurrían a él.

—¿Te imaginas una foto de Paula en bolas? —dijo Dani—. Seríamos los tíos más famosos del instituto.

Cuando llegamos a la casa de Paula, tuvimos que esperar un par de minutos por Gordi. En la parte trasera había un pequeño huerto rodeado por una pared, lo suficientemente alta como para no poder verlo desde el camino; así que, Dani y yo empezamos a escalar intentando hacer el menor ruido posible. Por lo visto, los padres de Paula habían ido a visitar a un pariente, y ella, al quedarse sola en casa, se le había ocurrido la brillante idea de ponerse a tomar el sol en *topless*. El primero que llegó arriba fue Dani.

—¿Qué ves? —pregunté.

No me hizo caso, y poco después se volvió hacia mí.

—La verdad es que la tía está buena de cojones —susurró.

Gordi era demasiado enclenque para escalar un muro de dos metros; o sea, que me armé de valor y subí. Cuando asomé la cabeza, allí estaba, a unos diez metros, tumbada sobre una toalla leyendo un libro y sin la parte de arriba del bikini. Dani empezó a decirme algo, pero no le presté atención: todos mis sentidos estaban en el par. Así permanecemos un tiempo, hasta que Dani cogió la cámara de fotos y se preparó para disparar. Sin embargo, perdió el equilibrio, se agarró a mi camiseta y los dos nos pegamos una buena hostia contra el suelo. La cámara de fotos a tomar por culo. A los pocos segundos, Paula se asomó al muro. Esta vez tenía la parte de arriba del bikini.

—¡Qué hacéis, idiotas! —dijo ella.

Yo no sabía dónde meterme, en aquel momento quería que la tierra me tragase.

—Se lo voy a decir a vuestros padres —continuó diciendo.

—Le vas a decir qué —dijo Dani—, ¿que estabas tomando el sol en bolas?

Sin una palabra más, pegó la vuelta y entró en su casa. Gordi cogió la cámara y empezó a blasfemar. Dani y yo todavía estábamos en estado de *shock*. Ya de camino a la antigua escuela, nos explayamos bien y exageramos un poco lo que habíamos visto.

—¡Meca!, y tú tienes que ir el sábado a clases con ella —dijo Dani.

Me dejé de piedra. Con la emoción del momento, no había pensado en ello, y sólo faltaban dos días para el sábado. ¿Qué le iba a decir? ¿Cómo me iba a atrever a presentarme delante de ella? Empecé a preocuparme mientras mis dos colegas se partían el culo de risa.

Cuando desperté a la mañana siguiente, sólo pensaba en dos cosas: primero, en las tetas de Paula, algo que me causaba bastante excitación; y luego, en el sábado, cuando nos veríamos las caras, algo que me causaba bastante preocupación. Con emociones mixtas me levanté de la cama y subí la persiana. El primer rayo de sol me cegó por un minuto. El día era igual que el anterior, soleado y caluroso. En la cocina estaba mi madre, mi abuela y Samuel, que por lo visto no se encontraba bien y tenía fiebre. Mamá y Buela estaban alrededor de él, sin quitarle la vista de encima, esperando la oportunidad para emplear sus remedios.

Cuando alguien caía enfermo en mi casa, inevitablemente tenía que pasar por las manos de mamá y Buela. Entre ellas dos daban el diagnóstico y decidían si había que llevar el enfermo al médico. Si no era grave, ellas mismas empezaban con el tratamiento. Buela empleaba remedios caseros que habían pasado de generación en generación, y eran algo sagrado para ella. Básicamente, consistían en infusiones, caldos y lo peor de todo, sus famosos jugos de hígado de cerdo. Esto último

levantaría a un muerto de la tumba. Por supuesto, rara vez daban resultado, pero la tradición familiar era sagrada. Mamá empleaba otros métodos más científicos. Su principal pasatiempo, aparte de recomendar psicólogos, era la medicación. Tenía un armario entero lleno de medicamentos, que ella misma había acaparado a lo largo de los años. La mayor parte estaban caducados, pero no le importaba. Si algo le había enseñado la vida a mi madre, era que más valía tener un medicamento y no necesitarlo, que necesitarlo y no tenerlo. Al contrario que los remedios de Buena, los tratamientos de mi madre solían dar resultado en enfermedades leves. Además, eran más fáciles de digerir. Samuel se conocía bien los procedimientos, y por eso, cuando vio a Buena sacar un trozo de hígado del congelador, salió disparado de la cocina.

Después de comer fui a la escuela antigua, donde me encontré con Dani, Gordi y Ana, otra amiga nuestra, contando chistes malos. Ni que decir tiene que los chistes predilectos de Gordi eran los verdes.

—Ahí viene el *pringao* —dijo Gordi, dándome la bienvenida.

—¡Hey, tíos, cómo lo lleváis! —dije.

—Aquí, contando chistes malos —dijo Ana.

—¿Sabéis el del burro y la oveja? —preguntó Gordi.

—Sí, alguien se chinga a alguien —contestó Dani.

—Corta el rollo —dijo Ana—, ya somos cuatro para echar una partida a las cartas.

Nuestro juego favorito era el tute: una manera amena de matar el tiempo, sobre todo, en verano. Nos pasamos casi dos horas charlando y jugando al tute, hasta que Gordi y Ana lo dejaron y se fueron. Dani y yo nos quedamos solos; ya podíamos empezar a hablar de cosas más importantes. Compartíamos muchos secretos, y era un gran alivio en aquella época de confusión, donde la vida parecía estar cambiando muy deprisa, tener a alguien semejante que te escuchaba y entendía. La primera media hora la pasamos hablando de Paula, después cambiamos de tema y, cuando nos cansamos, seguimos otra vez con Paula. Teníamos suficiente materia para hablar de ella durante días.

—Me pasé toda la noche soñando con esas tetas, tío, qué quieres que te diga —dijo Dani.

—Yo me pasé toda la noche soñando en el sábado por la mañana: llamo al timbre y aparece ella en bolas, pero esta vez sin la parte de abajo. ¡Uhh, flipas! —dije.

—Anda, tío, tú te pinchas algo, ya me contarás mañana.

—No sé si ir.

—Cómo que no sabes si ir..., tienes que ir por *güevos*.

—¿Y qué le digo?

—Qué le vas a decir, ¡que eres un gilipollas!

—Al menos, yo voy a pasar tres horas con ella en la intimidad, y pueden pasar muchas cosas.

—Puede pasar que se entere de que eres un pardillo. Además, todavía eres virgen.

—Ya, ¿y tú? —dije, con cara de sorpresa. Este año le había visto en el instituto besándose con una tía—. Que, ¿y tú y esa tal Mónica?

—Marta —dijo él—. No, todavía no, todo es cuestión de tiempo; un día de estos. ¿Y tú?

¿Yo?, yo ni siquiera había conseguido besar a una tía, como para pensar en perder la virginidad. Me parecía que estaba a años luz.

—Un día de estos —dije—. ¿Y el Gordi? —pregunté, riéndome, después de una breve pausa.

—El Gordi no creo que viva para contarlo —dijo Dani—; un día de estos se acabará matando a pajas.

No pude evitar soltar una carcajada. Nos reíamos mucho de él.

Como soldado que se va a la guerra, me sentí al levantarme el sábado por la mañana. Esperaba que a mi madre se le olvidase, pero no fue así, ya había venido a recordármelo. Tenía una memoria privilegiada para esas cosas. De camino a casa de Paula, empecé a pensar si había merecido la pena verle las tetas, a cambio del mal momento que iba a pasar al encontrarme con ella. Al llegar a la puerta de su casa pegué la vuelta sin llamar. Al cabo de media hora y después de considerar lo imbécil que había sido, me decidí por fin. Sabía que lo único que estaba haciendo era prolongar un poco más mi agonía, que tarde o temprano debía ir. Mis padres no consentirían un pire de clases aquí, y no tenía un plan B. «Que sea lo que Dios quiera», dije antes de llamar al timbre. Cuando Paula abrió la puerta, mi vista estaba clavada en el suelo.

—Hola, ¿dónde has estado?, llegas media hora tarde —dijo ella, con tono normal, sin mostrarse enfadada, casi sonriendo.

—Ya lo sé, tenía que hacer unas cosas —dije, aliviado.

Para mi sorpresa, esta vez sólo llevaba una camiseta de color rosa con Bugs Bunny estampado, aunque era lo suficientemente larga como para ocultarle las bragas. Estaba descalza: lo cierto es que esta chica no le tenía mucho amor a la ropa, algo que no me disgustaba. Entramos en un amplio salón con un gran ventanal que daba al huerto donde tomaba el sol. Nos sentamos en torno a una pequeña mesa redonda y empezamos a abrir libros. Yo había traído el mío del instituto, sin embargo, ella lo dejó a un lado y sacó uno el triple de gordo.

—No te asustes —dijo—, éste es para todo el BUP y es bastante bueno.

Empezamos con unas sencillas ecuaciones, que hacían a las temibles matemáticas parecer un juego de niños. Cómo había podido suspenderlas, me pregunté. Me di cuenta de que Paula no sólo era inteligente, sino que explicaba muy bien la materia, de una manera sencilla y amena, la cual me era desconocida. Y, además, para qué engañarnos, estaba como un tren. Los profesores de matemáticas que había tenido eran todos viejos, de mal carácter, y complicaban las cosas de tal manera que no

había forma de entenderlas. En cambio, allí sentado con Paula, las matemáticas empezaron a gustarme. Me dejó haciendo unos ejercicios, y ella se levantó y se puso a mirar por el ventanal con los brazos cruzados. Alcé la vista y la miré de arriba abajo, empezando por su bonita melena rubia. Su piel ya estaba un poco bronceada. Los rayos del sol la iluminaban como a un ángel. «Quiero ser *hippy*», pensé, y justo cuando mi imaginación se adentraba en terrenos desconocidos, ella se dio la vuelta y me pilló mirándola. Me sonrió y bajé la vista. Después se sentó a mi lado y clavó sus ojos en mí.

—¿Qué estabais haciendo el otro día detrás de mi huerto? —preguntó.

—¿Qué...? —dije, haciéndome el tonto.

—¿Me estabais espiando?

—No —dije, siempre con la vista fija en la libreta.

—¿Me viste tomar el sol? —preguntó, con un tono más suave y relajado, como si no le importase que le hubiese visto las tetas.

—No —repetí. Una pequeña mentira aquí no haría daño; el Cielo podía esperar. ¡Qué diablos!, tenía toda la vida por delante para ganármelo.

—¿Seguro?

—Sí.

—Olvídalo —dijo ella, concluyendo con el interrogatorio, después de ver lo colorado que me estaba poniendo.

Y yo se lo agradecí; ya había pagado suficiente penitencia por mis pecados. En la hora restante de clase no fui capaz a levantar la vista de la mesa. Lo dejamos a la una y regresé a casa con un buen sabor de boca. Las cosas no habían salido tan mal, después de todo.

## CAPÍTULO 3

### BUELO

A las dos solíamos comer todos juntos, menos Josi, que lo hacía solo en su habitación, escuchando música. Buela, Buelo, mamá, papá, Samuel y yo nos sentamos a la mesa. Durante la media hora que solía durar la comida, las conversaciones eran cosa de mayores; rara vez Samuel y yo hablábamos. El tema de hoy era Josi: algo bastante frecuente. Papá y Buelo querían ponerlo a trabajar en la madera durante el verano, y eso a mí me parecía muy bien, pero mamá y Buela no creían que fuese una buena idea. Entre alegaciones a favor y en contra transcurrió la comida.

Cuando terminé, salí a buscar a Dani y fuimos a la plaza: centro social y cultural del pueblo. Pablo ya había llegado, y nos reunimos con él y Ana. Era un chico bastante sociable y simpático. Empezó a contarnos historias del instituto y de todas las movidas guays que había en Gijón, dejando a San Martín, como siempre, en un lugar tercermundista. Dani y Ana también hicieron balance del curso. Yo me callé: mi única movida había sido con Willy, y no tenía muchas ganas de recordarla.

De vuelta en casa, vi a mi abuelo apoyado sobre la barandilla del huerto, fumándose un Farias. Los puros buenos sólo los fumaba los domingos y en ocasiones especiales, como bodas y bautizos. Según él, darse esos lujos durante la semana era pecado. Nunca lo había visto romper esa regla.

—¡Qué!, *tarás cansao* de *tar tol* día sin hacer nada —dijo él.

—Pues sí, estoy *cansao*.

—¡Ay Dios...! Cuando yo tenía tu *edá* no había tiempo *pa* ir a *correla* por ahí. *Taba tol* día *trabayandona* madera de por la mañana a la noche, y cuando venía *pa* casa, *tavía* tenía que *ayuday* a mi madre a *day* de comer a las pitas y a los *gochos* y a la madre que los parió. ¡Ay Dios!, la *juventú* de hoy día no *valís pa* nada, con tanto yogur y tanta mierda que coméis, cómo vais a *valir*. ¡*Pa* nada *valís*!

La crítica a mi generación era su fuerte, era algo que tenía que escuchar día tras día. Yo estaba acostumbrado y procuraba callarme. Cualquier cosa que yo decía, él la replicaba, y no había lugar para el razonamiento. Las historias de cuando él tenía mi edad eran sus favoritas, y siempre dejaba bien claro lo inútiles que éramos hoy en día y lo muy macho que era él. Exageraba bastante, dando retoques aquí y allá, y parecía que me estaba contando el argumento de una película, más que sus propias vivencias personales. Ya me gustaría verlo, cuando él tenía mi edad, subir el burro a hombros y traerlo a casa un día que se había quedado cojo. Curiosamente, sus historias iban aumentando en exageración según pasaban los años. El roble de más de veinte metros al que había subido cuando él tenía mi edad, este año ya eran casi treinta. El temporal

de nieve del 56, que dejó al pueblo incomunicado durante varias semanas, y en el que había caído más de metro y medio de nieve, este año parece ser que fue peor de lo que en un principio se pensaba: ya eran dos metros, y yo me temía que este hombre, bien entrado en los setenta, empezaba a desvariar. Sin embargo, su principal pasatiempo no era la dura crítica a mi generación, sino la meteorología. Se pasaba medio día mirando al cielo, estudiando las nubes y los vientos. Se tragaba todos los informes meteorológicos de todos los medios de comunicación posibles en aquella época: prensa, radio y televisión. El Calendario Zaragozano ocupaba un lugar sagrado, justo encima de la Biblia. Con tanta información, siempre se aventuraba a dar sus propios pronósticos y, de tantos que emitía al día, alguno siempre acertaba.

—Mañana va a llover —dijo, mirando al cielo.

Levanté la vista y lo único que vi fueron unas nubes inofensivas en el horizonte; sin embargo, no traté de discutirlo.

—Si tú lo dices, Buelo.

Lo primero que vi el domingo por la mañana al abrir la ventana de mi habitación, fue a mi abuelo en su traje de los domingos oliendo un puro y esperando por mi abuela para ir a misa. Lo segundo, fue que no sólo no estaba lloviendo, sino que habían desaparecido las nubes del día anterior, en contra de todo pronóstico; algo que no me sorprendió. A lo mejor se equivocó de día, o de mes, quién sabe.

—Qué, ¿bajas ya de una vez? —le dijo a mi abuela—. No quiero que el Cura nos meta *nel* sermón por llegar tarde como *na* semana pasada.

Los sermones del Cura eran el tema de conversación durante la comida de los domingos. No había semana en la cual él no hubiese dicho algo fuera de lugar, que no les hiciese a mis abuelos reírse de él o ponerle verde. «Hay algunos que vienen a misa, no a alabar al Señor precisamente, sino a cotillear, a ver si la Mari está preñada o no, o si la vecina le está poniendo los cuernos a su marido, o la de mi madre», había dicho el Cura la semana anterior, tras darse cuenta de que nadie le estaba prestando atención. Y eso era algo en lo que yo no estaba en desacuerdo con él.

Mi abuela terminó de arreglarse y se marchó a la iglesia junto con Buelo. Ellos iban a misa todos los domingos; mis padres, Samuel y yo solíamos ir de vez en cuando. Josi hacía más de cuatro años que no ponía un pie en la iglesia, y no creo que el Cura le echase de menos. Probablemente pensase: «Esos rollos heavies deben de venir del mismísimo infierno».

Las buenas noticias del día vinieron por la tarde: Sonia ya había llegado. Estaba deseando verla, y eso me hizo ponerme un poco nervioso. Esta vez no quería dejar nada a la improvisación, así que, empecé a preparar mi discurso de bienvenida. En algún lugar había oído que la primera impresión es la que cuenta, y no quería dejarlo al azar. Comencé con un: «Hola, Sonia, cuánto tiempo sin verte, qué guapa estás»; aunque, después de darle unas cuantas vueltas, decidí cambiar el «hola» por un «hi».

Con este inglés americano le dejaría bien claro que no estaba tratando con un imbécil. Seguiría con un: «Qué vestido más bonito llevas, me encanta», y unas cuantas frases más que tenía preparadas. Todo estaba planeado y al final terminaría derritiéndose. Nada podría salir mal.

Quizá fue aquel día de primeros de julio, cuando mi frase más célebre empezó a echar raíces y a tener una base sólida en la que sustentarse. Dice así: «Las cosas nunca salen como las planeas». Puede que no sea una frase muy inteligente, pero es verdad. Lo he comprobado día tras día a lo largo de mi vida.

Pues eso fue lo que pasó con Sonia. Ella venía acompañada por Dani y Gordi: parecían dos perros falderos, y ambos se estaban riendo de mí. Ellos sabían lo mucho que me gustaba. La cuestión es que me pusieron lo suficientemente nervioso como para que se me olvidase el jodido discurso. Aun así, fui capaz de articular un:

—¡Hi, Sonia!

—¿Hi, Sonia...? ¿Tú de qué vas, tío? —dijo Dani, riéndose.

Gordi empezó a burlarse de mí:

—Hiii, Sonia... Hiii, Sonia...

Si no hubiese estado ella delante, le habría dado tal patada en las pelotas que se le pondrían de corbata.

—¡Hao, Mati! —dijo ella, haciéndome el saludo indio.

Después me dio un beso en la mejilla. Casi había olvidado lo guapa que era. Entonces, yo ya estaba cohibido y rojo como un tomate.

—¿Qué tal? —continuó Sonia.

—Bien.

—¿Y el *insti*?

—Bien.

—Pero mejor de vacaciones, ¿verdad?

—Ya ves —dije, mirando al suelo. Hasta un retrasado mental hubiese dado respuestas más inteligentes que yo. Por fin, me decidí a romper el hielo—. ¿Qué tal está tu perro?

—Con la misma mala hostia de siempre —dijo, sonriendo.

No fue hasta diez segundos después, cuando me di cuenta de la tontería que había preguntado. Entonces me acordé de una frase que me había dicho Willy: «Más vale estar callado y que te crean tonto, que abrir la boca y se convenzan de que lo eres». Pasé ganas de decirle que esa frase debería aplicársela a él mismo, pero aún no tenía suficientes pelotas para hacerlo.

Dani y Gordi no paraban de reírse: supongo que viendo la cara de imbécil que debí haber puesto, no pudieron aguantarse. Sonia, en cambio, era diferente: se adaptaba a toda clase de situaciones y personas. Nadie mejor que ella sabía tratar a los tipos como yo. Además, era la chica más amable que había conocido en mi vida. Jamás le oí ofender a nadie (que no fuese en broma, claro). Y eso era lo que más me gustaba de ella, su carácter. En otras palabras, era un encanto de chica. Al final me

invitó a ir a la plaza de noche. Era habitual en verano terminar el día en la plaza, y a veces nos quedábamos hasta las dos de la madrugada. Cuando terminó el fatídico encuentro, me maldije otra vez. Nunca era capaz de ejecutar bien mis planes.

## CAPÍTULO 4

### LA TABLA DE OUIJA

Recuerdo el día que vi la tabla de ouija por primera vez. Esa tarde, como de costumbre, Dani había venido a buscarme después de comer, y nos fuimos a la escuela antigua. Allí estaban todos: Sonia, Natalia, Ana, Gordi y Pablo. Era una tabla de madera del tamaño de un tablero de ajedrez, y tenía impresas todas las letras del abecedario excepto la ñ, y todos los números del 0 al 9. Además, había escritas cuatro palabras en inglés: *yes*, *no* y *good bye*. En el borde exterior tenía dibujados varios signos misteriosos. Pablo la había adquirido en una tienda de esoterismo de Gijón. Por lo visto, aquel año la ouija estaba de moda entre su círculo de amistades, y él, que era muy aficionado a esas cosas paranormales, estuvo ahorrando semanas para comprarla.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Qué va a ser —dijo Gordi—, la tabla de *ouija*.

—De ouija —corrigió Pablo—. Qué, ¿os unís?

Estaban todos sentados en círculo alrededor de la tabla, y Sonia se echó hacia un lado para que yo me sentase entre ella y Pablo; un gesto que realmente aprecié. Desde aquel instante, tanto la tabla de ouija como las explicaciones de Pablo quedaron en un segundo lugar. Estábamos tan juntos, que de vez en cuando nos rozábamos con el codo. Ella llevaba unos vaqueros, una camiseta y unos deportivos blancos. A veces me miraba sonriendo y, cuando hacía eso, yo volvía la vista hacia otro lado. Otras veces yo también la miraba de reojo, y fue en uno de esos momentos, cuando me di cuenta de que ella también tenía eso que tienen las mujeres a media altura entre el estómago y el cuello. Bueno, no eran muy grandes, para ser sincero, pero a mí me parecían perfectas.

El método de utilización de la ouija era bastante sencillo. Como testigo, usábamos un pequeño trozo de madera en forma de triángulo, con un agujero en el centro para poder ver las letras. Nosotros debíamos poner los dedos índices sobre él, y se movería solo por el tablero, en teoría. Según Pablo, hacía falta un médium para poder contactar con los espíritus, y quién mejor que él mismo. Le haría preguntas al espíritu y él nos respondería señalando las letras en el tablero. Lo cierto es que a mí aquello me parecía poco serio.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó Pablo, para iniciar la sesión.

Después de una breve pausa, el triángulo se movió señalando «YES».

—¡Vaya!, el espíritu debe de saber inglés —dijo Natalia.

—Que sea espíritu, no significa que sea tonto —le contestó Pablo.

—¿Y cómo sabemos que es el espíritu el que mueve el triángulo, y no tú? —

preguntó Dani.

—Eso, ¿por qué no se mueve solo? —preguntó Sonia.

—Porque el espíritu en sí, es un espíritu —dijo Pablo.

—¡Bien! —dijo Dani—. La verdad es que este tío no es tonto.

Empezamos a reírnos.

—Quiero decir que el espíritu en sí no tiene energía para mover el triángulo, utiliza la nuestra para hacerlo; se comunica con nuestro subconsciente y somos nosotros los que lo movemos guiados por él. ¿Entendéis, mamones?

—¿Hiciste un cursillo por correspondencia? —pregunté, intentando hacerme el gracioso delante de Sonia.

Pusimos todos el dedo sobre el testigo y continuamos con la sesión:

—¿Cómo te llamas? —preguntó Pablo.

El triángulo empezó a moverse: «C-O-M-E».

—Come. A lo mejor tiene hambre —dijo Ana.

«M-E-L-A».

—¡Cómemela! —gritó Gordi.

—Debe de ser un espíritu burlón —dijo Pablo.

—¡Fui yo, gili, que no te enteras! —dijo Dani, riéndose.

En vista de lo poco fructífero que estaba siendo nuestro primer encuentro con la ouija, decidimos postergar la sesión para el día siguiente. Gordi quiso ser el centro de atención otra vez, y dijo:

—Qué, Mati, ¿por qué no nos cuentas tus experiencias personales con Paula?

—¿Qué experiencias? —preguntó Pablo.

Ya estaba empezando a tener ganas de pegarle una buena patada en las pelotas.

—Unas muy calientes —añadió Gordi.

—¡Cállate, bocazas! —dije, indignado.

—Venga, cuéntanos cómo son las tetas de Paula.

—Eso son cosas de mayores —dijo Dani, saliendo en mi defensa.

—¿Las tetas de Paula? —preguntó Sonia, mirándome con cara de asombro.

—Es una historia muy larga —añadí.

Al día siguiente, cuando me encontré con Dani, recibí una noticia que era una mezcla de graciosa y trágica. Cristina, una chica de nuestro pueblo, había intentado suicidarse tomando aspirinas: se había tragado una caja entera. Por fortuna, su madre la encontró semiconsciente tirada en el suelo del baño y la llevó al hospital, donde le hicieron un lavado de estómago.

—Hay que ser imbécil para intentar suicidarse tomando aspirinas —dijo Dani.

Lo cierto es que no nos lo tomamos muy en serio; creíamos que cualquier persona que intentaba suicidarse tomando aspirinas, lo único que pretendía era llamar la atención. Cristina era la segunda hija de Juan y Roberta. Era muy rara y pocas veces

salía de casa, excepto para ir al colegio. Tenía el pelo largo y oscuro, y una piel muy pálida. A pesar de que estudiamos juntos, no hablaba mucho con ella. En realidad, ella no hablaba con nadie, era un auténtico misterio. Tenía dos hermanas: Mari, la mayor, que estaba embarazada; y Mónica, la menor y la más diabólica, que se parecía a la niña del exorcista. Pues esa era la familia más impopular del pueblo. Yo no creía que fuesen malas personas, pero sí se mantenían distantes, y pienso que eso era la causa del rechazo. Ellos tampoco intentaban cambiar la situación: cuanto más les rechazaba la gente, más se encerraban en sí mismos. Parece que en mi pueblo o estabas con nosotros, o estabas en contra, sin término medio.

Todos los años al comienzo del verano y desde que tengo conciencia de mí mismo, Gordi intentaba construir una cabaña en un pequeño claro de un bosque cercano a su casa. Bien es cierto que, también desde que tengo conciencia de mí mismo, nunca había tenido éxito en semejante tarea, y había sido una chapuza. Sin embargo, parece ser que este año el tío se había esforzado un poco más y había conseguido hacerla. La idea era buena: necesitábamos un sitio tranquilo y alejado del pueblo para nuestros experimentos espiritistas, y pensamos que la cabaña de Gordi nos proporcionaría la suficiente intimidad para llevarlos a cabo. En eso nos equivocamos completamente. Cogimos la tabla de ouija, compramos un montón de *flashes* en el comercio de Pepa y nos dirigimos allí. Aunque la cabaña era una chapuza, al menos se mantenía en pie, de momento. Era bastante simple: en cada esquina había un palo clavado al suelo y atado a un árbol. Las paredes estaban hechas de plásticos grapados a los palos, y el techo lo formaban ramas cubiertas de plásticos.

—Bienvenidos al túnel del amor —dijo Gordi.

—Deberías llamarlo el túnel de las pajas —respondió Dani.

Miré a Sonia para ver si se reía, y sí, parece que cogió el chiste. No fue fácil acomodarse dentro: éramos siete y la cabaña no debía de medir más de tres metros cuadrados. Pusimos la tabla de ouija en el medio y Pablo empezó a darnos explicaciones. Nos dijo que debíamos estar tranquilos y relajados.

—Lo más importante es que dejéis la mente en blanco —dijo.

Eso era bastante difícil, sobre todo cuando yo estaba pensando en Sonia. No obstante, procuré concentrarme. Después de varios intentos por contactar, el testigo marcó algo que nos dejó un poco desconcertados: «M-I-S-E-R-I-C-O-R-D-I-A».

—Misericordia, ¿qué coño es eso? —preguntó Dani.

—N-P-I —dijo Natalia—. ¿Quién fue?

Ninguno de nosotros se atribuyó tal palabra. Es más, ninguno de nosotros comprendía su significado, al menos, completamente.

—¿Quién eres? —preguntó Pablo.

Volvimos a obtener la misma respuesta: misericordia. Los movimientos del testigo eran firmes, sin confusiones, como si todos estuviésemos de acuerdo en

marcar la misma letra, algo que nos empezó a poner un poco nerviosos.

—Este espíritu es gilipollas —dijo Gordi.

—¡Cállate, joder! —le recriminó Pablo, que por lo visto se lo estaba tomando muy en serio.

A cualquier pregunta que le hacíamos, nos respondía lo mismo: misericordia. El cielo se estaba cubriendo rápidamente y oímos truenos, que nos avisaban de que una tormenta venía de camino. Seguimos con las preguntas y siguieron las mismas respuestas. Gordi empezaba a aburrirse y, en vista de su curiosidad por el sexo opuesto, decidió cambiar de tema.

—Eh, Sonia, ¿vosotras, las tías, también os lo trabajáis? —preguntó.

—¿Qué? —dijo ella, sorprendida.

—Ya sabes, que si vosotras también hacéis trabajos manuales por ahí debajo cuando nadie os ve.

—No sé, ¿por qué no se lo preguntas a tu madre?

—Eso, vete a preguntárselo, ya verás la hostia que te cae —dije.

Empezaron a caer gotas y en pocos segundos ya estaba diluviando, con truenos y relámpagos. El techo de ramas y plásticos se nos vino encima: nos calamos hasta los huesos. Sonia estaba sentada enfrente de mí y, cuando levanté la vista, no pude dejar de mirarla. No me creía lo que estaba viendo: le había caído tanta agua encima, que la camiseta la tenía empapada y se le veía todo.

—¡Guauuu, Sonia! Que, ¿vamos a hacer un concurso de camisetas mojadas? —dijo Dani, excitado.

Ella hacía todo lo posible por mantener la camiseta despegada del cuerpo y disimular. Nunca la había visto tan avergonzada, y eso me hizo sentir un poco culpable y miré hacia otro lado. Aun así, la imagen seguía en mi mente y no me la podía quitar. Gordi intentó montar un poco más de espectáculo: cogió un plástico con agua y se lo echó a Natalia sobre la camiseta.

—¡Imbécil! —gritó ella, antes de soltarle un bofetón.

La cabaña, o lo que quedaba de ella, estaba justo en medio del bosque. La salida más corta hacia la carretera era en dirección sur y tenía algo más de cien metros. La vegetación era bastante frondosa y nos mantenía ocultos de los coches y transeúntes. Sin embargo, con el jaleo que estábamos montando, mi hermano Josi nos oyó y vino a investigar lo que hacíamos.

—¿Qué haces ahí, mongol? —me dijo.

—¡Y a ti qué te importa! —respondí.

—¡A ver si te doy una hostia, mongol! —dijo, finalmente, y se fue.

Con los relámpagos encima de nosotros, el bosque no era un lugar muy seguro, así que empezamos a correr hacia la carretera.

—¡Maricón el último! —dijo Dani.

Sonia iba la última y yo delante de ella. Cuando miré atrás vi que se había caído. Sin dudar, pegué media vuelta, la cogí de la mano y nos dirigimos juntos hacia la

carretera. En circunstancias normales sería imposible que yo la cogiese de la mano; sin embargo, con toda la excitación de la ouija, la tormenta y lo de las tetas, estaba fuera de mí. Mientras corríamos juntos, empecé a sentir un cariño hacia ella fuera de lo común, una sensación maravillosa que no había experimentado antes, algo completamente nuevo. Sentía un deseo irresistible de pararme y besarla con todas mis fuerzas, pero no lo hice. Por lo visto, necesitaba experiencias más asombrosas con la ouija y tormentas más fuertes como para decidirme. Ya en la carretera, nos soltamos de la mano y empezamos a correr con los demás. Me despedí de ellos al lado de mi casa.

A lo lejos, vi a mi abuelo en nuestra finca intentando encauzar el agua para regarla. Por fin llegaron las lluvias que había predicho días atrás. Cuando vio que yo le estaba mirando, me hizo unos gestos con la mano indicándome que me metiese en casa, que el lidiar con tormentas era algo que sólo los machotes como él podían hacer. Yo sabía que estaba disfrutando; aquello era lo suyo. Entré en casa y, después de secarme y cambiarme de ropa, salí al balcón con mi abuela y Samuel a observar la tormenta y al tonto de Buelo en medio de ella. Yo no me quitaba a Sonia de la cabeza; mejor dicho, no quería quitármela. ¡Dios, era preciosa! Samuel no dejaba de incordiar-me preguntándome si quería jugar al parchís o a las cartas o con los Playmobil. Joder, ese tío no sabía divertirse sin mí.

Dos días más tarde quedamos para nuestra segunda sesión con la ouija. Cogí la bici y salí para el bosque. Al mirar atrás vi a Samuel siguiéndome. Él sabía lo mucho que me fastidiaba que me siguiera. Me paré en seco.

—¡Mierda!, ¿no puedes irte a tomar por culo? —le dije.

—¡A tomar por el culo te vas tú!

No podía dejarlo venir conmigo: lo de la ouija era un secreto. Además, si se enteraba no iba a dejarnos tranquilos, así que me propuse deshacerme de él. Intentar dejarlo atrás no era una buena idea, ya que era muy rápido con la bici y yo me cansaría demasiado. Pensé en el plan intelectual: si algo le asustaba a Samuel eran los perros, y cuando llegué a casa de Gordi, me bajé de la bici, fui hacia el perro, que estaba encadenado, e hice como si lo fuese a soltar. Al poco, vi a mi hermano pedalear carretera abajo como un loco. Cuando llegué al bosque, Dani y Gordi estaban intentando restaurar el techo de la cabaña. Los demás todavía no habían llegado.

—¿Y tú qué opinas, Mati? —preguntó Dani.

—Sobre qué.

—Sobre lo de la ouija y los espíritus y todo el rollo ése.

—No sé, yo creo que fue Pablo el que movió el triángulo.

Poco después llegó Pablo, Natalia y Ana.

—¿Y Sonia? —pregunté.

—Está ayudando a su abuela a hacer una tarta para el cumpleaños de su hermana —dijo Natalia.

Decidimos no esperarla y entramos en la cabaña. A los dos minutos tuvimos que salir otra vez porque Gordi se había tirado un pedo. Juró que se le había escapado; todo es posible. Después de acomodarnos, empezamos con la sesión, como la llamaba Pablo. Él era el que más en serio se lo tomaba; es más, creo que era el único que se lo tomaba realmente en serio. Intentamos concentrarnos y permanecer en silencio, algo nada fácil con Gordi a nuestro lado. Esta vez teníamos varias preguntas preparadas y nos íbamos turnando.

—¿Hay alguien ahí? —empezó preguntando Pablo.

Tras unos segundos, el testigo comenzó a moverse: «S-I».

—¿Quién eres? —preguntó Natalia, ligeramente nerviosa.

«M-A-R-I-O». Por lo visto, estaba saliendo bien esta vez: las respuestas eran firmes y concisas. El siguiente en preguntar era Gordi, y tuvimos miedo de que estropease el buen momento con alguna de sus payasadas, pero no fue así, se ciñó al guión:

—¿Cuántos años tienes?

«3-7». En ese momento llegó Sonia. Le hicimos señas para que no hiciese ruido. Mientras se estaba sentando, la miré y le sonreí. Ella me devolvió la sonrisa de tal manera, que tuve que mirar hacia otro lado para no derretirme.

—¿Dónde estás? —preguntó Ana.

«S-A-N-M-A-R-T-I-N». Aquello me sorprendió: yo creía que los espíritus iban al Cielo o al Infierno, y no se quedaban en un pueblo de mala muerte. Sin embargo, no le di demasiada importancia; todavía dudaba. Debido a aquella respuesta, decidimos cambiar el guión.

—¿Estás vivo? —preguntó Dani.

«S-I». No conocíamos a nadie del pueblo que se llamase Mario y tuviese treinta y siete años. Algo realmente extraño ocurrió entonces que nos dejó boquiabiertos y asustados: el triángulo que usábamos de testigo empezó a moverse sin que le hubiésemos hecho ninguna pregunta. Se movía rápidamente con nuestros dedos encima y repetía siempre la misma palabra: misericordia. En ese momento de gran confusión, sentimos un fuerte golpe en el exterior de la cabaña. Soltamos todos el testigo y nos quedamos en silencio y muertos de miedo. No oímos ningún ruido más.

—El espíritu, es el espíritu —susurró alguien.

De repente, sentimos otro golpe en la cabaña: éste más fuerte. Natalia dio un grito y salió corriendo. Empezamos a oír pisadas y a gente hablar. Fue entonces cuando vi algo que en un principio me alivió y, después, me preocupó aún más. Vimos a Roge, a un primo suyo de Madrid y, cómo no, al chivato de Josi. Tanto Roge como su primo tenían escopetas de perdigón, mientras que el payaso de Josi tenía un palo de madera seca e intentaba hacerse el valiente.

—¡Eres un chivato! —le dije.

—¡Como no te calles, mongol, te parto esto en la cabeza! —me contestó él, mientras levantaba el palo.

Nos sacaron de la cabaña y nos obligaron a ponernos de rodillas. Todos sabíamos de lo que era capaz Roge, y no queríamos echarle más leña al fuego, así que hicimos lo que ordenaron sin protestar. Cuando terminaron de ponernos a todos en línea, empezaron a vacilarnos.

—¡Al que se mueva le meto un perdigón en la cabeza!, ¿entendido? —dijo Roge.

Su primo se quedó apuntándonos con la escopeta mientras Roge y Josi comenzaron a destruir la cabaña. Afortunadamente, no vieron la tabla de ouija dentro. Lo cierto es que no les costó mucho derribarla, sólo un par de patadas.

—¡Nooo...! —gritó Gordi.

Roge corrió hacia él y le apuntó con la escopeta.

—¡Mira, gorda, como no cierres la boca te juro que te meto un perdigón por el culo! —dijo él.

—Pero ¿no era en la cabeza? —preguntó Dani.

—¿Qué...? —dijo Roge.

—El perdigón —aclaró Dani—; primero dijiste que nos lo ibas a meter en la cabeza.

—¿Que me estás, vacilando, subnormal?

Después, le arreó una patada en el estómago, y Dani agachó la cabeza hasta tocar el suelo. Nadie salió en su ayuda, nos quedamos completamente quietos.

Roge era mi peor enemigo, hasta que el año anterior Willy le había arrebatado el primer puesto por méritos propios. Nadie dudaba de que Roge era el tío más bruto del pueblo. Tenía dieciocho años y su historial de fechorías era para echarse a temblar. Corrían rumores de que él había dejado embarazada a Mari, la hermana de Cristina. Por lo visto, al padre de Roge no le sentó nada bien que fuese a tener descendencia con tal familia, y le dio una paliza. Ambas partes habían acordado que no se casarían y que no hablarían más del asunto. Pero como ya se sabe, en los pueblos pequeños las paredes oyen y ven más de lo que uno pueda imaginarse. Mari sería una madre soltera, y a Roge, después de la paliza, se le quitarían las ganas de meter su picha donde nadie le mandaba; al menos, por una buena temporada.

En un arrebato de compasión por el sexo débil, Roge decidió que las chicas ya habían sufrido lo suficiente y las dejó irse. Con nosotros cuatro, estaba dispuesto a hacer una cacería. Yo, desde luego, no creía que nos fuese a disparar; pero, aun así, no me resultaba nada cómodo tener a un tío tres veces más fuerte que yo y armado, amenazándome con meterme un perdigón en la cabeza o en el culo o a saber dónde.

—¡Prestad atención, mamones, porque sólo os lo voy a decir una vez! ¡Voy a contar hasta diez, y cuando termine de contar, empezamos a disparar; o sea, que ya podéis correr, nenas! —dijo él, y empezó a contar.

—¡Vamos! —gritó el primo.

Dani, Gordi y Pablo echaron a correr por el bosque como si les hubiesen prendido

fuego en el culo. Yo me quedé inmóvil: tenía tanto miedo que no supe reaccionar, y pensé que si me quedaba quieto, tendrían compasión de mí. Pero la palabra compasión no era muy típica de la jerga de Roge.

—¿Y a ti qué te pasa, eres gilipollas? ¡Corre! —gritó él.

Ya estaban contando por cinco y yo empezaba a creer que nos iban a disparar. Eché a correr y me interné en una zona con mucha vegetación, mientras iba haciendo eses para poder esquivar los perdigones. Cuando llegaron a nueve, oí el primer disparo y sentí cómo un perdigón me pasaba rozando la oreja. Mi táctica dio resultado y ninguno me alcanzó. Gordi no tuvo tanta suerte, ya que le dieron un perdigonazo en el culo y estaba llorando. Le convencimos para que se bajara los pantalones y, así, poder ver el alcance de la lesión. El culo de Gordi no era algo agradable de mirar, pero era nuestro amigo. La herida, a simple vista, era insignificante; aun así, el perdigón estaba dentro y eso era lo que más le preocupaba. Lo acompañamos hasta su casa. Su madre no se sorprendió mucho, como si el tener un perdigón incrustado en el culo fuese algo que pasase todos los días. Pablo fue el único que salió ileso del enfrentamiento con Roge y su banda, pues yo, en mi angustiada huida, me había arañado los brazos. Decidimos acompañar a Gordi al centro médico, y nos metimos en el coche de su madre. Él ya estaba más tranquilo y había dejado de llorar.

—Bueno, al final, parece ser que se despejaron las dudas —dijo Dani.

—¿Qué dudas? —dije, mientras le mirábamos preguntándonos de qué diablos estaba hablando.

—El perdigón —aclaró él—; al final nos lo metieron por el culo.

—¡Me lo metieron a mí, gilipollas! —gritó Gordi.

—No me culpes; cuanto más grande tienes el culo, más probabilidades hay de que te toque: leyes de la física.

A Gordi no le hizo mucha gracia y empezó a berrear otra vez. La visita al centro médico no duró mucho. Le sacaron el perdigón y lo mandaron de vuelta a casa.

Alrededor de las diez de la noche, nos reunimos en la plaza del pueblo. Gordi era el centro de atención: el perdigonazo en el culo le había hecho popular y todas las tías se interesaban por él. No tenía ningún pudor en bajarse los pantalones y enseñarles la herida, y, cómo no, darle un poco más de aparatosidad a la ya de por sí teatral escena, como si en vez de un perdigón, le hubiesen incrustado una bala de nueve milímetros.

Lo primero que hice al llegar a casa fue chivarme de Josi. No me gustaba ser un delator, pero, qué diablos, él lo había hecho primero. Así que, pensé en darle con su propia medicina. Intenté dramatizar lo máximo posible para que mis padres lo castigasen. La estrategia dio resultado, pues a mi padre se le acabó la paciencia y decidió ponerlo a trabajar en la empresa maderera familiar. Me reconfortó el pensar que a partir de ahora Josi iba a tener menos tiempo libre para fastidiarme. Además, sólo faltaban dos meses para que él y toda su parafernalia heavy pusiesen rumbo al bendito internado. Sinceramente, empecé a sentir lástima por su futuro compañero de

habitación.

## CAPÍTULO 5

### UN DÍA EN LA PLAYA

Era sábado, eso quería decir clases con Paula. Me hacía ilusión volver a verla, ya que durante el resto de la semana ella se movía por otras esferas, donde no dejarían aproximarse a un pardillo como yo. Esas tres horas era mi única oportunidad de relacionarme con la chica más popular, y no estaba dispuesto a desaprovecharla. Tenía el propósito de iniciar con ella una conversación personal y, quién sabe, a lo mejor descubríamos que éramos almas gemelas y saldríamos a pasear cogidos de la mano. Sería el tío más envidiado del pueblo, después del *hippy*. Había aprendido la lección del fracaso monumental con el discurso de Sonia; o sea, que decidí dejarlo todo a la improvisación. Si no funcionaba una cosa, tenía que funcionar la otra por *güevos*; no podía ser tan patético, yo no era Gordi. Lo primero en que me fijé al verla fue en su ropa: esta vez tampoco defraudó. Iba descalza, algo habitual. Llevaba unos pantalones muy cortos de color verde y una camisa rosa anudada a la altura de la barriga que le dejaba el ombligo al aire. Nos saludamos y empecé con la tarea. Estaba esperando el momento ideal para decirle algo. Después de pensármelo varias veces, me decidí:

—He visto a tu novio por aquí —dije.

—¿A sí?

—Sí. Mi hermano dice que es un *hippy*, dice que se ha *quedao pillao* en los sesenta.

Paula empezó a reírse sin parar. Sin duda, iba por el buen camino. Esta vez todo iba a salir bien, y hasta empezaba a sentirme más seguro de mí mismo.

—Se puede saber qué más dice tu hermano de mi novio —dijo ella, siempre sonriente.

—Nada.

En vista de que la misión hasta el momento estaba siendo un éxito, decidí ir un poco más lejos: era ahora o nunca.

—Me gusta la camisa que llevas —dije, con la voz un poco temblorosa.

—¿A sí...? ¿Y hay algo más que te guste? —dijo ella, en un tono sarcástico.

Enseguida me di cuenta a qué se refería y no fui capaz de responder. Si me había hecho algunas ilusiones de poder entablar una amistad, ella las dinamitó con una sola frase, poniéndome otra vez de vuelta en mi lugar de pardillo. Seguimos como si nada hubiese pasado. Había un ejercicio que no entendía muy bien, y le pedí que me lo explicase. Se puso a mi lado y se inclinó hacia delante para poder escribir en mi libreta. A mí me dio por mirar a la izquierda, y no pude creer lo que veía, al menos, en un principio. Volví la cabeza al frente y noté que mi corazón se aceleraba. Miré

otra vez y, allí estaba, tan cerca que casi se podía tocar con la vista. Paula tenía desabrochada la parte de arriba de la camisa y no llevaba sujetador; así que, al inclinarse hacia mí, dejó el pecho izquierdo completamente al descubierto. Esta vez no pude apartar la mirada. En el huerto las había visto a diez metros, pero ahora estaban a menos de medio.

—Mati, ¿estás atendiendo? —dijo ella.

Empezó a abrocharse la camisa, tras darse cuenta de lo que estaba mirando. Bajé la vista rápidamente y me puse a escribir números a lo tonto.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —preguntó.

¿Por qué esta chica me hacía sufrir tanto? Dejé de escribir y me lo volvió a explicar una vez más, siempre paciente conmigo. Me atreví a mirarla de reojo, pero no vi nada. El resto de la clase procuré hablar lo menos posible. Primero Paula en el huerto, después Sonia y ahora otra vez Paula: ¿qué me estaba pasando? No quedaba la mínima duda, ya era un hombre.

Cuando terminó la clase, no pude esperar a contárselo a Dani. En un principio también pensaba decírselo a Gordi; sin embargo, me eché atrás, pues era un bocazas incapaz de guardar un secreto. Esperé a Dani unos minutos, sentado en las escaleras de su casa. Nada más salir, se lo conté con todo lujo de detalle. Esta vez no era necesario exagerar, ya que la experiencia había sido alucinante.

—Anda, tío, tú te estás quedando conmigo —dijo.

Se lo tuve que repetir unas veinte veces y jurar otras tantas por todos mis dioses y familiares vivos y muertos, para que él empezase a creérselo.

—¿Y tú qué hiciste? —me preguntó.

—¿Yo...?, mirarlas, ¿qué iba hacer?

—Pues ¡tocarlas, mongol! ¡Cuando una tía te pone las tetas a la vista es para que las toques, subnormal, que eres un pardillo!

No sé por qué razón, pero en aquel instante le creí. A pesar de que sólo tenía siete meses más que yo, él entendía de tías y yo aún estaba con los Playmobil.

—¿Qué quieres, ser un pardillo toda tu vida? —continuó diciendo.

—No —dije, un poco desilusionado.

—Pues, ¿entonces...? Además, las oportunidades sólo pasan una vez por delante de las narices; si no las coges al vuelo, a tomar por culo, ya no vuelven más.

Me sentí como un imbécil. Estaba deseando que llegase el sábado siguiente.

Los padres de Pablo estaban planeando una excursión a la playa. A nosotros nos hacía mucha ilusión, y Teresa, la madre de Gordi, se apuntó también. El domingo amaneció un día perfecto. Fui a casa de Gordi y entré en la cocina; su madre estaba preparando la comida. Había que organizarse bien, ya que sólo teníamos dos coches. Al final decidimos que las tías fuesen con los padres de Pablo y nosotros con Teresa. Sonia, Lorena, Natalia y Ana se metieron en la parte de atrás del Renault 18, y nosotros en el

«cuatro latas». Gordi se puso delante, y Dani, Pablo y yo detrás.

—¡Venga mamá, date prisa, sal antes que ellos! —dijo Gordi, excitado, sin parar de moverse y hacer el payaso.

Teresa se lo tomó en serio e intentó salir la primera, pero el coche no arrancaba. Después de cuatro intentos fallidos, se puso en marcha y emprendimos el viaje. Intentamos cogerles, sin embargo, el «cuatro latas» no tiraba cuesta arriba. Ya bajando el puerto, el coche empezó a embalar. Al final, después de una bajada de puerto a tumba abierta, conseguimos pasarles. Empezamos a hacerles burla y a sacarles la lengua. Teresa no cabía en sí de gozo. No contenta con pasarles, pisó a fondo e intentó dejarlos atrás.

Llegamos a la playa y las chicas comenzaron a quitarse ropa de encima. Yo estaba deseando ver a Sonia en bikini, y la miraba de reojo. Pero no llevaba bikini, sino un bonito bañador azul. Teníamos prisa por meternos en el agua, así que nos cogimos todos de la mano y empezamos a correr hacia el mar. Gordi se pegó una hostia antes de llegar a la orilla y salió dando vueltas. El agua estaba fría, como siempre, y tardé unos cinco minutos en meterme hasta la cintura. Eso fue lo más lejos que llegué, a pesar de que Dani y Sonia intentaban llevarme más adentro. No estuvimos mucho tiempo, ya que a Natalia le picó algo en el pie. Teresa, al ver la picadura, dijo que había sido una medusa. Todos parecían estar de acuerdo en que había sido esa tal medusa, pero nadie la había visto. El padre de Pablo se la llevó al puesto de la Cruz Roja, y Dani y yo fuimos a dar un paseo por la playa.

—Y ya van cuatro —dije, mientras pasábamos cerca de una tía que estaba tomando el sol en *topless*.

Debía de ser la única en toda la playa. Pero ya no nos sorprendió mucho: no era Paula y, además, ya estábamos puestos en la materia, sobre todo yo.

—¿Y ésa también quiere que se las toquen? —pregunté.

—No, en casos así, en público, no es una buena idea —dijo Dani.

Llegó la hora de la comida. No sé si era la sal del mar o qué coño era, pero lo cierto es que cada vez que iba a la playa me entraba un hambre enorme. Me senté cerca de Sonia, aunque ella no me hizo mucho caso. Gordi había desaparecido, y eso era preocupante, ya que la hora de la comida era sagrada para él. Me fijé en Dani y me di cuenta de que tenía ganas de contar el mismo chiste que contaba cuando Gordi no aparecía. Yo le adiviné el pensamiento y empecé a reírme. Poco después le vimos venir: una señora gorda y con cara de pocos amigos lo traía cogido por el brazo.

—¿Quiénes son los padres de este muchacho? —preguntó la señora.

—Yo soy la madre, ¿qué pasa? —dijo Teresa.

—Pues que su querido hijo estaba escondido en las duchas de señoras.

En aquel momento nos descojonamos todos y Dani se atragantó con un trozo de empanada. No pude parar de reírme.

—¡Roberto, me quieres explicar qué hacías allí! —le preguntó Teresa, enfadada, mientras lo sujetaba por el brazo.

—Me confundí —dijo él, avergonzado.

Ella, sin mediar palabra, le dio una buena torta, y él se encerró en el coche llorando. Apuesto a que nadie de los allí presentes le creyó. He de reconocer que cuando paré de reírme, empecé a sentir lástima por él. No merecía ser humillado de esa forma delante de sus amigos.

Natalia llegó con el pie vendado, aunque no parecía muy afectada. Yo seguía concentrando mi atención en Sonia; sin embargo, sin saber por qué, ella me estaba ignorando. Cuando terminamos de comer, jugamos al fútbol y al tenis playa. Fui a llamar a Gordi para que se uniese a nosotros. Seguía enfadado y no quería hablar; aun así, me aceptó un trozo de empanada. Poco después decidió salir del coche y sentarse a mi lado. Dani y Sonia estaban jugando al tenis playa y disfrutando mucho. No dejaba de mirarles, disconforme con lo que estaba viendo. Parecían muy unidos.

—¿No quieres jugar? —me preguntó Gordi.

—No, ve tú si quieres.

Allí estábamos, sentados mirando al mar como dos perdedores mientras los demás se lo pasaban bien. Gordi todavía seguía avergonzado: nunca lo había visto así. Sonia vino a hablar con nosotros.

—¿Por qué no venís a jugar? —preguntó.

—No tenemos ganas de jugar —dije.

Intentó convencerme para que me uniera a ellos, pero yo me mostré firme: a ver si de esa manera dejaba de ignorarme. Pasaron las dos horas aconsejables para poder bañarse después de comer, y nos dimos otro chapuzón. Todos menos Natalia, que le cogió miedo a la dichosa medusa y se quedó mirándonos desde la orilla.

—¿Te imaginas que la medusa te picase en el pito? —le dije a Gordi—. Vaya vergüenza, tío, tendríamos que bajarnos el bañador delante de todos.

A Gordi la idea le hacía bastante gracia. Los cuatro valientes empezaron a llamarnos gallinas, ya que Gordi y yo nos habíamos quedado cerca de la orilla. Les dije que estábamos preocupados por la medusa y que no era cuestión de *güevos*. Transcurrió la tarde y el cielo empezó a cubrirse, así que salimos del agua y nos preparamos para marchar. La tarea de cambiarse de ropa con una toalla enroscada a la cintura para que nadie te viese las vergüenzas, era todo un desafío. Los tíos lo hicimos detrás del R-4. Nos parecía lógico que esa tarea en las tías fuese más difícil, ya que su bañador les llegaba hasta los hombros; aun así, lo hicieron sin un solo descuido.

—Claro, con tanto vestido y tanta mierda que se ponen al día, no me extraña que lo hagan bien, ya están acostumbradas —dijo Pablo.

—Eh, Gordi, ¿conseguiste ver algo? —preguntó Dani.

Él se hizo el tonto y no contestó.

—El que calla, otorga —dijo Pablo.

—Joder, Mati, nosotros las vimos de cintura para arriba, pero él ya nos gana —dijo Dani.

Aunque intentamos convencer a Gordi para que nos diese detalles de su incursión en el baño de señoras, él no soltó prenda.

El viaje de regreso fue más tranquilo. La madre de Gordi no estaba de humor para competiciones automovilísticas, y apuesto a que el «cuatro latas» tampoco. Entre las quemaduras del sol y la arena que llevaba pegada al cuerpo, hicieron mi viaje bastante incómodo. Sólo tenía ganas de llegar a casa, darme una ducha e irme a la cama. Debían de ser las ocho y media de la tarde cuando llegué. Mi madre me estaba esperando sentada a las afueras de casa con cara triste.

—¿Sabes que Cristina se mató? —dijo ella.

—¿Qué...?

—Sí, se voló los sesos con la escopeta de su padre.

Tardé un par de segundos en reaccionar y sólo fui capaz de decir «¡oh...!». Aunque no era amiga mía, la noticia me impactó.

—Ya se lo decía yo a sus padres —añadió mi madre—: a esa niña deberíais llevarla a un psicólogo cuanto antes, pero no me hicieron caso y, ahora mira.

## CAPÍTULO 6

### EL FUNERAL

Cristina se salió con la suya. Una chica rara como ella necesitaba un final digno a su altura. Parecía que intentaba decirnos: «Mirad la sociedad que habéis creado, donde los adolescentes en la flor de la vida se tragan grandes cantidades de pastillas, y se vuelan los sesos con las escopetas de sus irresponsables y despreocupados padres. Mirad lo que habéis conseguido. Vosotros me matasteis, sí; me matasteis con vuestro rechazo e incomprensión, con vuestras mentiras y falsedades». Ya había avisado antes con dos intentos fallidos —un poco cutres, cierto— y nadie hizo nada, excepto mi madre, que le recomendó a sus padres que la llevaran a un psicólogo. Creo que por una vez tenía razón. Su padre aseguró que la escopeta estaba descargada y la munición la guardaba bajo llave; sin embargo, ella consiguió cargarla. Permanecí varios minutos en mi habitación pensando en Cristina; pensando en que cuando teníamos siete años jugábamos juntos en el recreo; pensando en aquella chica que un día lloró sin cesar porque Roge le atropelló el perro con la moto; en aquella chica a la cual un día la llamé puta porque, simplemente, había venido al colegio con minifalda; y en aquella chica a la que un día Dani y yo nos pusimos a tirarle piedras porque estaba sola y no tenía amigos. En ninguna de aquellas ocasiones ella abrió la boca para insultarnos o menospreciarnos, sino que fue humilde. Cómo pude haber sido tan cruel. Empecé a sentirme culpable y lloré. Lloré por ella y porque la había tratado mal. Por más que me costaba reconocerlo, yo también había sido partícipe de aquel suicidio, yo le ayudé a apretar el gatillo.

Mi madre abrió la puerta de mi habitación y me vio llorando. Intenté hacer todo lo posible para disimular y secarme las lágrimas. Joder, cómo me fastidiaba que mi madre me viese llorando como una nena. Se sentó a mi lado, me abrazó y me dio un beso en la mejilla. Ella también estaba afectada.

Dani vino a buscarme a casa y fuimos juntos a la plaza. A él también le habían dado las malas noticias. Cristina estaba en boca de todos. La chica que nunca consiguió ser popular, se había convertido en la reina de las fiestas, aunque sólo fuese por un día, aunque ya estuviese camino de Dios sabe dónde. Me reconfortó que Sonia dejase de ignorarme y se mostrase más amistosa conmigo. Maldita sea si entendía a las tías: tan pronto hacían sentirte que eras importante, como prescindían de ti. Quien más y quien menos, estaba conmovido. Hasta Gordi parecía comportarse de un modo normal. Lo que no consiguieron los psicólogos ni los padrenuestros, lo consiguió Cristina.

En contra de lo que venía siendo habitual, el entierro fue al día siguiente. Creo que decidieron hacerlo así para olvidar y acabar con la pesadilla cuanto antes. A mí no me hacían mucha gracia los funerales, así que le solté a mi madre todo el repertorio de excusas: desde que Cristina hubiese preferido que me quedase en casa, hasta que tenía alergia al incienso y me salía un salpullido en la cara.

—Pues si te salen granos en la cara, que te salgan, ya se te pasarán —dijo ella—. Mira, Matías, sé que a ti esto te gusta tan poco como a mí, pero tienes que ir por respeto a ella y a su familia.

—¿No es ya tarde para eso? —contesté.

Al final cedí, como siempre. Seguir luchando contra mi madre era poco razonable; lo más lógico era la rendición o, con mucha perseverancia, lograr un pacto. Mis propuestas se escuchaban, se respetaban, se estudiaban y, después, se denegaban. Así había sido y así sería hasta el día en que con un poco más de pelo en las pelotas lograrse salirme con la mía. Mi madre ya asimilaba que ese día iba a llegar pronto; aun así, se daba unos pocos años de margen para intentar llevarme por el buen camino, antes de abrir la puerta de la jaula y dejarme volar libre por el mundo. Ella era consciente de que había cometido errores con Josi, al que ya daba por un caso perdido, al igual que todos aquellos que intentaban intercambiar unas palabras con él. No quería un Josi dos, así que concentraba todas sus fuerzas en mí y Samuel. No quería que cuando tuviese diecisiete años me pusiese a adorar ídolos que se pintan la cara, usan botas de plataforma y tocan la guitarra como si estuviesen poseídos por un demonio.

La iglesia estaba llena. Me senté entre mi madre y mi abuela, y empecé a buscar a Sonia con la mirada. A ella no la encontré, pero sí a Dani y a Ana. Los únicos familiares de Cristina que había en el funeral eran sus dos hermanas. Sus padres debían de estar demasiado afectados como para acudir. El Cura permanecía de pie detrás del altar y nos observaba con cara seria. Cuando vio que estábamos todos sentados, empezó a officiar el funeral. Nunca perdía la oportunidad de dar un sermón, y con la iglesia a reventar, aún menos. No le importaba tener a pocos metros un ataúd en el que había una adolescente con los sesos desparramados; todo lo contrario, aquello parecía inspirarle.

—Hermanos —empezó diciendo—: lo que ocurrió ayer ha sido una tragedia; una tragedia que nos afecta a todos, como hijos de Dios que somos. Debemos preguntarnos qué hemos hecho mal para que una cosa así haya podido suceder en nuestro pueblo. Unos lo llaman el progreso, yo simplemente lo llamo la perdición. Es cierto que hoy en día ya no pasamos hambre; es cierto que los avances en la medicina han hecho que podamos hacer frente a las enfermedades y vivir más años; es cierto

que tenemos más comodidades y más dinero, sin embargo, lo que debemos preguntarnos es si ahora somos más felices de lo que eran nuestros antepasados. Estamos progresando, pero... ¿hacia dónde? Parece ser que sólo nos hemos concentrado en la parte material y hemos dejado a un lado la espiritual. Pues bien, en ese ataúd podemos ver las consecuencias. Sólo nos preocupamos de conseguir más dinero, de tener un buen coche, una bonita casa y, en cambio, nos hemos olvidado del Señor. Hemos dejado atrás lo más importante y ahora estamos pagando el precio. La vida se ha convertido en una autopista por la que vamos a toda velocidad, pero que no nos va a llevar precisamente al Cielo. En qué clase de mundo vivimos, en el que se reparten preservativos a la entrada de las discotecas; en el que a jóvenes adolescentes se les dan clases de orientación sexual, incitándolos así a iniciarse en ese pecaminoso acto; en el que los padres dejan a sus hijos salir los sábados por la noche a cometer toda clase de lujurias y obscenidades hasta altas horas de la madrugada. Hermanos, estamos yendo de cabeza al Infierno, y, lo que es peor aún, no parece importarnos. Seguimos tan tranquilos malgastando el tiempo, emborrachándonos como locos, yéndonos a clubs de carretera...

—Ya que vamos de cabeza al Infierno, al menos, hacerlo a lo grande —dijo alguien, desde la parte de atrás de la iglesia.

Se empezaron a oír algunas risas contenidas. Yo miré a mi madre y vi que estaba muy seria, parecía enfadada. El Cura terminó el discurso de forma brusca y bastante enojado. Nuestro párroco no se distinguía especialmente por su optimismo o por levantar el ánimo a sus feligreses. No había sermón en el cual la palabra «infierno» no se repitiese varias veces: «Vamos de cabeza al Infierno, puede que el Infierno sea nuestro destino, la vida es una autopista al Infierno», eran frases que pasarían a la historia de San Martín. Mi abuelo decía que con tanta preocupación por el Infierno, no íbamos a tener tiempo de pensar en el Cielo.

## CAPÍTULO 7

### EL ESPÍRITU DE CRISTINA

Creo que fue a Sonia a la que se le ocurrió la idea de que, quizá, pudiésemos contactar con el espíritu de Cristina a través de la tabla de ouija. Nos parecía una idea absurda, pero como teníamos tanto tiempo libre y tan poco que hacer, pensamos, ¡qué diablos! La cabaña estaba completamente destrozada, y a Gordi no se le veía con mucho ánimo para reconstruirla, al menos, hasta el año siguiente. Dani tenía una tienda de campaña y decidimos montarla en el mismo sitio donde estaba la cabaña. El problema es que sólo era de tres plazas e iba a ser muy difícil que entrásemos todos.

—Donde entran tres, entran siete —afirmó Dani.

Otro problema era que Roge y su primo podían volver de caza. No nos preocupábamos de Josi, ya que había empezado a trabajar. Lo había dejado fuera de combate y me sentía tan orgulloso, que se lo conté a mis colegas. Ellos me preguntaron si no tenía miedo a represalias, y yo les dije que con papi y mami de mi lado, iba a ser difícil que las hubiese. Gordi se sentó en medio de la carretera y dijo que él no iba. Tenía miedo de que Roge apareciese otra vez, pero en esta ocasión, con una escopeta de postas. Nosotros intentamos convencerle empleando nuestra psicología avanzada: llamándole gallina, nena y cosas por el estilo. Solía dar resultado si el que te lo decía era una tía.

—¡Ya, pero fue a mí a quien le metieron un perdigón por el culo! —dijo él.

Al final le convencimos. Eso era lo bueno de Gordi: aunque adoptaba posturas radicales cuando menos te lo esperabas, podías hacerle cambiar de idea con un poco de tacto. Dani y yo le conocíamos bien, y sabíamos hacerlo mejor que nadie. Yo también tenía miedo de que Roge volviese. El otro día me había cagado por las patas abajo, aunque lo disimulé un poco, sobre todo por Sonia. Ella estaba mostrándose tan valiente, que yo tuve que sacar pelotas de donde no las había. ¿Cómo podía pretender que fuese mi chica, si yo era un enclenque? Odiaba ser débil; estaba harto de que los chulos y los mayores la tomasen conmigo. A veces pensaba en un mundo donde no existiesen roges ni willys ni josis. Desde luego, era una utopía, pues personajes como ésos habrá siempre. Sin embargo, yo me evadía en ese mundo irreal y era ahí donde me refugiaba de mis problemas. En aquella época tenía mucha imaginación y estaba viviendo simultáneamente en dos mundos paralelos. Uno era el real. En ese mundo yo era un pardillo y los tíos mayores abusaban de mí; me temblaban las piernas cada vez que una tía buena venía a hablar conmigo; y lo único que me hacía sentir bien era que personajes aún más patéticos que yo, como Gordi, existiesen. El otro mundo era el imaginario, el mejor. Ahí yo era el rey del mambo, y los individuos como Willy y Roge me besaban el culo; las tías como Sonia caían rendidas en mis brazos debido a

mi irresistible atractivo físico; las clases de Paula, más que de matemáticas, eran de anatomía femenina; y los hermanos coñazo como Josi estudiaban en un internado en la China. Un día, después de ver una película de Bruce Lee, soñé que le sacaba a Willy la dentadura de una patada. Lo malo de vivir en ese mundo irreal era que tarde o temprano tenías que bajar de la nube. De todas formas, estábamos en verano, donde el mundo real mejoraba considerablemente; no hasta los límites del irreal, ni mucho menos, pero sí lo suficiente para poder pasártelo de puta madre.

Nos apretujamos bien y conseguimos entrar todos en la tienda de campaña. Dani volvía a tener razón. Yo estaba sentado a lo indio entre Gordi y Sonia. El contacto físico con Gordi no me proporcionaba ningún placer; o sea, que intentaba acercarme lo más posible a Sonia. La tienda era bastante más incómoda que la cabaña, y tuvimos que dejar la cremallera abierta, ya que nos sofocábamos. Natalia parecía que no se lo estaba pasando muy bien.

—A mí esto no me hace mucha gracia, sabéis —dijo ella.

—¿Tienes miedo? —le pregunté.

—No, es que no me gusta este juego.

Aún no se le había pasado el susto de la última vez. No nos tomamos muy en serio su temor y empezamos con la sesión.

—¿Eres Cristina? —preguntó Pablo, después de haber establecido contacto.

El testigo comenzó a moverse: «S-I». «No es posible —pensé—. Esto ya es demasiado». Le preguntamos por qué se había suicidado, y nos dijo que porque quería. No estábamos seguros de que fuese ella, así que le hicimos una pregunta trampa.

—¿Cuántos años tienes? —volvió a preguntar Pablo.

No obtuvimos respuesta.

—No es ella —dijo Sonia.

Continuamos preguntándole cosas de tipo personal, y en ninguna de ellas respondió. ¿Quién era y por qué se hacía pasar por Cristina? Pablo, el supuesto experto, estaba tan confuso como nosotros.

—Debe de ser el espíritu del otro día, que se está burlando de nosotros —dijo.

Yo me imaginaba que la vida en el más allá, si es que existía, algo que dudaba, debía de ser un poco más seria, y que, además, probablemente los espíritus tuviesen cosas más importantes por las que preocuparse, como para bromear con unos adolescentes. Pero, por lo visto, no era así. Le seguimos haciendo preguntas, sin embargo, no obtuvimos más respuestas. De repente y para mi asombro, sentí cómo una cálida mano tocaba mi brazo: era la de Sonia. No me miró, sólo dejó su mano apoyada sobre mí por un minuto, más o menos. Estaba esperando el momento en el que se quedase sola para poder hablar en privado con ella, pero no se separó de sus amigas.

Salimos del bosque y nos dirigimos hacia el pueblo. A lo lejos, aparcada al lado de la carretera, vimos la furgoneta del *hippy*. Las tías ya se habían ido y nosotros

decidimos hacerle una visita. Ninguno había hablado antes con él y teníamos ganas de conocerlo. Quedamos en que fuese Dani el que hiciese las presentaciones. Las puertas traseras de su furgoneta estaban abiertas, y él permanecía sentado en el interior afinando una guitarra acústica. Llevaba sandalias, unos vaqueros viejos y una camisa de colores bastante gastada. Debía de estar esperando a Paula.

—Hola, ¿eres el novio de Paula? —preguntó Dani.

—Se.

—¿Cómo te llamas?

—Harley —¡vaya nombre tenía el tío!

—¿Cómo mola tu *furgo*? —siguió hablando Dani.

El resto de nosotros nos manteníamos al margen, observando el interior de la furgoneta. Me sorprendió que no tuviese pósters de tías en pelotas ni nada parecido. A mí el término *hippy* me sonaba a sexo, drogas y *rock and roll*.

—Se —dijo.

—¿Sabes? —añadió Gordi—, Paula es la profesora particular de Mati.

—¡Qué guay!

La verdad es que el tío era parco en palabras. Debía de tener algún encanto oculto, porque estaba seguro de que a Paula no la había conquistado con su exquisito lenguaje y, apuesto a que tampoco con su vestuario. El interior de la furgoneta estaba bastante desordenado. Lo mejor, sin duda alguna, era el famoso colchón, que veíamos por primera vez. Era mucha la habladuría que giraba en torno a él, y no era para menos. También había varios pósters; reconocí en uno a Jimi Hendrix tocando la guitarra. Otro llamó mi atención: sobre un fondo negro se veía el espectro de un haz de luz producido al atravesar un prisma.

—Me gusta ese póster —le dije.

—Es la portada de *The Dark Side of the Moon*, de Pink Floyd.

—¿Pink Floyd?

—Se, ya sabes, los reyes de la psicodelia.

—¿Psico qué? —preguntó Gordi.

—Psicodelia. Es un tipo de música basada en las drogas psicodélicas, como el LSD. Son un tipo de drogas que producen *alucenaciones*, y en esos estados *alucenógenos* es en lo que se inspira esa música.

—Interesante —dijo Dani—. ¿Y a qué suena?

—Suena a algo como esto.

Cogió la guitarra y tocó la canción *Summer '68*. Si en verdad esa música había surgido de tales drogas, a mí me dieron ganas de atiborrarme a LSD. Desde aquel momento el *hippy* empezó a caerme bien y comenzó a gustarme Pink Floyd. No sé decir si ese tío se había *quedao pillao* en los sesenta, setenta o dónde exactamente; lo cierto, es que era diferente. Quizá fue eso lo que le atrajo a Paula de él. Dejamos al *hippy*, o Harley, como decía llamarse, y emprendimos el regreso al pueblo.

—Cuando sea mayor me lo voy a montar como él —le dije a Dani.

Por el camino, mi mente echó a volar otra vez: «Desperté en mi colorida furgoneta que estaba aparcada en la playa. Me senté delante y, para comenzar el día con buen pie, me dio por tragarme un par de pastillas de LSD, mientras escuchaba a Pink Floyd y a la psicodélica esa. Era temprano y la playa todavía estaba desierta. Miré a la parte de atrás de la *furgo* y allí estaba Sonia, tumbada sobre el colchón y bajo una manta que ocultaba su bonito cuerpo desnudo. Todavía estaba dormida, y es que la noche había sido movidita. Empecé a flipar gracias a las propiedades alucinógenas del LSD mientras miraba al vasto océano. “Esto de quedarse *pillao*, mola”, pensé».

## CAPÍTULO 8

### EL GRAN SALTO

Debían de ser las cuatro de la madrugada. Se levantó de la cama intentando hacer el menor ruido posible para no despertar a su mujer. Ella no debía enterarse de nada hasta que él hubiese terminado con lo que se había propuesto llevar a cabo. Estaba a punto de ejecutar la tarea más importante de su vida. Entró en la cocina y preparó un café bien cargado para espabilarse y paliar un poco los nervios. Pero no estaba muy nervioso; ¿por qué debía estarlo?, todo iba a salir bien. Cuando se tomó el café, salió de casa y entró en el pajar, que estaba a unos pocos metros de distancia. Atrancó bien la puerta para cerciorarse de que nadie le interrumpiese mientras organizaba su último gran viaje. Cogió una cuerda gruesa que había dejado preparada el día anterior. Eso lo había aprendido de su padre, el ser previsor y no dejar nada a la improvisación. Pensaba que era lo único que le había dejado que mereciese la pena recordar y, por supuesto, poner en práctica. Sin embargo, su padre ni por asomo imaginaría la última utilidad que su hijo iba a hacer de su instrucción. Anudó la cuerda intentando dejarla igual que en las películas de vaqueros que había visto. Hasta pensó en John Wayne mientras lo estaba haciendo. Es sorprendente ver en qué cosas piensas cuando estás a punto de dar el gran salto. Él creía que en esos últimos instantes recordaría los momentos más significativos de su vida, como su boda, el nacimiento de sus hijos y tonterías por el estilo, pero nada más alejado de la realidad: pensó en el bueno de John. Y quien piensa en John Wayne, piensa en Clint Eastwood, y así terminó de anudar la cuerda recordando su película favorita: *El bueno, el feo y el malo*. Hasta empezó a formársele una sonrisa que le hizo sospechar que estaba en un momento de locura, pero él no estaba loco, ni mucho menos. Locos eran los que intentaban vivir la vida sin motivo ni propósito alguno, no aquellos que intentaban abandonarla con un buen motivo y propósito. El resultado final de la sogá fue bastante diferente del que había visto en las películas del oeste, pero, por desgracia, la teoría de la perfección no se la había enseñado su padre. Pasó la cuerda por encima de una viga y la anudó a una columna cercana. Se aseguró tres veces de que estuviese bien atada, no quería sorpresas de última hora. Después, puso una silla debajo de la sogá y empezó a desnudarse. Eso no lo tenía previsto; fue una inspiración que le vino en ese preciso momento. Había venido desnudo a este mundo y se iría de él de igual manera. Ni siquiera pensó en la impresión que causaría a sus hijos si fuesen ellos los que le encontrasen. Una vez que terminó de quitarse la ropa, se subió a la silla e intentó ajustarse la sogá al cuello. La había dejado un poco alta, así que tuvo que ponerse de puntillas para poder lograrlo. Cuando estaba a punto de introducirse la sogá en la cabeza, la silla volcó y él cayó al suelo. El impacto fue bastante fuerte, porque se

golpeó la cabeza con la propia silla, y estuvo varios minutos semiconsciente tirado en el suelo del pajar. Cuando recuperó la consciencia, dio gracias a Dios por no haber muerto de aquella forma. No quería que cuando la gente recordase su suicidio, se partiesen el culo de risa. La muerte sí, pero no a cualquier precio: él era una persona de principios. El imprevisto que tuvo con la silla lo interpretó como una señal de la Providencia. «Quizá Dios está tratando de decirme algo; quizá quiere que haga las cosas bien de una vez por todas», pensó. Y eso fue lo que hizo: aseguró bien la silla al suelo para que nada volviese a salir mal. Nunca es tarde para cambiar, y él no quiso defraudar a Dios en su última acción. Se volvió a subir a la silla y, esta vez, sin mucha dificultad, consiguió ponerse la soga al cuello y apretarla. Ahora sólo quedaba dar el gran paso. En ese momento no pensó en John Wayne ni en Clint Eastwood, ni siquiera en Neil Armstrong y su célebre frase: «Este es un pequeño paso para un hombre, pero un gran paso para la humanidad». No pensó en nada. Él no había elegido venir a este mundo; en cambio, sí elegiría el momento de su partida. Eso era lo bueno de la vida: poder elegir. ¿Cómo lo llamaban, el libre albedrío? Sí, creo que había oído hablar de eso en alguna ocasión, y él iba a hacer buen uso de ese libre albedrío o como se llamase. «La gente es tonta —pensó—. Prefieren vivir en la angustia y la miseria, que es lo único que esta vida nos ofrece, antes que elegir el otro camino, el más fácil de todos». Sin embargo, el dar ese paso no tenía nada de fácil. A la hora de la verdad, había que echarle huevos, y eso era precisamente lo que él no tenía: toda su vida había sido un cobarde y en ese momento se acordó de ello. «Pero ¿quiénes son los verdaderos cobardes?, ¿los que no tienen el suficiente valor para afrontar la vida y vivirla con todos sus problemas, o los que no lo tienen para acabar con ella?». La respuesta la tenía clara, y decidió dar el gran paso, pero entonces se dio cuenta de que le faltaba valor. Un valiente por no querer afrontar la vida, y un cobarde por no atreverse a dar el último paso. «Quizá no soy ni valiente ni cobarde —pensó—. Quizá sólo soy un gilipollas». Sí, eso fue lo último que se le pasó por la cabeza antes de saltar. Sin embargo, no lo hizo por que al final hubiese encontrado ese valor dentro de uno mismo, como había visto en algunas películas, donde hasta el más cobarde saca la valentía de no sé qué fuente interior ni de que hostias y se carga a todos los malos. Saltó sin darse cuenta. Fue como si alguien hubiese tomado esa decisión por él. No murió al instante: estuvo varios segundos agonizando colgado de la soga. Hasta tuvo tiempo de arrepentirse, pero ya era demasiado tarde.

Herminia despertó a las siete de la mañana, como de costumbre. Se sorprendió al ver que su marido no estaba en la cama, porque generalmente ella siempre era la primera en levantarse. Entró en la cocina y vio que hasta le había preparado el café. Pensó que, a lo mejor, a su marido le había dado un repentino ataque de romanticismo y, quisiese hacer algo por ella para demostrarle su amor después de veinticinco años casados. El café estaba frío, aunque a ella no le importó, no quería estropear ese momento. Él parecía no estar en casa y salió a buscarlo fuera. Dio una vuelta y no lo vio. Después, se fijó en el pajar; quizá le estuviese esperando allí para

darle un buen revolcón por los viejos tiempos. Pero si eso era lo que él quería, se lo estaba poniendo difícil, ya que la puerta estaba atrancada.

—¡Qué diablos está haciendo este hombre! —dijo, antes de meterle un buen empujón a la puerta y abrirla.

Allí estaba él, colgado, desnudo y, con el miembro que tantos placeres y desilusiones le había dado a lo largo de esos veinticinco años, listo para la acción. Al principio se quedó inmóvil, aterrorizada. Después, se dirigió gritando a casa de su hermana, que vivía al lado, a pedir auxilio, como si todavía pudiesen hacer algo para salvarle la vida. Juan y Roberta la acompañaron hasta el pajar. Fue el propio Juan, el padre de Cristina, el que lo descolgó, mientras Roberta se quedó consolando a Herminia. Sus dos hijos, David y María, se despertaron a causa del alboroto y salieron corriendo. Su madre intentó detenerlos a la entrada del pajar para que no viesen a su padre, pero David consiguió pasar y verlo. Poco después llegó Mari y Mónica. Ellas habían perdido a su hermana hacía unos días, y ahora perdían a su tío José. El Cura no se hizo esperar: llegó al lugar de los hechos y empezó a organizarlo todo, como si alguien le hubiese dado autoridad para hacer algo más que no fuese salvar almas. Nadie se explicaba lo sucedido, ya que José parecía ser un hombre feliz. No fue un suicidio previsible, como el de Cristina, y su mujer se llevó la mayor sorpresa.

Volvió a ser mi madre la que me dio las noticias del suicidio de José al despertarme por la mañana. No me afectó tanto como el de Cristina, pues ella era de mi edad, e incluso ya la estimaba más muerta que en vida. Y lo curioso es que ese sentimiento empezó después del suicidio. Yo no creía que fuese malo; pardillo y malvado no son sinónimos precisamente. También pensé en el Cura: si con el primer suicidio nos condenó a un infierno eterno, qué nos caería encima con éste. Pero ese sermón me lo salté, porque no fui al entierro. No es que de repente me hubiese salido más pelo en las pelotas, sino que mi madre no consideró estrictamente necesario para mi educación la asistencia a ese funeral. Se percibía que el pueblo estaba un poco conmocionado. Aunque hubo varios suicidios a lo largo de su historia, el que ocurriesen dos en tan breve intervalo de tiempo no era habitual.

## CAPÍTULO 9

### EL RÍO

El río era nuestra salvación en los días calurosos de verano. San Martín estaba algo alejado de la costa, y las escapadas a la playa eran un lujo que sólo disfrutábamos unos pocos días al año. El río, en cambio, pasaba muy cerca de casa. Tenía ciertas ventajas respecto a la playa: no se quedaba la arena pegada al cuerpo ni la piel pegajosa, y tampoco te quemaba el sol. Sólo tenía un inconveniente: el agua estaba más fría que en el mar, lo que hacía difícil poder disfrutar de un baño. Era pequeño y, además, en verano su caudal disminuía bastante. De todas formas, a un kilómetro del pueblo, había un pozo lo suficientemente profundo como para poder bañarnos y gozar. Estaba rodeado de rocas y árboles, y el agua fluía a él en una pequeña cascada. Aquél era un hermoso paraje y mi lugar favorito. Aunque nuestro pueblo era de lo más vulgar de este mundo, tenía en el pozo del río su humilde paraíso.

Eran muchos los jóvenes que lo frecuentaban, incluidos Roge y su banda; así que, antes de ir, mandamos a Dani delante para averiguar si había malhechores. Terror me daba encontrarme con Roge allí. No quería imaginar lo que podría hacer si nos cogiese en aquel lugar donde la escapatoria era imposible. El hecho de que pudiese organizar un concurso de resistencia subacuática, tenía un efecto laxante en mí. Dani nos dio luz verde. Había más chicos en el río, aunque, según él, ninguno de ellos ponía en peligro nuestra integridad física. Bajamos y nos sentamos en una gran roca al lado del pozo. Los otros chicos estaban tirándose al agua. Para Dani, la vida se reducía simplemente a tener o no tener pelotas, y fue el primero en tirarse al agua. No era la primera vez ni sería la última que presenciaba esa danza de «mira qué macho soy», en busca de la admiración de las chicas. No creo que Sonia se dejase impresionar por eso. Se reía, pero es como la que se ríe sabiendo de lo que va todo aquello. Lo que vino después sí me impresionó, porque lo último que hubiese esperado de un tío tan enclenque como Gordi, era que se lanzase al agua desde una roca al estilo bomba. Poco faltó para que cayese encima de Dani. No sé si era un ataque de locura o si también quería hacerse el macho para impresionar a las tías; lo cierto, es que ellas le aplaudieron. Ése era su momento, no cabía en sí, y cuando Gordi se vanagloria, comienza a decir y hacer estupideces que le vuelven a poner otra vez en su lugar de idiota. Esa clase de personas no saben dónde está el límite y cuándo deben detenerse, tienen que estropearlo todo.

—¡Con un par de pelotas! —gritó él, mientras se echaba la mano a esa parte del cuerpo humano que había nombrado—. ¡Eh, Mati, a que tú no los tienes para hacer lo que hice yo!

Eso no me sorprendió. Cuando Gordi se pavonea, tiene que dejar en ridículo a

alguien, y esa persona siempre era yo. En ese aspecto no era tonto: Dani y Pablo tenían tres veces más bolas que él, y sabía que nunca conseguiría quedar mejor que ellos. Yo era otra historia; era tipo pardillo, como él, pero no tanto, y lo sabía. Por eso me atacaba a mí siempre y no a Dani. No pretendía dar el salto al número uno, sino dejar de ser el último de la lista, y como, según él, yo era el siguiente por delante, tenía que aguantar todo su repertorio de descalificaciones personales.

—¡Qué pasa, Mati! ¿No los tienes? ¿Eres una nena? —continuó diciendo.

Los demás me miraron como si estuviesen esperando que me tirase de cabeza al río. Pues si eso era lo que esperaban, iban de culo, porque no estaba dispuesto a hacer caso a un gordo gilipollas que intentaba dejarme en ridículo para ganar él unos cuantos puntos. No le dije nada, sin embargo, todavía no se daba por contento.

—¡Mati es una nena, Mati es una nena, Mati es una nena! —voceaba.

«¡Que te den por el culo!», pasé ganas de decirle, y si Sonia no estuviese presente, se lo habría soltado. Si hubiese sido algo más maduro, no le habría hecho caso, pero aquellas no eran las circunstancias y me fastidió bastante. Empecé a planear mi venganza en silencio. Hasta tuve que refrenarme un poco, no fuese que en mi ataque de ira le causase una lesión irreversible en el cerebro y le dejase más tonto de lo que era. Los arrebatos de valentía no eran muy típicos de él, aunque ya había aprendido que sería capaz de hacer cualquier cosa para ser el centro de atención. Esta vez se estaba empleando a fondo. Salió del pozo, subió a la roca y se volvió a tirar haciendo una extraña pirueta.

—Ya verás como al final se acaba dando un golpe en la cabeza y vamos a tener que llevarlo al hospital —le dije a Sonia, que estaba sentada a mi lado.

—¿Tú crees? —dijo ella, sonriéndome otra vez de esa forma que hacía que se estremeciese todo mi ser.

—Sí..., eso espero.

Una vez que Gordi se tranquilizó, bajamos al pozo y nos metimos en el agua poco a poco. Primero los pies, luego hasta las rodillas, después hasta las pelotas. De repente, a Pablo le dio por joderme el proceso de aclimatación y me tiró la fría agua por la espalda.

—¡Gilipollas! —grité.

En el pozo había suficiente espacio para todos, y no nos cubría del todo. Empezamos una guerra de agua, y alguno tragó más de la cuenta y tuvo que retirarse. Sonia y yo hicimos nuestra guerra particular. Fui benévolo y no la castigué mucho. Dani nos gastó una broma y nos dijo que Roge venía de camino. Salí del agua de un salto y me encaramé a las rocas. A Sonia la dejé tirada en medio del pozo: todo un caballero.

—¡Muy gracioso! —le dije a Dani, tras darme cuenta de que era una mentira.

—Si vieras la cara de imbécil que pusiste —dijo él, riéndose.

Gordi se rió de mí también, como si a él no se le hubiesen puesto de corbata. Pusimos las toallas sobre una gran roca y nos tumbamos en ellas para secarnos. Los

tímidos rayos de sol que se abrían paso entre los árboles y calentaban mi cuerpo mojado y frío, me proporcionaban una sensación tan placentera como la de bañarse. Y si, además, tenías la suerte de que una chica como Sonia se tumbase a tu lado en bañador, casi rozándote, la sensación placentera se multiplicaba por dos... o tres. Tuve tiempo de observar bien su bonito cuerpo.

—¿Tienes frío? —le pregunté.

—Un poco. ¿Y tú? —respondió, mientras volvía la cabeza hacia mí.

—Un poco.

En ese momento sentí cómo algo cálido tocaba mi pierna. Me estaba acariciando con su pie.

—Sí, estás un poco frío —dijo.

La sensación placentera se había multiplicado por diez elevado a la vigésima potencia, y no quería que aquello terminase nunca. Me dispuse a hacerle lo mismo a ella. Tardé casi un minuto en decidirme, y es que hay decisiones trascendentes que requieren una profunda reflexión. Cuando Sonia cerró los ojos, fui acercando mi pie poco a poco a su pierna hasta que entramos en contacto. Fue un toque muy tímido; aun así, ella abrió los ojos.

—¿Qué? —me preguntó.

—Nada —contesté, retirando mi pie.

Ya me había metido otra vez en esas situaciones embarazosas que tanto odiaba, pero que era especialista en crearlas. Tenía que hacer algo para salir de ahí cuanto antes.

—Qué gracioso Dani con lo de Roge, eh —dije.

—Sí —dijo ella, riéndose—. ¿Te lo creíste?

—Bueno, no del todo.

Lo cierto es que me lo había creído por completo y casi me había meado encima; aunque, por supuesto, eso no se lo dije a Sonia. No quería que pensase que era un ingenuo.

—Mentira, te lo creíste —dijo.

No era tonta. Ahora sabía que además de ingenuo, era también un mentiroso. Volví a pensar rápidamente en algo para cambiar de tema:

—Qué gracioso el Gordi, eh.

Pasaba la tarde y el sol se ocultó entre los árboles. Mis amigos se fueron marchando uno tras otro. Pablo y Dani me invitaron a ir con ellos a cazar pájaros con la escopeta de perdigones, pero rehusé muy cortésmente, no porque fuese un activista defensor de los animales, sino porque Sonia todavía estaba tumbada a mi lado. Por fin, ella y yo nos quedamos solos a la orilla del río. Era la primera vez, sin contar las ocasiones en que nos escondíamos juntos cuando jugábamos al escondite. Pero aquellos días ya habían pasado, y no los echaba mucho de menos. Los años que tenía por detrás me parecían simples, y los que me quedaban por delante, aburridos, viendo la tediosa vida que solían llevar los adultos.

—¿En qué piensas? —me preguntó Sonia, mientras se sentaba a mi lado.

—En todo un poco —dije, despreocupado, entretanto fijaba mi vista en el río.

—¿Y en ese todo un poco estoy yo? —preguntó ella, con un tono tan dulce, que sus palabras llegaron a mis oídos como música celestial.

—Puede —dije, todavía sin asimilar muy bien lo que me había dicho—. ¿Y tú en qué piensas?

—En todo un poco.

—¿Como qué?

—Como en las deliciosas comidas que me prepara mi abuela, en mis amigos del *insti* y mis amigos de aquí, en el juego de la ouija, en todo un poco.

—Sí, yo también pienso en eso. ¿Crees en los espíritus de la ouija?

—Sí, pero no estoy muy segura.

—¿Cómo podrías estarlo? —Se hizo otra pausa en la conversación y yo me puse a tirar piedras al río—. Sabes, cerca de aquí hay una presa que te cubre entero, pero no dejan bañarse; dicen que hace años se ahogó un chico allí. ¿La has visto alguna vez?

—No.

—¿Quieres venir?

—Vale.

Nos dirigimos allí por un estrecho sendero que bordeaba el río. No sé muy bien cómo sucedió, pero al final llegamos a la presa cogidos de la mano. La rodeamos manteniendo una distancia prudencial para evitar un resbalón, y, después, nos sentamos sobre el tronco de un árbol caído.

—Es un lugar muy bonito. No lo conocía —dijo Sonia.

—Puede ser nuestro lugar secreto, si tú quieres —dije.

—Claro. Hagamos un juramento; juremos mantener este lugar en secreto.

Fue entonces cuando hizo algo que, en otra persona, me hubiese parecido repugnante, pero que, en ella, no era más que una muestra de sus innumerables encantos. Se escupió su mano derecha y me dijo que hiciese lo propio con la mía; posteriormente, las juntamos. Y, creedme, ése no fue el único intercambio de saliva que hubo aquella tarde, porque ocurrió un milagro tan grande, que el del pan y los peces me pareció un juego de niños comparado con aquél.

—Cierra los ojos —me dijo ella.

Yo le hice caso. Un par de segundos después sentí cómo sus húmedos labios tocaban los míos y, seguidamente, nos unimos en un profundo beso que ni en mis mejores sueños me hubiese imaginado. Así permanecemos un tiempo, no recuerdo muy bien cuánto. Aquél fue mi primer beso; aquél fue el instante en el que mi mundo real se unió con el imaginario en una espiral eterna, sin saber muy bien dónde terminaba uno y empezaba el otro. Con un buen sabor de boca emprendimos el regreso al pueblo. Por el camino, más que andar, sentí que flotaba. Nunca el cielo estuvo tan azul ni los campos tan verdes como en aquella bonita tarde de julio.

La clase con Paula perdió interés, no sólo porque esta vez no enseñaba nada que no hubiese visto, sino porque mi mente todavía estaba en el río.

—¿En qué piensas? —preguntó ella, dándose cuenta de que yo estaba completamente desconectado.

—En cosas mías —respondí.

Pareció sorprenderse un poco por esta respuesta firme, y es que ya era todo un hombre y no estaba para tonterías. Si hubiese tenido más pelotas, le habría tocado las tetas, como me había aconsejado Dani. De todas formas, no quería estropear mi relación con Sonia. No quise pecar de avaricioso, no fuese que la cagase otra vez y me quedase sin ninguna. Esas lecciones sólo se aprenden cuando se es un hombre. Además, por muy buena que estuviese Paula, Sonia era la número uno indiscutible.

Llegué a mi casa y me senté a comer. Mi madre no paraba de preguntarme por qué estaba comiendo tan rápido.

—Tengo asuntos importantes que tratar —dije.

—Asuntos importantes que tratar, ¿eh? —respondió ella, con esa sonrisa cínica que mostraba cuando algo le olía a chamusquina.

Pero esta vez lo único que olía a chamusquina eran las chispas que saltaban cuando el cuerpo de Sonia entraba en contacto con el mío, y que yo supiese, eso no era pecado. Bueno, no sé lo que opinaría el Cura, aunque no me importaba mucho.

Recuerdo que una vez Dani —que los tenía bien puestos desde el día que nació— fue a confesarse solamente por cachondeo. Le dijo al Cura que le había tocado las tetas a una tía en el instituto. Le dejó bien claro que no había sido culpa suya, ya que la tía se las había puesto delante; pero el Cura, por lo visto, no opinaba lo mismo. Empezó a ponerse nervioso y a dar golpes al confesionario, mientras le soltaba un rollo acerca del Infierno. «¡El Infierno está lleno de gente a la que un día le pusieron las tetas delante!», había dicho. Al final, le mandó rezar tal cantidad de padrenuestros y avemarías, que salió de la iglesia dos horas más tarde, pues el propio Cura se quedó a supervisar que cumpliera la penitencia. Típico de Dani. Lo bueno de confesarse era que, dijese lo que le dijese, no se lo contaban a tus padres. Yo sólo me confesaba una vez al año, y porque me obligaban. La primera vez lo pasé muy mal. Llevaba una semana preocupado con la maldita confesión. Le solté al Cura una lista de pecadillos inocentes que llevaba preparada de antemano; sin embargo, el cabrón no se daba por satisfecho, y hasta tuve que inventarme pecados para dejarlo contento.

Terminé de comer y subí a cambiarme de ropa. Todo estaba saliendo bien: Sonia ya era mi chica. Nadie podría estropear ese momento; nadie, excepto Josi. Estaba a punto de salir a encontrarme con mi novia, cuando él entró en mi habitación.

—¡Chivato de mierda, mongol! —me dijo.

—¿Qué...?

—¡Por tu culpa me voy a pasar el puto verano currando en la madera, *sunormal!* ¡Te vas a enterar!

Pensé que me iba a dar una hostia, pero lo que hizo fue coger mi disco favorito de los Dire Straits, el *Brothers in Arms*, y lo sacó de la funda.

—¿Quieres ver a los *Dairestris* volar *pol* aire? *Saen* volar.

—¡No los tienes! ¡Vas a mamá!

Pero sí los tuvo: los lanzó por la ventana. Yo me asomé y vi cómo volaban y volaban y volaban, hasta que hicieron un giro brusco y cayeron en picado a la carretera. Se hicieron trizas. Intenté gritar todo lo fuerte que pude para que me oyesen mis padres. Bajé corriendo las escaleras y recogí los pedazos del disco. Con gran dramatización, se los enseñé a mi madre, y vi cómo se resignaba ante algo que ambos sabíamos, que Josi era un gilipollas. Me aseguró que mi padre le descontaría el dinero del disco de su sueldo y me lo daría, aunque eso no me consoló mucho. Por más discos que pudiese comprar, ya nada sería como el primero. Decidí cancelar mi cita con Sonia y me quedé en mi habitación odiando a Josi y planeando mi venganza, porque habría una venganza. Pero ésta llegaría cuando menos se la esperase, en frío. Ya estaba empezando a tener algunas ideas.

Al día siguiente, cuando Dani vino a buscarme, le conté lo que Josi me había hecho.

—Tío, ¿y por qué no le metes una culebra en la cama? —me dijo.

—Ya, ¿y de dónde la saco?

—Bueno, pues le metemos un sapo. Dicen que tienen una especie de veneno en la piel y que si lo tocas te sale un salpullido.

Aquella no era mala idea: si algo abundaba en San Martín eran los sapos. Salimos de casa y fuimos a la plaza a reunirnos con los colegas. Un primer vistazo a Sonia, y me olvide de josis, de sapos y del resto de escoria que habitaba nuestro humilde pueblo. Ella me preguntó por qué no había venido el día anterior, y yo le dije que mi disco favorito había salido volando.

—¿Cómo es posible eso?

—Si tienes un hermano tan subnormal como el mío, créeme, es posible.

Se lo conté todo y hasta parecía sentir lástima por mí.

## CAPÍTULO 10

### EL CEMENTERIO

Hacía poco tiempo que José y Cristina habían sido enterrados. Eso quería decir espíritus frescos deambulando por el cementerio; algo que, según Pablo, ofrecía infinitas posibilidades para experimentos espiritistas. Al principio creí que todo era una broma, pero poco a poco me fui dando cuenta de lo contrario. «¿Quién es tan imbécil como para meterse en un cementerio con la tabla de ouija?», pensé. A mí no me agradaba nada la idea. Los cementerios nunca me gustaron, y era uno de los lugares que intentaba evitar. Sin embargo, Sonia estaba tan entusiasmada, que no sería yo el que se rajase.

—Qué, Mati, ¿te apuntas? —preguntó Pablo.

—¿Dónde hay que firmar? —dije, intentando disimular mi espanto.

Luego le eché una mirada a Sonia para dejarle bien claro que aquí había un machote. Gordi se apuntaba a todo: traté de ignorarle lo más que pude. Natalia fue la única que se había rajado; cuando escuchó la palabra cementerio, dijo que tenía que ir a coger cerezas con su padre. Decidimos esperar al anochecer para que nadie nos viese, y alrededor de las diez emprendimos la marcha. El cementerio estaba a las afueras, ligeramente alejado del pueblo. A los habitantes de San Martín nos gustaba mantener una distancia prudencial entre vivos y muertos, por si las moscas. Nunca habíamos visto a ninguno levantarse de la tumba, pero, quién sabe. ¿Y si, como decía el Cura, el día menos pensado llegaba el Apocalipsis ese y salían todos a dar un garbeo? Cuanto más alejados, mejor. Cuando llegamos ya era casi de noche; aun así, había suficiente luz para poder ver las lápidas. La luna llena brillaba en el horizonte; le eché un vistazo y me dio mal presagio. Aquello no me gustaba nada. Empecé a pensar que Natalia había sido la más lista de nosotros. ¿Cómo no se me había ocurrido a mí la excusa de las cerezas, o de las manzanas, o cualquier gilipollada que me evitase morir a manos de un zombi? Los demás parecían tranquilos: si es que, al igual que yo, tenían visiones de muertos vivientes arrancándote las tripas, lo estaban disimulando muy bien. Sonia hasta se reía. «¿De dónde saca las pelotas esta tía?», pensé. Teníamos que saltar la tapia porque el cementerio estaba cerrado, y Pablo me preguntó cuál era el mejor lugar para hacerlo.

—¿Qué...? —dije.

Tardé varios segundos en quitarme a los zombis de la cabeza y centrarme en lo que me había preguntado. Pablo quería ser el primero en saltarla, pero Dani se le adelantó para dejarle bien claro quién era el gallo del corral. Yo no tenía prisa y fui el último, detrás de Gordi. Me tocó la desagradable tarea de darle un empujón en el culo. De repente, se tiró el pedo del siglo a pocos centímetros de mi cara:

«¡PBRRRRR...!».

—¡Gilipollas! —grité.

—Fue sin querer, tío, te lo juro.

—¡Vete a tomar por culo!

Al otro lado de la tapia se desternillaban.

—Mati, ¿qué pasó? —preguntó Dani.

—Me lo soltó, tío, el muy gilipollas me lo soltó —contesté.

Las risas subieron de tono. Comencé a escalar la tapia. La visión de muertos persiguiéndome por el cementerio se había esfumado gracias a Gordi. Cuando llegué arriba, me entraron unas ganas de cagar enormes. No sé si fueron los muertos o el pedo, o quizá ambos. Pensé en decirles que tenía que ir a cagar. «Veréis, tíos, ja ja, no os lo vais a creer, pero me entraron unas ganas de cagar que flipas; o sea, que yo me piro». No era ésa una frase para un machote como yo. Sonia podría pensar: «¿A qué clase de gilipollas besé el otro día?». Me dispuse a saltar la tapia con la esperanza de que no lo soltase todo cuando llegase al suelo y, entonces, la cagase de verdad. Afortunadamente no pasó nada. Mi misión ahora era intentar disimularlo lo más posible, y eso no era fácil, ya que andaba como si me hubiesen dado una patada en las pelotas. ¿Y todo esto por qué? Todo esto porque a un imbécil de Gijón le había dado fuerte con los espíritus. Empezamos a buscar la tumba de Cristina. Yo siempre iba el último, para evitar sospechas. Era de noche y eso me ayudaba. Después de dar unas cuantas vueltas, la encontramos. Sin pensárselo dos veces, Gordi se sentó encima.

—¡Levántate de ahí, idiota! —le dijo Dani.

Ana se quitó la mochila y sacó un radiocasete que le había encargado Pablo para hacer una psicofonía. El tío estaba en todo.

—¡Bien, fiesta en el cementerio! —dijo Gordi.

«¡Cállate, gilipollas!», pasé ganas de decirle, pero cada vez que hablaba, me entraban más ganas de cagar; o sea, que me lo guardé para mí. Ana puso el radiocasete sobre una lápida cercana y le dio al *play*. Empezó a sonar a todo volumen algo que me parecía *Hilo de seda*, de Los Pekenikes.

—Esta tía es imbécil —dijo Pablo.

—Ana, ¿qué eres, imbécil? —dijo Dani—. Los Pekenikes son para la playa, al cementerio hay que traer a Iron Maiden.

—Es que me confundí y le di al *play* —argumentó ella.

Pablo tomó el mando y puso el casete a grabar.

—¿Y eso de la psicofonía para qué es? —pregunté yo, entre apretón y apretón.

—Verás —dijo Pablo—, los espíritus están hablando constantemente, pero nosotros no los podemos oír, porque están en otra dimensión. Sin embargo, sí se pueden grabar mediante un mecanismo electromagnético que tienen los radiocasetes, y luego podemos escuchar lo que dijeron.

Jamás hubiese pensado que la mierda de radiocasete que había traído Ana, y que probablemente lo había comprado a los negros por menos de mil pesetas, tuviese un

mecanismo electromagnético para grabar a los muertos. La verdad es que aquello me costaba bastante creerlo. En mis catorce años de frustrada existencia nunca había escuchado semejante gilipollez.

Miré a mi alrededor para vigilar que no se abriesen las tumbas. Seguramente aquél no era el momento adecuado para acordarse de *Pesadilla en Elm Street*, pero mi mente me jugó una mala pasada y, por si ya tenía pocos problemas, Freddy entró en escena. Parecía más real que nunca el cabrón. Pablo colocó la ouija sobre la tumba de Cristina. Los demás se sentaron en torno a ella. Yo pensé: «Si me siento, lo suelto y no lo para ni su madre. Elemental». Me puse de rodillas y, aunque la postura era bastante incómoda, no había otra solución.

—¿Vas a rezar? —me preguntó Sonia.

—No, es que estoy más cómodo así.

Empezamos con la sesión. No me enteré de nada, ya que estaba demasiado ocupado asegurándome de que los muertos siguiesen como se supone que deberían estar: muertos. Las ganas de cagar tampoco ayudaban mucho a la concentración, qué le íbamos a hacer. Pablo se dio cuenta de que Cristina no estaba por la labor de comunicarse con nosotros, y decidió probar con José. No obstante, le dejamos el radiocasete grabando encima de su tumba, con la esperanza de que la tía nos contase algún secreto desde el más allá. Comenzamos a incordiar a José. Las ganas de cagar ya eran insoportables, y empezaba a pensar que iba a hacer falta un milagro para salir airoso de allí. Esta vez, el testigo parecía moverse fácilmente sobre el tablero, de una letra a otra: «S-A-L-V-A-M-E». «Sálvame, colega», debía de querer decirnos. Miramos a Pablo en busca de una explicación, pero él se encogió de hombros.

—¿Será José? —preguntó Dani.

—Sólo hay una manera de saberlo —dijo Pablo.

Le preguntó el nombre, y la respuesta que obtuvimos fue la misma: sálvame.

—¿Qué coño quiere? Primero se suicida y ahora quiere que le salvemos. ¡No haberte *colgao* en bolas, tío! —dijo Dani, dirigiéndose a la tumba, en una escena completamente surrealista.

—Schsss..., que lo vas a cabrear —dijo Sonia.

—Me la suda.

—¡Silencio! —dijo Pablo, poniendo orden.

Aquello confirmaba mis malos presagios. Nunca te metas a hacer el tonto en un cementerio, porque los muertos no están tan muertos. Ésa era la regla que me había impuesto en aquel instante. Siempre se aprende algo de los momentos difíciles.

—¿Qué pasa? —pregunté, para desahogar tensión.

—¿Qué pasa? —repitió Dani.

En aquel preciso instante, que estábamos preguntándonos unos a otros qué coño estaba pasando, ocurrió algo asombroso. El testigo en forma de triángulo que usábamos para desplazar por el tablero, salió disparado contra una lápida cercana sin que nadie lo hubiese tocado. Las tías pegaron un grito, y Gordi se levantó y echó a

correr como un poseso. Yo hice lo mismo que hacía siempre que me acojonaba: quedarme quieto como un gilipollas. Me había pasado en el bosque con Roge y ahora me pasaba otra vez. Me quedé completamente paralizado, sin poder mover un solo músculo. «Ya está —pensé—, éste es el fin». No me quedaba la menor duda de que los muertos iban a salir de sus tumbas. De morir a manos de un zombi no nos libraba ni Dios. La cuestión ahora era cuándo iba a empezar la escabechina. Decidí utilizar el método psicológico y me dije: «Mati, tienes demasiada imaginación», pero no funcionó. Esos mamones de psicólogos no tienen ni idea. A Gordi le había entrado un ataque de cagalera; las tías iban por el mismo camino; Pablo estaba casi tan acojonado como yo; Dani era el único que parecía mantener las bolas en su sitio. Milagrosamente, a mí se me habían pasado las ganas de cagar. No hay mal que por bien no venga. No fue hasta varios segundos después, que me había relajado un poco en vista de que los muertos postergaban su salida, que me di cuenta de por qué se me habían pasado. Y es que, las ganas de cagar suelen pasarse por dos razones principalmente: por la gracia divina o porque la cagaste bien cagada. A mí me ocurrió lo segundo: en aquel momento no estaba muy en sintonía con los poderes del Cielo. Eché la mano al culo y noté cómo una pasta blandengue y caliente se me escurría pantalones abajo. «¡Joder! —pensé—, voy a morir a manos de un zombi y lleno de mierda hasta las orejas». Mayor humillación era imposible. Sin embargo, a pesar de que la cagada era algo dramático, seguía siendo secundario. A las cagadas se sobrevive, a los zombis no. Eché a correr hacia la tapia, detrás de los demás. Iba con una mano apretando el culo para evitar daños mayores. No me importaba que se enterasen; al fin y al cabo, ¿quién no se había cagado nunca? Lo único que me preocupaba ahora era salvar el pellejo. Llegué a la tapia y vi que Gordi aún no había conseguido saltarla, pero que él acabase en manos de un muerto glotón, no era una de mis preocupaciones. Es sorprendente lo que uno puede hacer cuando se tiene que hacer. Estaba seguro de que nunca nadie que se había cagado, había saltado una tapia más rápido que yo aquel día. Volé por encima.

Cuando estábamos todos reunidos al otro lado, Ana se acordó del maldito radiocasete. Según ella, no podíamos dejarlo en el cementerio, porque su padre escuchaba las noticias todos los días a las siete de la mañana y, si por alguna razón no lo encontraba en su sitio, rodarían cabezas. Dani decidió que había que echar a suertes quién iba a buscarlo. Lógicamente, aquello era entre los tíos; las tías quedaban al margen. «¡Me cago en el radiocasete y en su madre!», pensé. Dani cogió cuatro hierbas de diferente tamaño y las escondió en su mano, de modo que todas pareciesen iguales. Gordi fue el primero y tuvo suerte: sacó la mayor. El siguiente fue Pablo, y sacó la menor. Me sentí aliviado, pero cuando saqué la mía y vi que todavía era más pequeña, se me vino el mundo encima.

—Te tocó, Mati, tienes que ir —dijo Dani.

—¡Ni hablar! —respondí—. Que le den por el saco al radiocasete, ya iremos a buscarlo mañana.

—De eso nada, te tocó a ti y tienes que ir. No haber entrado en el juego si no querías ir —dijo Pablo.

¿Cómo no se me había ocurrido? Es igual, de todas formas no tenía pensado ir. No, el menda no iba a volver a poner un pie en el cementerio; al menos, mientras siguiese vivo.

—Ten cuidado, Mati —dijo Sonia, con cariño, como si me fuese a la guerra.

Joder, ¿por qué tuvo que decir eso? Tal vez pensase que un machote como yo no dudaría en arriesgar su vida por un puto radiocasete. Nos miramos mutuamente y vi en sus ojos que intentaba decirme que, si quería volver a besar sus bonitos labios, ya sabía lo que debía hacer. Empecé a escalar la tapia otra vez. «¿Dónde hay que firmar?», había dicho el muy gilipollas de mí. Uno ni siquiera imagina en la cantidad de problemas en que te puede meter tu orgullo. La luna llena iluminaba las lápidas en una imagen fantasmagórica. Miré primero a la izquierda y, después, a la derecha: nada. El terreno estaba libre de zombis. Seguramente estarían al acecho detrás de alguna tumba; ya había agotado mi cupo de suerte. Bajé la tapia intentando no hacer ruido para no despertar a ningún muerto de su letargo. Esta vez estaba solo y el silencio era aterrador. Afortunadamente, la tumba de Cristina estaba cerca: las primeras buenas noticias del día. La mierda ya me llegaba a los tobillos, pero no me importaba. Encontré la tumba, cogí el radiocasete y pegué la vuelta. Tuve la extraña sensación de que alguien me seguía. Eché a correr y no miré atrás ni un instante; estaba seguro de que había un zombi persiguiéndome. Cuando llegué a la tapia, me paré y me quedé inmóvil: todo estaba tranquilo. Me relajé un poco y me dispuse a saltar, pero entonces sentí una mano apoyarse sobre mi hombro.

—¡Colega! —dijo el supuesto zombi, aunque su voz me resultaba muy familiar.

Me di la vuelta y vi al mamón de Dani reírse del susto que me había dado. No le dije nada, simplemente le bajé el radiocasete en la cabeza.

—¿Qué haces?, ¿estás loco? —dijo.

Salté la tapia y me reuní con los demás. Ana ya tenía su maldito radiocasete y Pablo su maldita psicofonía. Estaba deseando irme a casa y darme un buen baño.

—¿Quién se cagó? —preguntó Pablo.

Yo miré a los demás disimulando, para evitar sospechas.

—Debe de ser que huele a muerto —dijo Gordi.

—Sí, los muertos huelen así —afirmé yo, todo un experto en necropsias.

Eran las doce y media de la noche cuando llegué a casa, y mis padres ya se habían acostado. Me encerré en el baño y me quité la ropa. Fue entonces cuando vi el alcance de la cagada en toda su dimensión: los calzoncillos y los pantalones estaban completamente manchados de mierda. Me limpié bien y, después, lavé la ropa en el lavabo; así mi madre no se enteraría. Cuando terminé, me acosté con una sensación de alivio y frescor. La cagada ya era historia y había sobrevivido en el cementerio. Segundos más tarde, me quedé dormido.

A la mañana siguiente, me despertó alguien que estaba picando en la puerta de mi habitación. Se abrió lentamente y vi a una persona entrar. Todavía no podía distinguir quién era.

—Mati —dijo.

—¿Sonia, eres tú? —respondí—. ¿Qué haces aquí?

—Le he pedido permiso a tu madre para verte.

No podía creérmelo: ¡Sonia en mi propia habitación! Me incorporé y me restregué los ojos. Llevaba puestos unos vaqueros cortos y una camiseta de tirantes que le quedaba bastante ajustada. Estuvimos un tiempo mirándonos el uno al otro, sin decirnos nada.

—¿Quieres que me meta en tu cama? —preguntó ella, con suave voz.

—Bueno... —respondí, un poco rápido.

Recordé lo que me había dicho Dani de que las oportunidades sólo pasaban una vez por delante de las narices, y ésta la había cazado al vuelo. Y es que, aún no me había dado cuenta de que solamente era un sueño. En la vida real, por desgracia, todo era más difícil. Por supuesto, desperté antes de llegar a la parte interesante, y me quedé con la miel en los labios. Nunca conseguía llegar al clímax onírico: hasta en los sueños la fastidiaba. Estuve varios minutos tumbado sobre mi cama, sobándome y revolcándome con la almohada, mientras intentaba imaginar la escena final del sueño con Sonia, y aunque iba saliendo con todo detalle, había perdido realismo.

Lo más gracioso del día después era ver quién exageraba más al contar lo sucedido. Cada uno daba su propia versión de la historia: trágica por aquí, épica por allá, y poco realista. Pero la realidad era muy difusa. Una vez pasado el peligro, yo volvía a ser el mismo machote de siempre. Intenté hacerles ver que había sido el héroe de la jornada, ya que me había adentrado solito en el cementerio a buscar el radiocasete. Pasé por alto detalles insignificantes, como, por ejemplo, que me había cagado.

Nos reunimos en la escuela antigua para analizar la psicofonía. Pusimos el radiocasete sobre un viejo pupitre y nos sentamos alrededor. Pablo no quería perder detalle de la grabación, y trajo un bloc de notas y un bolígrafo. Se dispuso a tomar apuntes como si esperase el discurso de algún muerto. Yo no hacía más que reírme de él. Digamos que el mecanismo electromagnético de nuestro aparato no era de muy buena calidad, y la reproducción resultó ser bastante pobre. Al principio, sólo se nos escuchaba a nosotros: Gordi diciendo tonterías, Pablo mandando a todos que se callasen y se lo tomasen en serio, lo habitual. Nada extraño, nada como: «Soy el espíritu de Cristina y me la vais a pagar». Cuando fuimos a la tumba de José, el casete lo dejamos grabando en la de Cristina; o sea, que nuestras voces eran más distantes y confusas. También se escuchaban otros sonidos lejanos que no éramos capaces de identificar, pero bien podía tratarse del movimiento de las ramas de los árboles a causa del viento, o las pisadas de algún animal; nada que hiciese pensar que

venían de otra dimensión. A Pablo se le veía un poco desilusionado. Se oyó un grito: era el que había dado Sonia cuando el testigo salió disparado. Seguidamente, escuchamos el alboroto que habíamos causado y, después, silencio absoluto. Siguió así un tiempo, hasta que oímos unas pisadas acercarse. Debía de ser yo, que iba a buscar el radiocasete. En aquel momento, se me pasó por la cabeza que no le había dado al *stop*. A los pocos segundos, se oyó una voz perfectamente clara y que seguro que no venía de ultratumba: «¡Joder, qué cagada!». Con tantas preocupaciones como tenía en mente, no me había dado cuenta de que el radiocasete seguía grabando. Los demás se descojonaban.

—¡Mati se cagó! —dijo el imbécil de Gordi, mientras daba palmadas.

—Quise decir que la cagamos, que la cagamos con los espíritus —repliqué, en un intento desesperado por eludir la verdad.

Nadie me creyó, y cada vez se reían más. Sonia no paraba y hasta le caían lágrimas. Pablo empezó a rebobinar la cinta para escucharlo otra vez. Yo intenté impedirselo y casi nos liamos a hostias, pero al final me salí con la mía. Para eso había servido la maldita psicofonía, para dejarme en ridículo delante de todos mis amigos. Si alguno de ellos albergaba la duda de si me había cagado, en aquel momento se le despejó por completo.

# CAPÍTULO 11

## ROGE

Las últimas noticias que circulaban por el pueblo me parecían bastante graciosas. Hacía unos días se había emitido un reportaje de televisión acerca de estatuas de vírgenes que lloraban sangre. Algunos creían que todo era un montaje y, otros, que no tenía explicación científica. Seguramente Roge, al ver el programa, pensó que San Martín debería tener su lugar en la historia de las vírgenes que lloraban sangre. Y así, el tío se armó de paciencia y esperó a que la iglesia se quedase vacía. Una vez que estaba seguro de que no había nadie, entró e hizo su obra maestra con mercromina. Sin embargo, el muy imbécil lo había hecho a plena luz del día, y algunos vecinos lo vieron merodear por allí. Roge era famoso por muchas razones, pero no por su ferviente fe religiosa, y los que le vieron, sospecharon que algo tramaba. Los afortunados que consiguieron ver la virgen, dijeron que había sido una auténtica chapuza. En fin, todo hubiese quedado en una anécdota más, si no fuese porque una anciana devota había entrado en la iglesia poco después de esto. Supongo que la anciana, al ver a la virgen llorar sangre, se llevó tal entusiasmo que salió corriendo. No sé si fue porque se olvidó de que a la salida de la iglesia había una escalera, o porque igual esperaba que los poderes de la virgen la llevasen en volandas, pero cayó y se rompió la cadera. Y eso que la escalera sólo tenía dos peldaños. A pesar de los dolores, la anciana no dejaba de decir que había visto a la virgen llorar sangre. Poco después llegó el Cura, y lo primero que hizo al ver la edad de la víctima, fue darle la extremaunción. Según él, al otro barrio había que ir como Dios mandaba. Los vecinos le contaron al Cura lo sucedido y quién había pintado la virgen; una cosa llevó a la otra, y Roge fue hallado culpable de la tragedia de la vieja. Avisaron a la Guardia Civil y Roge ya estaba en busca y captura, pues había desaparecido. Cuando fueron a buscarlo a casa, su padre les había enseñado un garrote, para darles a entender que él mismo se encargaría de repartir justicia. «¡No estoy deseando más que entre por esta puerta, ya veréis la paliza que le cae!», había dicho. No podía ocultar mi gozo cada vez que veía el coche patrulla cruzar el pueblo. Por fin alguien iba a poner a ese chulo en el lugar que le correspondía.

Al día siguiente, iba yo en dirección a la escuela antigua, cuando de improviso oí un extraño sonido procedente de una vieja panera. Me paré y miré a ver si veía a alguien. Volví a escuchar el mismo sonido otra vez: «*schsssss, schsssss*». Pensé que probablemente fuese alguno de mis amigos, y fui a investigar. Subí las escaleras y abrí poco a poco la puerta. Jamás hubiese pensado que Roge estaba allí escondido. Nada más asomar la cabeza, me echó las manos al cuello y me metió para dentro.

—¡Sorpresa, sorpresa! Caíste en las garras del lobo —dijo Roge.

Me cogió por los hombros y se puso a pocos centímetros de mí. Sus palabras, además de oírlas, las olía también. Parecía que intentaba torturarme con su asqueroso aliento.

—Bueno, Mati, definitivamente, hoy no es tu día; o sea, que hazme caso y no lo empeores.

No tenía intención de empeorarlo, a decir verdad. Me preguntó cómo se encontraba la vieja, y le dije que estaba en el hospital con la cadera rota. Él ni se inmutó. Después me preguntó por la Guardia Civil, y le dije que todavía patrullaban el pueblo de vez en cuando. Se quedó unos segundos pensativo, como si estuviese asimilando la información que le había dado.

—Mira, Mati, vamos a hacer una cosa: tú me vas a traer agua y comida, y me vas a informar de todos los movimientos de los picoletos. Ah, y por supuesto, no le vas a decir a nadie que estoy aquí. Haces lo que te digo, y te va a ir bien; no lo haces, y te rompo las piernas, ¿entendido?

Se quedó mirándome fijamente, esperando una respuesta. Yo no le di ninguna, ni siquiera asentí con la cabeza. Me imagino que él, al ver la cara de pánico que debía de estar poniendo, no necesitó más confirmación. Me lo volvió a repetir otra vez. No dejaba de pensar en lo ingenuo que yo había sido. Retiró sus brazos de mis hombros y me mandó ir a por comida.

—Ah, y recuerda que sé dónde vives. Si te vas de la lengua, te juro que voy a tu casa y te rompo las piernas, ¿vale?

Era la tercera vez que me lo decía y yo no estaba sordo. Bajé corriendo las escaleras y me alejé de allí. No había nada que me gustase menos que ser cómplice de Roge. Después de todas las putadas que me había hecho, estaba obligado a ayudar a ese cabrón.

Supongo que si el culpable hubiese sido cualquier otro chico, habrían sido más indulgentes con él y no le habrían culpado directamente de la desgracia de la vieja. Pero a Roge eso no se le perdonaba. Él ya estaba juzgado y sentenciado por todos los delitos cometidos y por cometer. Eso era lo malo de vivir en un pueblo pequeño: una vez que te ganas la mala fama, no hay nada que puedas hacer para quitártela. Siempre serás recordado como el cabrón que hizo esto o aquello, a fulanito o a menganito. La gente no olvida con facilidad, y te recordarán tus transgresiones hasta la muerte. Y Roge, de ésas, había hecho unas cuantas.

Me sentía tan indignado y humillado, que decidí no llevarle comida y seguí camino a la escuela antigua. Si venía a buscarme a casa, se lo diría a mi padre y seguro que no se atrevería a ponerme las manos encima. Roge era fuerte, pero mi padre lo era aún más. Podría darle tal viaje que saldría volando. Antes de llegar a la escuela, pensé que a lo mejor no me pillaba en casa, sino lejos de ella, donde no estaría papi y mami para protegerme. Me daría de lo lindo. Comenzaron a temblarme las piernas y di media vuelta. De camino a casa, no dejé de blasfemar. De todas formas, mi encuentro con Roge pudo haber sido peor: pude haberme cagado. Entré en

la cocina, abrí la nevera y cogí lo peor que encontraba: un par de chorizos viejos, un yogur caducado, un trozo de queso rancio que debía de llevar meses allí. Con un poco de suerte, igual conseguía intoxicarle y le entraba una cagalera. Cuando volví a la panera, Roge me quitó la bolsa de comida de las manos y, sin darme las gracias, empezó a comer como un animal.

—Este yogur está caducado —dijo.

—Fue el único que encontré —mentí.

La honestidad conmigo no se ganaba con amenazas. Me quedé observando cómo engullía, a la espera de que me diese permiso para marchar.

—Bueno, pues mañana a esta misma hora me vuelves a traer la comida. Y si no, ya sabes lo que hay.

—A ver si lo adivino: ¿me rompes las piernas? —dije, en un tono chulesco, algo nada frecuente en mis conversaciones con Roge.

Aquello era una señal inequívoca de que cada vez tenía más pelotas. Sólo era cuestión de tiempo que llegase a ser un Rambo y, entonces, más de uno que conocía iba a bailar de lo lindo, y no precisamente salsa.

—Vaya, veo que eres un chico listo —dijo, con una sonrisa amenazadora.

En la escuela antigua me encontré con Dani y Ana. Me dijeron que los demás estaban en el bosque buscando respuestas en la ouija.

—¿Respuestas a qué? —pregunté.

—No tengo ni idea. Gilipolladas de Pablo —dijo Dani.

Decidí quedarme con ellos, aunque Sonia estuviese en el bosque. Si me hacía de rogar, seguramente me desearía aún más. Esa reflexión era otra señal inequívoca de que cada vez era más maduro. Sólo era cuestión de tiempo que acabase siendo un Robert Redford y, entonces, caerían como moscas. No había duda de que estaba destinado a triunfar. La había cagado, pero ya empezaba a vislumbrar la luz al final del túnel.

Ana se marchó, y Dani y yo nos pusimos a buscar un sapo para metérselo a Josi en la cama. No me había olvidado de ver a los Dire Straits volar, y todavía tenía deseos de venganza. Después de media hora de búsqueda infructuosa, y viendo que nos empezábamos a aburrir, le conté a Dani lo de Roge.

—¿Por qué no damos el chivatazo a la Guardia Civil? —preguntó él, entusiasmado.

—Ni hablar; sabría que me fui de la lengua y me rompería las piernas.

—Tío, ¿y si le prendemos fuego a la panera? Tendría que salir por güevos.

La idea era tan descabellada, que solté una carcajada. Sólo a Dani se le ocurrían tales cosas. Dejamos la caza de sapos para más tarde, y nos fuimos al claro del bosque a buscar respuestas. No parecía que estuviesen encontrando muchas. Sonia y yo nos miramos intensamente, recordándonos el uno al otro nuestro secreto. Ninguno

de los allí presentes pareció notarlos. Hacía calor y estaban todos fuera de la tienda de campaña. La sombra de los árboles se agradecía. Nos sentamos y nos unimos a la sesión. Sonia y yo continuamos con las miraditas de vez en cuando. Aún no habían conseguido contactar con Mario, nuestro supuesto espíritu personal. Pero ¿quién era Mario? No sabíamos si realmente era un espíritu, o si había vivido alguna vez, o si, por el contrario, sólo era un producto de nuestra imaginación. Sin embargo, después de lo ocurrido en el cementerio, donde todos habíamos presenciado un efecto paranormal, empezamos a tomarnos más en serio la ouija. Se hizo el silencio y proseguimos con la sesión haciendo preguntas claras y concisas, nada de bromas. Ya éramos unos espiritistas profesionales. No obtuvimos ningún contacto hasta que pregunté:

—¿Hay alguien ahí?

La respuesta no se hizo esperar: «S-I». En vista de que fui yo quien estableció el contacto, Pablo me sugirió que continuase haciendo preguntas.

—¿Quién eres? —proseguí.

«M-A-R-I-O». Todos me miraron algo asombrados.

—Tú debes de ser el médium, Mati —dijo Pablo.

—¿Qué médium? —pregunté.

—El médium: ya te dije que para contactar con los espíritus, uno de nosotros tiene que ser un médium. Suele ser una persona con el espíritu sensible.

Decidí asegurarme. Me alejé unos veinte metros de ellos, que era la distancia que yo, con mi innata intuición espiritista, había calculado en la que podía emitir ondas captadas desde el más allá. Tras una breve espera, me llamaron y me dijeron que no habían conseguido contactar. Volví a preguntar:

—¿Hay alguien ahí?

«S-I». No quedaba ninguna duda: yo era el médium, yo era el espíritu sensible. Eso explicaría el que me hubiese cagado en el cementerio. Había percibido demasiadas ondas sobrenaturales y no pude aguantarme. De todas formas, no sabía muy bien si alegrarme. ¿Qué ventajas podría suponer? Sonia me sonreía y Pablo parecía decepcionado. Él se creía el médium, el espíritu sensible, y a partir de ahora sabía que yo iba a llevar la batuta. Gordi tenía la misma cara de payaso de siempre. Debía de estar preguntándose por qué diablos el elegido no era él. Los demás se mostraban indiferentes. Acepté mi nueva responsabilidad sin vacilar, como profeta que acepta los mandatos de su dios.

—A ver, Mario, tío, ¿cuántos años tienes? —pregunté, con chulería.

No hubo respuesta. Se lo pregunté una vez más: nada. A mis amigos les hacía gracia. Dejé la chulería a un lado y volví a preguntar. El testigo comenzó a moverse: «3-7». Había llegado la hora de indagar en cuestiones más interesantes.

—¿Estás muerto?

La respuesta tardó en llegar, como si estuviese dudando. «N-O».

—¿Vives en este mundo?

«N-O».

—Que no vive en este mundo ya lo sé yo, no te jode —dijo Pablo.

—¡Cállate! —repuse, con autoridad—. ¿Quién es el médium aquí?

No eran muy habituales en mí esos arranques autoritarios. Los demás parecían asombrados de lo bien que estaba llevando la sesión, sobre todo Pablo y Sonia. Me lo tomé tan en serio, que me puse nervioso. Lo notaba en que me temblaban las manos y en la voz entrecortada. Ningún atisbo de ganas de defecar; al menos, por ahora.

—¿Qué quieres de nosotros? —pregunté.

«M-I-S-E-R-I-C-O-R-D-I-A-M-I-S-E-R». Tuve que cortarlo porque igual nos tenía con la dichosa palabrita un par de horas. Asentí con la cabeza a los demás para darles a entender que ya me lo esperaba. Me estaba sorprendiendo mi profesionalidad.

—¿Para qué quieres misericordia? —proseguí.

«A-C-E-F-A-L-T-A». Éramos tíos de instituto, con suficientes conocimientos de gramática como para darnos cuenta de que «ace» se escribía con «h». Empecé a preguntarme por qué un espíritu cometería una falta ortográfica tan grave. Se me ocurrieron varias razones: o bien porque era un espíritu inculto, o porque quería ahorrar energía, o porque estaba de nosotros hasta los cojones. Pensé que la más probable de todas fuese la última, y decidí poner fin a la sesión.

—¿Cómo lo hiciste, tío? —me preguntó Dani.

—Con mucha concentración —respondí, seriamente.

Pablo guardó la tabla de ouija en su mochila. Nos quedamos un buen rato sentados a la sombra de los árboles, charlando y disfrutando de una bonita tarde de verano. Josi estaba en el trabajo y Roge recluido en la panera: no existía peligro de emboscadas.

Había transcurrido algo más de un mes desde que habían terminado las clases, y no las echábamos de menos; formaban parte de un pasado tedioso. Muy pronto llegaría agosto, después septiembre, y antes de que nos diésemos cuenta, ya estaríamos otra vez sentados frente a una minúscula mesa, rodeados de tíos aburridos con la cara llena de granos, de niñas tontas y de profesores que lo único que les importaba era su salario. Y, entonces, nosotros nos preguntaríamos dónde diablos estaban los tíos guays con los que compartimos el verano, y contando los días que nos quedaban para las siguientes vacaciones. Eso era el periodo escolar, una larga etapa de hibernación entre un verano y otro, donde nada se aprendía y todo carecía de significado.

## CAPÍTULO 12

### LA CITA

Pasaba la tarde y Sonia nos contó que una vez su abuela, María, cuando era joven, había visto el espíritu o fantasma de su hermana. Ella tenía una hermana gemela llamada igualmente Sonia, a la que estaba muy unida. Lo compartían todo: alegrías, penas, hasta la ropa. Dormían en la misma cama, debido a las necesidades familiares. Un día, cuando tenían quince años, su hermana estaba montando a caballo mientras María sujetaba las riendas. Tuvo la mala suerte de tropezar y caer. El caballo se asustó y salió al galope a través de la finca. Al saltar una pared, Sonia se cayó del caballo y se golpeó la nuca contra una piedra. Murió en el acto. María, que fue testigo del accidente, siempre se culpó de lo que había sucedido. Los que la conocían, opinaban que nunca volvió a ser la misma chica alegre y simpática de siempre. Un año después, María estaba sola en su habitación, a punto de acostarse. Al volver la vista hacia la puerta, vio a su hermana gemela, que la estaba mirando fijamente. Primero se asustó, pero poco a poco se fue tranquilizando al percibir paz y serenidad en su rostro. Llevaba puesta la misma ropa del día de su muerte. «Tienes que ir a la cocina», le dijo Sonia. María, a pesar de su asombro, fue capaz a decir: «¿a qué?», como si la frase estuviese inacabada. Sonia le volvió a repetir lo mismo: «Tienes que ir a la cocina», y desapareció. María obedeció y fue a la cocina, esperando encontrarse allí a su hermana. Entonces vio el fuego. Su madre había puesto a secar una chaqueta de lana al lado de la estufa de leña, y se incendió. Rápidamente María avisó a sus padres, que estaban durmiendo, y entre todos apagaron el fuego antes de que se propagase. Una vez extinguido, comprendió que su querida hermana había evitado que la casa se incendiase. Nunca más la volvió a ver; sin embargo, en cierta forma, sabía que estaba a su lado, cuidando de ella y protegiéndola como un ángel de la guarda; llorando sus penas y disfrutando sus alegrías como siempre había hecho. Hay cosas que nunca mueren: puede que el amor sea una de ellas.

Nuestra amiga Sonia se sentía especialmente unida a la hermana de su abuela, ya que a ella le habían puesto su mismo nombre. Yo era la primera vez que escuchaba esa historia. Sonia se emocionó un poco en la parte final, y no pude evitar quererla aún más.

—A lo mejor, lo que vio fue un espectro —dijo Gordi, serio.

Dudo que supiese lo que era un espectro. No creo que en las revistas porno que leía, saliesen muchas historias paranormales.

—Tú sí que eres un espectro —repuso Dani—, el espectro de un asno.

—Y tú, el espectro de un marsupial.

Esto le hizo gracia y empezó a reírse como un loco. Ninguno de nosotros sabía lo

que era un marsupial.

Emprendimos el regreso al pueblo. El sendero que comunicaba el claro del bosque con la carretera ya estaba bien demarcado, al contrario que hacía un mes. Sonia se puso a mi lado y esperó a que nos quedásemos solos para hablar conmigo. No quería que nadie escuchase nuestras conversaciones privadas.

—Mi abuela quiere invitarte a cenar esta noche con nosotros. Qué, ¿te animas?

Me costaba bastante creer que su abuela, con la que no había intercambiado más de cuatro frases en toda mi vida, quisiese invitarme a cenar. Pensé que más bien era idea de Sonia.

—Bueno —respondí, intentando no mostrar demasiado entusiasmo, cuando en realidad deseaba dar saltos de alegría. No quería manifestar un exceso de emoción, ni tampoco de desinterés: pretendía darle el toque justo de sal. Sonia me importaba mucho, por eso medía tanto las palabras que salían de mi boca cuando ella estaba presente. A veces, más de las que me gustase, quería rizar el rizo y soltaba una estupidez. Pero aquel «bueno» vino como anillo al dedo, y la expresión que puse tipo Humphrey Bogart en Casablanca, ya ni te cuento. Aquello la dejó anonadada.

—Vale, entonces ven a las ocho y media. Te esperamos.

Aquella era mi primera cita y quería causar una buena impresión. Llegué a casa y me duché, algo no muy frecuente en verano, pues intentaba aprovechar todo el tiempo posible para vivir la vida. No quería que Sonia recordase nuestra primera cita por el apestoso olor que pudiese desprender mi cuerpo. Después fui a mi habitación y me cambié de ropa. Samuel no me quitaba los ojos de encima.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—¡A ti qué te importa!

—¡Me importa, estúpido!

—Tengo una cita —dije, pavoneándome, mientras vaciaba el bote de desodorante.

—Tú qué vas a tener una cita.

Supongo que le costaba bastante creer que un desgraciado como yo tuviese una cita.

—Pues sí, tengo una cita, ¡mamón!

Samuel sería el hermano perfecto si no fuese tan impertinente. Era tranquilo, paciente, y lo mejor de todo es que nunca me juzgaba. Pero, a veces, resultaba tan fastidioso haciéndome preguntas absurdas o siguiéndome como una sombra, que me daban ganas de mandarlo a freír espárragos. Lo eché de mi habitación y cerré la puerta. El reloj marcaba las ocho. Habíamos quedado a las ocho y media. No quería llegar en punto, porque eso mostraría una pasión desmesurada; tampoco quería llegar tarde, ya que igual empezaban a cenar sin mí. Después de quince minutos de deliberación constante, decidí que la hora ideal sería las ocho y treinta y cinco. Seguro que Humphrey llegaría a esa hora. Samuel ya le había dicho a mi madre que tenía una cita, y aunque ella intentó sacarme con quién era, yo le dejé bien claro que aquél no era asunto de su incumbencia.

Sonia vivía cerca de mi casa, y llegué a las ocho y treinta y dos. Esperé tres minutos y llamé al timbre. Su hermana pequeña Lorena fue la que abrió la puerta y me invitó a entrar. Poco después, Sonia bajó las escaleras y me dio un tímido beso en la mejilla. La cita no podía empezar mejor.

—¿Qué te echaste encima? —preguntó, mientras agitaba la mano para desprenderse del olor. Era obvio que no le gustaba mi desodorante—. Tienes el pelo mojado, ¿te duchaste?

Aquello le hizo gracia y empezó a reírse, y eso me puso nervioso.

—N-no n-nooo... ¿qué? —dije.

Esa respuesta no era muy típica de Humphrey.

—Nada —respondió, todavía riéndose.

Ella ni se había duchado ni cambiado de ropa. Seguía con su estilo de camiseta y vaqueros gastados. Parecía una princesa vestida de harapos. Me acompañó a la cocina, donde su abuela estaba dándole los últimos retoques a la comida. Nada más verme entrar por la puerta, vino hacia mí muy alegre y me besó, como si yo fuese un nieto que hacía años que no veía. «¿Qué le habrá dicho Sonia de mí?», pensé. Me preguntó qué tal estaban mis abuelos, mis padres, mis hermanos, mis tíos; en definitiva, el mismo rollo que te soltaban todos los viejos, siempre interesándose por los demás. Más vale tarde que nunca. Sonia, Lorena y yo nos sentamos a cenar, mientras su abuela se encargaba de servirnos. Me acordé de la historia que nos había contado Sonia, y sentí lástima por María, pero no mucha, sólo la justa para no ser un desalmado. Una vez que aseguré mi futuro en el Paraíso, empecé a pensar en mi chica. Lorena apenas habló durante la comida, aunque me echó unas miradas de desconfianza como si fuese el mismísimo diablo. La ignoré todo lo que pude. La conversación entre Sonia y yo tampoco era precisamente fluida. Se limitaba a unas pocas preguntas y respuestas triviales. Yo todavía estaba temeroso de que hubiese hecho el ridículo del siglo con mi ducha a destiempo y desodorante de veinte duros, y no quería ponerme en evidencia y empeorar la situación. Ella, que estaba segura de que yo había hecho un ridículo espantoso, supongo que tampoco quería ponerme en evidencia. Y de ese modo, la comida pasó a ser el tema principal de conversación.

—Qué buenas están estas patatas.

—Y que lo digas.

—¿Y los espárragos?

—Buahhh, flipas.

Terminamos de cenar y Sonia me enseñó su amplia casa. Lorena nos seguía de carabina a pocos metros.

—¿Quieres ver mi habitación? —me preguntó Sonia, con un tono que yo consideré una mezcla de provocación y cachondeo.

No es que quisiese, soñaba con ello. Subimos al primer piso, entramos en su habitación y Sonia cerró la puerta para tener algo de intimidad. Después, nos sentamos sobre su cama y me enseñó varias fotos de sus amigos de Gijón: ella

destacaba por encima de todos.

—¿Te acuerdas del otro día en el río? —me preguntó.

¿Que si me acordaba? Estaba pensando constantemente en ello, incluso mientras comía, cagaba y contaba ovejas. Cierto es que eso no se lo dije a ella. La respuesta que le di fue mucho más tonta:

—Sííí...

Colega, si Humphrey levantase la cabeza, le entrarían ganas de llorar.

—Entonces seguro que te acuerdas de esto.

Se acercó a mí y empezó a besarme, con lengua y todo, igual que en el río. Pero esta vez no duró mucho, sólo un par de escasos segundos, debido a que Lorena abrió la puerta y entró en la habitación. «¡Maldita niña del demonio!», pensé. Sonia y yo nos separamos rápidamente. Lorena se sentó en la cama y se quedó mirándonos con cara seria, como si quisiese mostrarnos su desaprobación con lo que había visto.

—¿Qué estabais haciendo? —preguntó.

—Cosas de mayores —respondí.

Salimos de la habitación y subimos al ático. Lorena nos seguía detrás como una lapa. Empecé a pensar cómo podría deshacerme de ella. Las pocas formas que se me ocurrieron eran tan macabras que, o bien tenía poca imaginación, o bien me estaba convirtiendo en un ser terriblemente perverso. Sin embargo, la lucidez que me faltó a mí, la tuvo Sonia. Apagó la luz del ático y nos escondimos detrás de un armario. No había ningún niño que no le tuviese miedo a la oscuridad, y Lorena no era una excepción. Huyó de allí y nos dejó solos, por fin. Pero... mi gozo en un pozo, porque su abuela se puso a llamarnos al instante.

—¿Qué estáis haciendo ahí arriba?

En vista de que era imposible tener un poco de intimidad en aquella enorme casa, decidimos salir a la calle y reunirnos con nuestros amigos. Después de lo que pudo ser y no fue, el breve beso me sabía a poco, y las posibilidades de que la historia diese un giro inesperado, eran cada vez más remotas.

Natalia me contó que Dani había cogido un sapo y me estaba buscando. Lo encontré cerca de la iglesia, junto con Gordi y Pablo. Estaban intentando meterlo en una bolsa de plástico. Era un pedazo de sapo.

—¿Has visto qué bicho? —dijo Pablo.

—Seguro que tu hermano hoy se mea en la cama —afirmó Dani.

Introducimos el sapo en la bolsa y nos dirigimos a mi casa, con la intención de meterlo entre las sábanas de la cama de Josi. Yo estaba un poco reacio ante la idea, no porque le hubiese perdonado, sino porque aquello podría traer nuevos problemas. Sin embargo, ya eran las diez y media de la noche y Josi estaba en su habitación. Había que cambiar de planes. Nos fijamos en que su ventana estaba abierta, y a Dani se le ocurrió la absurda idea de catapultar el sapo a través de ella. No era la primera vez

que catapultábamos un sapo, pero acertar a introducirlo por una pequeña ventana de un segundo piso, era rizar el rizo. De todas formas, cuando a Dani se le metía una idea en la cabeza, por loca que fuese, no había forma de que la dejase. Fuimos a buscar una tabla y un tronco, e hicimos la catapulta. Después pusimos el sapo en la rampa de lanzamiento, pero el cabrón no paraba de saltar y tuvimos que esperar a que se tranquilizase. Una vez que se quedó quieto, Dani se preparó para lanzarlo.

—¿Alguna vez visteis a un sapo volar? —dijo.

Saltó con todas sus fuerzas sobre la tabla, y el sapo salió proyectado en dirección a la ventana de Josi. Sin embargo, se estrelló un metro más abajo. El golpe que se llevó fue morrocotudo.

—¡Mierda! —dijo Dani.

A pesar del tortazo, todavía estaba vivo y andaba con lentitud.

—¿Cuántas vidas tienen los sapos? —preguntó Gordi.

—No sé, pero éste ya gastó una —respondió Dani.

Volvimos a poner el sapo en la rampa de lanzamiento. Desplazamos el punto de apoyo a un extremo de la tabla para poder darle más impulso, y saltamos todos sobre ella. Vimos al sapo salir disparado hacia el cielo, aunque no lo vimos aterrizar. Debió de pasar por encima de la casa. Josi nos escuchó se asomó a la ventana.

—¿Qué hacéis ahí, *sunormales*? —dijo—. ¡Mati, sé que estás ahí, a ver si te parto la cara!

Cerró la ventana y volvió a desaparecer dentro de su habitación.

—No te preocupes, Mati, ya encontraremos otro sapo —dijo Dani.

Lo de él con los sapos era una obsesión.

## CAPÍTULO 13

### UN DESGRACIADO ACCIDENTE

Pensé en visitar a Roge y hacerle un favor. La Guardia Civil había dejado de venir por el pueblo, y le iba a decir que ya tenía vía libre. Hasta empezaba a sentir un poco de lástima por él. Todos los héroes tenían enemigos, y yo no iba a ser menos. Subí a la panera y llamé a la puerta. Esperé un poco, pero no me abrió, así que decidí entrar y echar un vistazo. De repente, salió detrás de un montón de tablas.

—¡Qué susto me diste, cabrón! —dijo.

—Lo siento.

—¿Me trajiste la comida?

—Puedes ir a buscarla tú mismo, el pueblo está libre de picoletos.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Mira que si hay un picoletto detrás de una esquina y me coge, te rompo las piernas.

—Ya me lo imaginaba.

En aquel momento me arrepentí de haber ido. Le estaba ayudando y él seguía mostrándose inflexible. Bien pude haberlo dejado allí con todos sus problemas, al fin y al cabo, nunca había hecho nada que mereciese mis favores. Le dejé bien claro que la Guardia Civil ya no lo estaba buscando, y al final me creyó. De todas formas, ellos sabían dónde vivía, y sólo era cuestión de tiempo que se presentasen en su casa.

Salí de la panera y fui a buscar a Dani. Ya tenía una cosa menos en que preocuparme, y eso, en mi ajetreada vida, era de agradecer. Al doblar la esquina de la iglesia, el Cura, de improviso, me echó las manos encima.

—Matías, buenos ojos te vean —dijo.

Me quedé mirándolo fijamente con cara de espanto.

—¿Cuándo fue la última vez que te confesaste? —continuó diciendo. Nuestro cura no se andaba por las ramas.

—Creo que fue hace seis meses —dije, sin mucha convicción.

—Y yo creo que fue hace un año.

—No, no, fue hace seis meses —esta vez puse más énfasis.

—Mira, Matías, no me engañes, eh, que a mí me puedes engañar, pero al Señor no. Si mal no me acuerdo, debe de hacer casi un año que no te confiesas, ¿no es así?

—No estoy muy seguro —contesté.

Estaba completamente seguro de que había sido en octubre del año anterior; justo después de empezar mi primer curso en el instituto; justo después de conocer a Willy y a todos los idiotas de mi clase; y justo después de albergar contra todos ellos

sentimientos de repugnancia, cuando una confesión se hacía muy necesaria, si no querías arder en el Infierno. Las odiaba tanto, que me hubiese olvidado antes de la fecha de mi cumpleaños, que de la última vez que había pasado por el confesionario.

—No estás muy seguro, ¿eh? Mira, Matías, hay que confesarse cada dos semanas, si no los pecados se empiezan a acumular, acumular y acumular, y luego a ver quién nos perdona.

«Cada dos semanas se va a confesar tu padre», pensé.

—Verá, señor Cura —dije, educadamente—, yo prefiero descargarlos todos de golpe, así le ahorro tiempo a Dios, pues seguro que está muy ocupado.

Se debió de quedar tan sorprendido por la respuesta que le di, yo, un pardillo de tres al cuarto que siempre había mostrado sumisión, que se quedó mirándome con cara de incredulidad mientras pensaba qué responder. Yo aproveché para poner tierra de por medio. Nuestro cura podía ser criticado por muchas cosas, pero nunca por no tomarse en serio su trabajo.

Me reuní con Dani y nos sentados a la sombra en las escaleras de su casa. El día era caluroso, y Pablo, Gordi y las chicas habían ido a bañarse al río. Nosotros pensábamos ir a hacerles compañía, pero fue entonces cuando vimos el coche patrulla de la Guardia Civil cruzar el pueblo. Lo primero en que pensé fue en mis piernas: me gustaban tal y como estaban. Poco después oímos rumores de que Juan, el padre de Cristina, había muerto. Dani y yo salimos corriendo hacia su casa. Vimos el coche patrulla aparcado al lado del garaje. En la entrada había un grupo de vecinos. Nos dijeron que a Juan le habían caído encima un montón de tablones de madera que estaba almacenando, y había muerto aplastado. Nada que hiciese pensar en otro suicidio. La Guardia Civil no dejaba a nadie entrar en el garaje, y nos quedamos fuera intentando ver algo. Después fui a contárselo a mi familia. San Martín no era un pueblo muy grande, y esas tragedias nos afectaban a todos. Mi madre me dijo que me quedase en casa, que aquello no era para niños. Yo estaba de acuerdo con lo último, y me aseguré de que Samuel no nos siguiese. Nos quedamos allí hasta que llegó el juez y ordenó el levantamiento del cadáver. Eso debió de ser cuatro horas después de haber muerto, ya que su señoría no quiso interrumpir la comida en su restaurante favorito porque un idiota de San Martín se hubiese puesto debajo de un montón de tablas. «Si la gente es tonta, no es culpa mía», le había dicho a sus compañeros de mesa, según se supo días más tarde. Cuando llegó el juez, medio pueblo estaba allí y yo empezaba a cansarme. Dani y yo fuimos a contárselo a nuestros colegas. Apenas conseguí ver las piernas de Juan; sin embargo, en la versión de la historia que contó Dani, había sangre por todos lados, sesos desparramados por el suelo y hasta se le había salido un ojo. Vaya caras que ponían ellos. Yo no dije nada, ni para corroborar ni para desmentir la historia; simplemente, me quedé flipado.

La tragedia de Juan vino a sumarse a los dos recientes suicidios, e infundió en los

habitantes del pueblo un sentimiento de desazón e incertidumbre ante la tiranía del destino. Muchos creían que esa familia estaba maldita. «Las desgracias nunca vienen solas», repetía mi abuela sin descanso. Sin embargo, hubo algo bastante extraño en aquel accidente. El juez había dictaminado que el cadáver tenía toda la cara arañada y los pelos de la cabeza arrancados. Además, las uñas de las manos las tenía llenas de sangre, lo cual hacía pensar que él mismo se había arañado. Pero, lógicamente, eso tuvo que ocurrir antes de que le cayesen los tablones encima. Algunos opinaban que pudo haberse vuelto trastornado, y en ese estado de locura, derribar el pilar de madera que sujetaba los tablones. Eso explicaría por qué había muerto, aunque dejaría un interrogante todavía mayor: ¿por qué se volvió loco? Aún había más: Roberta, su mujer, le dijo al juez que desde la cocina había oído a su marido dar unos gritos terribles en el garaje. «Era como si le estuviesen arrancando la piel a tiras», había dicho. Ella se asustó y fue a ver qué le pasaba, pero cuando llegó ya le habían caído los tablones encima. Eso reafirmaba la hipótesis de que pudo haberse vuelto loco de repente.

—Las personas no se vuelven locas de un minuto para otro —dijo Pablo, experto en psiquiatría.

La opinión de Gordi era que un grupo numeroso de avispas asesinas pudo haberle picado en la cara. Sin comentarios.

—Eso explicaría los arañazos en la cara —dijo él, bastante convencido.

—¿Y qué explicaría que tu cabeza estuviese completamente hueca? —repuso Dani.

—Hueca y al vacío —añadí yo, intentando darle un poco más de gracia.

—¿Por qué no os vais a la mierda?

—*After you, baby, after you* —dijo Dani.

Aquella noche dormí mal. Cada vez que pensaba en lo que pudo haberle causado a Juan la locura repentina, se me ponían los pelos de punta y tenía que pensar en cosas más agradables; como, por ejemplo, en cualquier parte del cuerpo de Sonia. Todas eran perfectas, aunque yo tenía mis favoritas.

## CAPÍTULO 14

### EL BEBÉ FANTASMA

El día después de la desgracia de Juan, era el momento perfecto para contar otra vez la historia de terror más famosa de San Martín: la historia del bebé fantasma. A medio kilómetro del pueblo había una casa abandonada. En ella, a mediados de siglo, vivía una extraña familia. Una noche en la que el bebé no dejaba de llorar, su madre, que no estaba muy bien de la cabeza, lo asfixió con la almohada. La Guardia Civil encontró el bebé enterrado al lado de su casa dos meses más tarde. Ambos padres fueron juzgados y encarcelados. La casa se quedó vacía y nunca nadie más volvió a habitarla. Cuenta la leyenda que algunas personas que habían entrado en la casa después de la tragedia, habían oído a un bebé llorar. Un vecino del pueblo que entró hace varios años relató cómo, tras oír el llanto, se puso a buscar al bebé por toda la casa, pues creía que era real. Fue así como empezó a forjarse la leyenda del bebé fantasma.

Dani nos contó la historia dándole toques dramáticos donde era conveniente. Había una ley no escrita en el pueblo, que consistía en que todo chico antes de hacerse mayor, debía entrar solo, al menos una vez, en la casa encantada. Lo de las chicas era opcional. Dani, Gordi y yo lo habíamos hecho el año anterior, y a pesar de que mi mente me jugó malas pasadas, no oí llorar a ningún bebé. Roge digo que él lo había oído la primera vez que entró, pero quién sabe si era cierto. El único de nosotros que no había pasado por el ritual de iniciación a la madurez era Pablo. Dani ya estaba haciendo planes para que él entrase en el club de los machotes. Pablo estaba loco por ir allí a hacer una sesión con la ouija y una psicofonía. Después de no poco esfuerzo, conseguimos hacerle entender que un bebé no tendría mucho que decir, ya que ni siquiera sabía hablar. Se lo tomó con resignación y, al final, aceptó nuestro desafío. Ni Dani ni yo creíamos en la historia del bebé fantasma. Ante esas pocas perspectivas de que Pablo tuviese una experiencia sobrenatural de las que a él le gustaban, a Dani se le había ocurrido una brillante idea: si no existía el bebé fantasma, habría que inventarse uno. En previsión de esto, había grabado en un casete a su primito llorar. El plan era bien sencillo: una vez que Pablo entrase en la casa muerto de miedo y con la imagen del bebé en mente, Dani iría con el radiocasete a la parte trasera, lo introduciría por una pequeña ventana que daba al sótano y, ¡voilà!, diversión asegurada. Los únicos que conocíamos el plan éramos nosotros dos. Yo ya había escuchado la grabación. Duraba aproximadamente diez minutos: suficiente tiempo para que Pablo se cagase encima. Aunque la calidad sonora no era muy buena, casi apostábamos a que no se daría cuenta de que era una broma si lo escuchaba desde suficiente distancia. Durante todo el tiempo que duró la grabación,

nos tronchamos de risa pensando en el susto que le íbamos a dar.

Llegó la hora de la verdad, la hora de convertirse en hombre. Eran las ocho de la tarde del último día de julio. Pablo no dejaba de burlarse de nosotros imitando a un bebé llorar: «¡uaaaah, uaaah!». Intentaba aparentar que no tenía ningún temor. Dani y yo nos reíamos por dentro, sabiendo lo que le esperaba. Le dimos instrucciones del recorrido que debería realizar, para que quedase bien demostrada su hombría. Pareció entenderlo y entró en la casa. Después cerramos la puerta y la atrancamos para que no pudiese salir. Dani sacó el radiocasete de detrás de unos arbustos y fue corriendo hacia la parte trasera. Yo me quedé con las chicas y Gordi. Todavía seguíamos oyendo a Pablo dentro de la casa: «¡uaaaah, uaaah!». Yo ya me estaba descojonando. Al poco tiempo, oímos lo que parecía ser una grabación casera de mala calidad de un bebé llorar, reproducida por un aparato de aún peor índole. El muy bestia lo había puesto a todo volumen y venía partiéndose el culo de risa. Nos acercamos a la puerta para ver el espectáculo.

—Tiene que ser muy imbécil para creérselo —dijo Sonia.

—Eso vamos a saberlo ahora mismo —respondió Dani.

Pasaban los minutos y Pablo seguía sin aparecer. Entonces decidimos entrar a echar un vistazo. El bebé seguía berreando, y Dani fue a apagar el radiocasete. Yo presentí que algo no iba bien. Una vez que la casa se quedó completamente en silencio, llamamos a Pablo, pero no respondió. Empecé a ponerme nervioso pensando en lo peor: que en el ataque de pánico, se hubiese caído por las escaleras y se hubiese roto la cabeza. El optimismo lo dejaba para tiempos mejores. Natalia ya había visto suficiente.

—Yo me voy a la entrada a vigilar —dijo.

—A vigilar qué —respondí, con malicia.

—Pues... a vigilar que no venga nadie.

Me llevé un alivio al ver que su cuerpo no estaba sobre las escaleras. Subimos al primer piso y lo buscamos por las habitaciones. Yo seguía teniendo la extraña sensación de que no me iba a gustar absolutamente nada lo que iba a ver. Y así fue: al asomarme a un dormitorio, lo vi tendido en el suelo, sin moverse. Me quedé paralizado. Sin duda, lo habíamos matado de miedo. Avisé a los demás mediante señas.

—¡Pablo! —gritó Sonia.

Nos acercamos a él y Dani lo cogió por el hombro.

—¡Uaaah, uaaah, idiotas! —dijo Pablo, riéndose.

Dani estuvo a punto de darle un puñetazo, y yo pegué un salto del susto. Gordi y Ana se habían quedado pálidos.

—¡Qué susto! —dijo Sonia.

—¿Qué os creéis, que soy imbécil? —dijo él—. ¿De verdad creíais que me ibais a asustar a mí, mamones?

«Nunca subestimes a tu rival, por muy inferior que parezca», era otro de los

proverbios que me había enseñado mi abuelo. Aún no lo había puesto en práctica porque, hasta ahora, yo siempre había sido la parte débil, pero en vista de que ya era todo un hombre, no estaría mal que empezase a tirar de la sabiduría de Buelo.

—¿Sabéis? —dijo Pablo—, en esta habitación fue donde mataron al bebé.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Sonia.

—Mirad ahí.

Apuntó con el dedo a una esquina donde había una vieja cuna de madera. Estaba rota y llena de telarañas. En la cabecera tenía talladas las letras «J. C.», y en el fondo había un patuco de bebé muy gastado.

—¡Mira! —dijo Ana, señalando el patuco—, debió de pertenecer al bebé.

—¿A esa conclusión has llegado tú sola? No dejas de sorprenderme —dijo Dani.

Pablo cogió el patuco y empezó a darle vueltas. Después se quitó un cordón que llevaba en el cuello, ató el patuco en él como si fuese un colgante y volvió a ponérselo. Nosotros lo mirábamos preguntándonos a qué venía todo aquello.

—¿Y eso...? —preguntó Sonia.

—A partir de ahora lo voy a llevar de colgante en homenaje al bebé —dijo él, con gesto serio, como si le doliese en el alma su trágica muerte.

—¿Sabes?, tú eres el verdadero fantasma y no el bebé —repuso Dani.

En aquel momento, a Gordi se le encendió la bombilla:

—Hey, yo también quiero uno —dijo.

Se puso a buscar el otro patuco por la habitación, pero no lo encontró.

—Déjalo Gordi, sólo uno es el elegido —añadió Pablo.

Salimos de la casa encantada. Cada vez que veía a Pablo con el patuco colgando del cuello, no dejaba de pensar que cuando lo viese Roge, probablemente le pegaría un buen par de hostias por meterse en su territorio. Si había una cosa que no le gustaba nada a Roge, era que alguien de ciudad viniese a su pueblo y se creyese más chulo que él. No le advertí: supuse que la mejor forma de aprender las lecciones de la vida era a base de hostias. Así las había aprendido yo, y ya era un hombre.

—En este pueblo pasan cosas muy raras —dijo Sonia—: suicidios, muertes extrañas, asesinatos de bebés.

—Y que lo digas —repuso Dani—. Debe de ser Gordi, que contamina el aire con sus pedos.

—Debe de ser tu padre, que de tanto be...

—¡Como vuelvas a mencionar a mi padre te parto la cara! —dijo Dani, mientras lo cogía por el cuello.

—¡Eh, chicos, tranquilos!, no os lo toméis en serio —dijo Sonia—. Dani, no te vuelvas a meter con Gordi; y tú, Gordi, no te vuelvas a tirar pedos.

A Gordi no le hizo mucha gracia, pero a Sonia no le replicó. Mi chica haciendo las paces entre una pandilla de energúmenos. ¡Qué encanto!

Me despedí de la banda y regresé a casa para cenar. Por el camino me encontré la furgoneta del *hippy* aparcada al lado de la carretera. Las puertas traseras estaban abiertas, y dentro vi a Harley y a Paula. Pasé sin prestarles mucha atención.

—Eh, Mati, qué pasa, *teo*, cómo lo llevas —dijo el *hippy*.

En vista de que estaba de buen humor, decidí acercarme.

—Aquí, currando.

—Ya lo veo.

—Hola, Mati —dijo Paula, muy sonriente.

Estaba despeinada e intentaba abrocharse los botones de los vaqueros encima del colchón. Traté de no pensar en lo que estarían haciendo, pero no pude remediarlo. La experiencia me había enseñado que hay cosas en la vida que por más que las intentes no se pueden conseguir.

—¿Qué haces por *aqué* solo? —preguntó Harley.

—Voy a casa a cenar.

—Sube, te llevamos.

—Vale —dije, ilusionado.

Paula se puso delante, con Harley, y yo me subí detrás y me senté en el colchón. ¡Yo en la furgoneta con el *hippy* y Paula! Eso me convertiría en el tío más famoso del pueblo. Traté de sacar la cabeza por la ventanilla para que alguien me viese, de lo contrario, no se lo creerían, pero la maldita furgoneta no tenía ventanillas en la parte trasera y, debido a eso, iba a seguir siendo un pardillo.

—¿Sabéis? —dije—, yo de mayor voy a ser *hippy*.

—¿Sé...? ¿Y te vas a comprar una *furgo* como ésta? —preguntó Harley.

—Sí, y con un buen colchón detrás.

—¿A sí...? ¿Y se puede saber para qué lo quieres? —dijo Paula, con una voz tan sensual que, hasta aquel momento, sólo había oído en algunas películas.

—Pues... para dormir —respondí, con un tono que me pareció bastante ridículo—. Y me voy a llamar Humphrey —continué, después de una breve pausa.

—Te mola Humphrey, ¿eh? —dijo Harley.

—Es el mejor y, además, sabe cómo tratar a las mujeres.

—Sé, el *teo* sabe de la vida.

—Tú también sabes cómo tratarme a mí —dijo Paula, con su voz sensual, que por lo visto no estaba dispuesta a dejar.

Acto seguido, se acercó a Harley y le dio un beso de tornillo justo delante de mis narices. La tía no se cortaba un pelo. Y lo peor de todo era que lo estaba haciendo mientras él conducía. En el instituto había oído a algunos chicos veteranos pronunciar el término «tía caliente». Aun sin comprender del todo su significado, estaba seguro de que Paula encajaba perfectamente con esa descripción.

Llegamos a mi casa, les di las gracias y me bajé de la furgoneta. Miré a todos

lados, con la esperanza de que alguien me hubiese visto: ¡joder, no había ni un alma! Mientras cenaba, me venía a la mente una y otra vez lo que la parejita estaría haciendo sobre el colchón. No dejaba de pensar en lo afortunado que era el *hippy*, lo cachonda que era Paula y lo pardillo que era yo.

## CAPÍTULO 15

### LA FIESTA

A primeros de agosto se celebraba la fiesta del pueblo. Duraba sólo un día, pero era un día muy intenso. Se hacía en un campo situado a las afueras, en el que dos orquestas, una a cada lado, se iban turnando toda la noche hasta las seis de la mañana. Sin embargo, la música y la bebida no era lo más interesante de la fiesta. Lo que más nos atraía a nosotros, los tíos guays, era la parafernalia que giraba en torno a ella. Rodeando el campo de baile, en una especie de gran óvalo, se colocaban bares, bingos, tiendas de dulces, y atracciones donde tu habilidad y puntería podía hacerte el ganador de una mierda de peluche. Las que más éxito tenían entre nosotros eran las de tiro. El verdadero desafío consistía en darle a un palillo con una escopeta de perdigón de cañón torcido. De todas formas, lo mejor de la fiesta, sin duda, eran los gitanos, pues ellos vendían nuestro bien más preciado: la pólvora. Aquél era el único día del año que la podíamos conseguir fácilmente, y aprovechábamos para aprovisionarnos de ella. Tenían cohetes, bombas de mano, tracas y, nuestros favoritos, los petardos de cinco duros. Todavía me acordaba de cuando le volamos a Pepa un sapo encima del mostrador. Pero este año habíamos madurado y no estábamos para tonterías de petardos de cinco duros; ya éramos tíos de instituto: este año tocaban petardos de veinte duros.

—Si con un petardo de cinco duros le dimos a Pepa el susto de su vida, con uno de veinte la mandamos al otro barrio —dijo Dani, excitado.

—Que sea lo que Dios quiera —añadí.

El día anterior a la fiesta nos reunimos en la escuela antigua, y contamos el dinero que habíamos ahorrado para gastar en petardos. El club de la pólvora lo formábamos Dani, Gordi y yo. Entre los tres teníamos dos mil pesetas. De mutuo acuerdo, decidimos que mil las gastaríamos en petardos de veinte duros, y el resto a nuestro libre albedrío. Por una operación matemática sacamos que mil pelas, a veinte duros el petardo, daba nada más y nada menos que la muy decente cantidad de diez petardos. Eso quería decir diez bombazos que harían temblar los cimientos de San Martín. Estábamos tan ilusionados, que la espera se hizo larga. Pero quien sabe esperar será recompensado, y por fin llegó el día.

Por la mañana, mientras el Cura y sus discípulos se reunían en la iglesia, Dani, Gordi y yo fuimos al campo festivo a observar cómo montaban los escenarios y las atracciones. Los gitanos iban llegando poco a poco en unas furgonetas tan destartadas, que necesitarían un milagro para que pasasen la ITV. Sabíamos bien cómo se las gastaban los gitanos, por eso siempre manteníamos una distancia prudencial hasta la hora de la compra. Recuerdo que una vez Dani le robó una traca a

una gitana que estaba sola. Pocos segundos después, tenía corriendo detrás de él a un pelotón de gitanos de todas las edades y sexos. Le dieron la paliza de su vida. Aquel día se le quitaron las ganas de volver a robar. De todas formas, a pesar de que los gitanos no se andaban con bromas, si tú no te metías en su terreno, ellos no solían meterse en el tuyo.

La fiesta comenzó a las seis y media de la tarde. Una orquesta tocaba música infantil, las atracciones estaban abriendo y los gitanos ya tenían los petardos expuestos sobre mesas plegables. Dani, Gordi y yo no esperamos más, y nos pusimos a buscar la mejor ganga por los tenderetes. Compramos los diez petardos de veinte duros, y el resto lo gastamos en tracas y voladores. Yo me encargué de llevarlos a casa y guardarlos hasta el día siguiente.

Cuando regresé, la segunda orquesta ya estaba en plena actuación. En ella había una chica cantando que llevaba un minivestido rojo. La tía enseñaba más carne que otra cosa y daba tema de conversación a los hombres. Sus habilidades interpretativas no interesaban a nadie. Sin duda alguna, le daría al Cura suficiente materia para el siguiente sermón, y confirmaría aún más su teoría de que, definitivamente, el destino de la humanidad era el Infierno. Pero nosotros ignorábamos ese panorama desolador que se cernía sobre la raza humana, e intentábamos saborear bien la vida y vivirla al instante, como decía Dani.

Nuestro Cura procuraba mantenerse alejado de las mujeres. Al contrario que a otros de parroquias cercanas, a él no se le conocía ningún escándalo mujeriego. Quizá el precio que tuviese que pagar por esa castidad llevada a rajatabla, fuesen unos buenos lingotazos de *whisky*. Lo que sí se sabía eran las borracheras que pillaba en el Bar Ámbar, y cuando eso sucedía, se enteraban todos y le reprochaban tal comportamiento durante días. Como las borracheras eran habituales, la crítica era constante. «Lo de este cura es de juzgado de guardia», decía mi abuelo.

A las diez de la noche, el campo de la fiesta estaba a reborar. A la mayor parte de la gente no la conocíamos, ya que muchos venían de otros pueblos. En vista de que pasábamos desapercibidos, Dani y yo compramos dos cervezas y nos escondimos a beberlas tranquilamente detrás del camión de la orquesta. Dani sacó un paquete de Winston y me invitó a un pito. Yo no fumaba, pero en aquella ocasión le acepté uno. Él mostraba interés en saber si me gustaba. Aunque a mí el tabaco no me atraía nada, le dije que era una pasada. Allí, con una cerveza en una mano y un cigarrillo en la otra, y hablando con mi mejor amigo, me sentí como un hombre de verdad.

—¿Te das cuenta de que estamos disfrutando de dos de los tres placeres de la vida? —dijo Dani.

—¿Cuál es el otro? —pregunté.

—El sexo.

—Soy todo un especialista en eso.

—Especialista en qué, ¿en hacerte pajas como Gordi?

Una joven pareja en busca de intimidad se puso cerca de nosotros y comenzaron a

besarse.

—No es posible que sólo sean tres placeres, tiene que haber más —dije.

—No lo creas; una vez que te casas, la vida se convierte en una mierda. Todos los días con la misma mujer, los mismos hijos, el mismo trabajo; en definitiva, un coñazo.

Pensé que me estaba describiendo perfectamente la vida de nuestros padres.

—Cuando sea mayor no me voy a casar ni voy a tener un trabajo fijo —continuó diciendo—. Me voy a pasar la vida viajando, yendo de un lugar a otro, como esos gitanos. No pienso quedarme en esta puta mierda de pueblo toda mi vida.

—Pero... necesitarás dinero para vivir y viajar.

—Ya me las arreglaré. Tío, la vida es una hija de puta. Naces y ya estás jodido: el colegio, el instituto, los mayores: una mierda. La felicidad tienes que buscarla tú mismo, nadie te la va a regalar. La vida hay que vivirla al instante.

—Estoy de acuerdo —dije.

Le eché una tímida calada al cigarro, aunque no tragué el humo: tenía que aparentar un machote.

—Además, la vida es muy corta y, si no haces nada pronto, el día menos pensado te encontrarás con un montón de arrugas, sentado a la barra de un bar, bebiendo para olvidar las penas.

Allí, en medio de la alegría de la fiesta, me sentí algo triste por la vida que me esperaba sentado a la barra de un bar. Terminamos los dos placeres de la vida y nos reunimos con nuestros amigos. Parecían estar pasárselo realmente bien bailando la conga entre la gente. Dani y yo nos pusimos a la cola. La cerveza y el cigarrillo hicieron efecto y me mareé. Sonia había cambiado sus habituales vaqueros cortos y camiseta, por unos pantalones largos y una bonita camisa. Estaba especialmente contenta aquel día y no dejaba de reírse. Verla tan feliz, me hacía a mí estarlo también. Así era ella, siempre contagiando su alegría a los demás. Nuestros padres nos habían dado dinero para gastar en la fiesta y decidimos quemarlo en el tiro. Probé suerte con un reloj, pero sólo conseguí romper un palillo de los tres que tenía. Sonia quiso que la acompañase a buscar a sus padres para pedirles más dinero. Entre tanta gente, no era fácil encontrarlos. Yo accedí con mucho gusto, la cogí de la mano y nos metimos en mitad del bullicio. Entonces, oí detrás de mí una voz que me era familiar; tremendamente familiar:

—¡Mira, pero si la nena del Mati tiene novia!

Mi cerebro no tardó mucho en hacer las conexiones necesarias, y antes de que mi cabeza completase el giro de ciento ochenta grados, ya sabía con quién me iba a encontrar. Mis ojos confirmaron lo que habían escuchado mis oídos. Allí, delante de mí, estaba el mayor gilipollas que había pisado el planeta Tierra: Willy. Hacía varias semanas que lo había perdido de vista, y ahora mi suerte llegaba a su fin. Solté rápidamente a Sonia de la mano y me quedé petrificado, mirándolo a los ojos, como si fuese un fantasma. Pero aquello era peor que un fantasma; aquello era un demonio.

—Qué pasa, imbécil, ¿no me vas a presentar a tu novia? —dijo él.

«No estaba en mis planes», pensé. Tenía la misma cara de retrasado mental de siempre. A Sonia se le había borrado la sonrisa y miraba hacia otro lado, intentando ignorarlo.

—¿Estás sordo? ¿Quieres que te pegue una hostia delante de tu novia?

Dudo que algo pudiese hacerme más daño.

—Me llamo Sonia —dijo ella, con voz seria y mirándolo a los ojos por primera vez.

—Ah, se llama Sonia, ja ja —dijo él, volviéndose a su sombra: un tío enano que siempre estaba a su lado y carecía completamente de personalidad.

Ese tal enano, del cual nunca llegué a saber su nombre, ni ganas que tenía de averiguarlo, tenía la misma cara de idiota que su amo. No dejaba de darse puñetazos en su mano izquierda, supongo que a modo de intimidación. Cada vez que Willy hablaba, él le escuchaba atentamente, como si fuese la reencarnación de un dios; después, me miraba y se reía. Se acercaron y se pusieron a un metro de nosotros. A mí, las piernas ya no me respondían.

—Así que, Sonia, eh. ¿Sabes cómo le llaman al tonto de tu novio en el instituto? ¿Quieres que te lo diga?

Sonia no respondió; evitaba mirarlo a la cara. Era evidente que estaba preocupada, aunque estoy seguro de que no lo estaba tanto como yo.

—Le llaman el *sparring*, ¿sabes por qué? Porque es tan idiota que todo el mundo se mete con él y le da de hostias, ja ja.

—Vámonos de aquí, Mati —me dijo Sonia.

—¿No te da vergüenza que tu novia tenga que defenderte, porque eres tan subnormal que no lo sabes hacer por ti mismo?

Estaba siendo tan humillado delante de Sonia, que ya se me habían humedecido los ojos. Me temblaban los labios, me temblaban las piernas, creo que todas las partes de mi cuerpo estaban temblando en aquel instante. Sonia me hizo un gesto para que nos olvidásemos de ellos y nos fuésemos de allí. Le hice caso y les dimos la espalda con la esperanza de que nos dejaran.

—¡Míralo cómo se va con el rabo entre las piernas! —dijo Willy.

Ya había dado tres pasos cuando le escuché decirlo. Eso fue la gota que colmó el vaso. Yo era un pardillo, cierto, pero hasta el mayor pardillo de este mundo tiene un límite de aguante. Willy había rebasado el mío con una estúpida frase. Pensándolo bien, aquella era una frase insignificante, después de todo lo que me había dicho. Bien pude haberlo olvidado y haber seguido adelante. Sinceramente, creo que estaba dispuesto a dejarnos marchar. Pero llega el día en la vida de todo hombre, en el que tiene que hacerse respetar. El mío ya había llegado: jamás pensé que fuese tan pronto. Al igual que la lava sale del interior de la tierra a través de un volcán, todo el odio que había acumulado en mi interior hacia Willy durante un año (y no era poco), tenía que salir a la superficie por algún sitio. Me paré, di media vuelta y me quedé

mirándolo fijamente, sin saber todavía por dónde iba a escupir la lava. Temblaba más que nunca; era como si estuviese recibiendo una descarga eléctrica. Willy y su amigo no paraban de reírse. Tragué saliva y sentí cómo los ojos se me humedecían cada vez más. Había llegado el momento de la verdad.

—¡Por qué no me comes la polla! —grité, con todas mis fuerzas.

«¿Lo dije de verdad o fue sólo una ilusión?», pensé. No estaba seguro, pero había ciertos detalles que me hacían suponer que lo había dicho. En primer lugar, la gente que estaba a mi alrededor se giró y se quedaron mirándome; en segundo lugar, vi cómo a Willy se le borró de golpe esa sonrisa de imbécil que tenía, y se le empezaba a formar una extraña mueca, con la boca más abierta por un lado que por el otro. Días después me reíría como un loco al recordar la estúpida cara que había puesto Willy. Pero... eso sería días después.

—¿Por qué no te como la *poolla*? —dijo él, sin creerse lo que había oído.

Después de un año aguantando de todo y sin levantarle la voz, esto tuvo que cogerle por sorpresa; jamás se hubiese esperado mi reacción. Yo lo hice inconscientemente. Si lo hubiese pensado mejor, no habría dicho semejante obscenidad. Si lo hubiese pensado sólo un poco, seguro que se me ocurrirían frases mucho más refinadas para decir delante de Sonia. Aquél no era yo: alguien en mi interior me había jugado una mala pasada, pero ya no podía hacer nada para remediarlo.

—¿Que por qué no te como la *poolla*? —dijo Willy.

Esta vez empezaba a creérselo algo. En medio de aquella brecha en el tiempo, fui capaz de ver a Sonia con el rabillo del ojo: me estaba mirando fijamente con cara de sorpresa y la boca abierta en señal de asombro. También me di cuenta de que el enano de mierda había dejado de darse puñetazos en la mano, y su mirada se movía rápidamente entre Willy y yo, como esperando una reacción por alguno de ambos.

—¿Que por qué no te como la *poolla*? —volvió a repetir.

«Sí, tío, has oído bien: ¿por qué no me comes la polla?», debería haberle dicho si tuviese más pelotas. Ahora ya se creía lo que había oído y no tardaría en abalanzarse sobre mí. Y fue así como el acto de mayor valentía de mi vida, fue seguido por el acto de mayor cobardía: salí disparado entre la gente y a la pobre Sonia la dejé allí sola. Supongo que Willy echó a correr detrás de mí, no lo sé, no miré atrás. Si lo hubiese hecho, habría chocado con alguien, me habría ido al suelo y, entonces, ya tendría a Willy babeándome encima. Pero mi instinto de supervivencia funcionó bien y conseguí despistarlo entre la muchedumbre. «Por qué no me comes la polla, ¡seré idiota!», me dije. Perdido en mitad de la gente que disfrutaba de la fiesta, me tranquilicé un poco; aun así, no dejaba de mirar a todos lados. Seguramente Willy me estaría buscando como un loco y no pararía hasta encontrarme. Lo que más me fastidiaba era que había hecho un ridículo espantoso delante de Sonia, y no sabía muy bien cómo iba a afectar eso a nuestra relación. Ella era comprensiva y podría entenderlo, pero no era tonta. Salí del bullicio y me escondí detrás de una furgoneta.

Me mantuve a la expectativa durante media hora, hasta que vi a Dani a lo lejos, probando suerte en el tiro. Di un rodeo al campo, por detrás de las atracciones, y me encontré con él.

—¿Por qué no me comes la polla? Joder, Mati, tú sí que los tienes bien puestos —dijo él.

A pesar de que no estaba para bromas, actué como si me hubiese hecho gracia y sonreí. Me dijo que Willy me estaba buscando por todo el campo. Yo le pregunté por Sonia y, según él, estaba preocupada por lo que pudiese pasarme. ¡Qué encanto! Aquello era un buen síntoma. Probablemente medio San Martín ya supiese que uno de sus hijos predilectos, le había dicho a un tío que le comiese la polla. Creo que en aquel momento empecé a ser un poco consciente del embrollo en el que me había metido. Dani me recomendó que me fuese a casa y se ofreció a acompañarme por si Willy me encontraba. Se lo agradecí, pero le dije que me había metido solo en ese lío y saldría de él de igual manera. Se despidió con un: «suerte, colega». Me sentí afortunado por tener a Dani como amigo.

Emprendí el regreso a casa con mucha precaución. A la salida del campo, me escondí detrás de un roble a observar a la gente bailar y divertirse. Si no hubiese sido tan imbécil, probablemente en aquel instante estaría bailando con Sonia. Quién sabe, a lo mejor nos hubiésemos dado otro beso; desde luego, la situación era propicia. «¿Cómo pude ser tan imbécil?», pensé. La gente iba y venía de la fiesta con caras alegres. Debían de ser las doce de la noche, y a algunos ya se les notaba el exceso de alcohol en la sangre. Varias parejas de jóvenes caminaban abrazados y felices. En aquel preciso momento, en el que lamentaba mi metedura de pata, sentí cómo alguien puso sus manos sobre mis hombros y me sujetó fuertemente por detrás.

—¡Que por qué no te como la *poolla*!

Aquello tenía que ser una pesadilla, sí; me daría la vuelta, vería a Willy y después me despertaría en mi cama sobresaltado. Pero algo no iba bien: si en verdad era una pesadilla, por qué cuando se supone que ya debería estar despierto en mi cama, era arrastrado por mi peor enemigo hacia un lugar oscuro, muy oscuro. Pues porque hay pesadillas en las que ya estás despierto y son tan reales como la vida misma.

—A ver si te atreves a decírmelo ahora, ¡marica! —dijo Willy.

Comencé a suplicar el perdón como nunca antes lo había hecho, pero ya me imaginaba que aquello iba a tener un mal final. Entre Willy y su amigo me llevaron a un campo contiguo que hacía de aparcamiento temporal. Yo no opuse mucha resistencia.

—Te voy a enseñar lo que les pasa a los idiotas que le dicen a Willy que le coman la polla —dijo él.

No lo vi venir, estaba muy oscuro. En aquel momento no supe muy bien lo que había pasado, sólo sentí una fuerte punzada en la nariz. Caí al suelo y puse las manos sobre mi cara. El dolor se iba agudizando cada vez más, y noté cómo la sangre se escurría entre mis manos. Jamás había sentido tanto dolor: parecía que la nariz me

fuese a estallar. Supuse que ya habían terminado conmigo, pero esa era una suposición errónea. Willy no estaba dispuesto a tolerar más insubordinaciones de un pardillo como yo, y se estaba empleando a fondo. Lo siguiente que vino fue una patada en el estómago. Aquello me dejó sin respiración unos segundos. Empecé a gemir de dolor, allí, tirado en el suelo entre dos coches. Willy y el enano desaparecieron rápidamente en la oscuridad. Poco después, un vecino del pueblo que pasaba por allí, me vio y vino a socorrerme. Me ayudó a levantarme y me acompañó a buscar a mis padres, que estaban en la fiesta. Al entrar en una zona con más luz, vi que tenía la camiseta manchada de sangre. Probablemente Willy ya estaría camino de su maldito pueblo. Tras dar unas cuantas vueltas, encontramos a mi madre, que se llevó un buen susto. Al poco tiempo ya tenía a mi alrededor a todos mis colegas, incluida mi querida Sonia. Mi madre me llevó al centro médico. Tuve que esperar más de media hora allí, porque el médico de guardia estaba atendiendo a un borracho que se había cortado la cabeza en la fiesta con un vaso roto. El doctor me aseguró que no tenía ni las costillas ni la nariz rota, al contrario de lo que yo creía.

—No tienes nada roto, pero te dieron una buena sacudida —dijo él.

Pasé ganas de mandarlo a la mierda. Que me habían dado una buena sacudida ya lo sabía yo, no necesitaba que un capullo con diploma me lo confirmase.

Aquella noche conseguí dormir gracias a los calmantes; sin embargo, a la mañana siguiente tuve un mal despertar. Además de la nariz y las costillas, también me dolía la cabeza. Me quedé todo el día en la cama. Sólo quería esconderme entre las sábanas y olvidar que existía un tío llamado Willy, que me había dado una paliza porque le dije que me comiese la polla. Hay algunos que no tienen sentido del humor. Alrededor del mediodía, Dani, Pablo, Sonia y Ana me hicieron una visita. No quería visitas, aunque no pude impedirlo: mi madre les acompañó a mi habitación.

—¿Por qué le dijiste eso, Mati? —me preguntó Sonia, por dos veces.

Intenté buscar una respuesta lógica, pero no la encontré, por la simple razón de que no la había. No hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que estaba un poco desilusionada conmigo. Le podía haber explicado quién era Willy y cuánto me había amargado la vida el último año. Le podía haber dicho que después de recibir toda clase de vejaciones, llegó el momento en el que no pude aguantar más y dije una estupidez que, en circunstancias normales, jamás habría dicho. Quizá lo hubiese entendido, pero no le dije nada. Lo único que deseaba era olvidarme de Willy y de la fiesta. Quería volver a aquella bonita tarde en el río, en la que no hacía mucho tiempo había besado a Sonia, mi chica. ¿Por qué la vida no podía ser una constante tarde en el río con la persona que más querías? Muchas preguntas y ninguna respuesta, eso era todo lo que tenía. A veces era mejor no hacerse tantas preguntas y dejar la mente en blanco, dejarla volar, a ver adónde iba a parar. Seguro que lejos de Willy y de todo lo que me hacía daño.

Por la tarde, mi abuelo vino a hacerme compañía. Por supuesto, no dejó pasar la oportunidad de contarme una de sus batallitas. Y es que, por lo visto, cuando él era

joven, también era presto a meterse en líos. Según él, una noche en un bar alguien cometi6 la gran estupidez de cuestionar el honor de su familia. A mi abuelo se le daban mejor los puños que la labia, y no dud6 en liarse a hostias con medio bar. El t6rmino «salían volando» apareci6 varias veces a lo largo de la narraci6n. Sentí un poco de envidia: ya me gustarí a mí ver a Willy salir volando. De todas formas, me parecía bastante raro que siempre fuesen los demás los que salían volando. Nunca le oí contar una historia en la que le hubiesen dado una paliza. Sin embargo, su 6poca de gloria ya había pasado, y ahora no estaba ni para darle una hostia a mi abuela. Hablando del honor de mi familia: no debía preocuparme mucho por eso, pues Josi ya se había encargado de dejarlo por los suelos.

## CAPÍTULO 16

### UNA BROMA PESADA

Al día siguiente, a Dani y a Gordi ya se les había agotado la paciencia, y no podían esperar más para empezar con las voladuras. Vinieron por la mañana a mi casa a exigirme los petardos. Yo me encontraba mucho mejor, tanto física como mentalmente. Mi nariz seguía un poco hinchada, pero no me dolía tanto. Cogimos los petardos y nos fuimos a un descampado, a las afueras del pueblo. Enterramos uno en el suelo y encendimos la mecha. Con esa explosión me olvidé de la paliza que me habían dado dos días atrás. Y es que, lo que no cura el tiempo, lo cura la pólvora. Comenzamos a planear a quién le íbamos a tirar el primero. Pepa, de nuevo, fue la elegida. Dani se había empeñado en volarle otra vez un sapo dentro de la tienda. Gordi y yo intentamos convencerlo de que sería imposible meterle a un sapo un petardo de veinte duros en la boca.

—¡Pues se lo metemos por el culo! —dijo Dani, que se había sobreexcitado con el olor a pólvora.

Gordi propuso que le volásemos una mierda de vaca. No era mala idea, y decidimos hacer una prueba. Fuimos a su granja, clavamos un petardo en medio de una mierda seca y lo explotamos. El ver trozos de mierda de vaca volar, hizo que estuviésemos un buen rato riéndonos. Justo después de eso, a mí se me ocurrió una idea que nos traería numerosos problemas, pero que, en aquel instante, con la excitación del momento, no pude prever.

—¿Y por qué no probamos con mierda fresca? —sugerí.

—¡Joder, Mati, eres un genio! —dijo Dani.

Hicimos una prueba y el resultado fue espectacular. Pequeños trozos de mierda salieron disparados en todas direcciones, y a pesar de que estábamos a unos veinte metros de distancia, no pudimos evitar que nos lloviese mierda de vaca encima. Vi cómo a Dani se le iluminaban los ojos y supe enseguida en qué estaba pensando. Lo conocía tan bien, que no fue necesario que me dijese nada.

—Estás loco, Dani —dije.

—Vamos, tío, hay que vivir al instante.

—Moriríamos al instante.

—Si no lo haces, te arrepentirás el resto de tu vida.

—Yo creo que es al revés.

Dani consiguió convencernos a Gordi y a mí. Después del lío con Willy, no quería meterme en más problemas; sin embargo, al final fue precisamente eso lo que me hizo aceptar su loco plan. Estaba tan enfadado con esa sociedad, en la que los fuertes oprimían a los débiles, que decidí hacer algo para manifestar mi descontento. Este

mundo pedía a gritos otra revolución, y nosotros íbamos a liderarla. Había que cambiar el *statu quo*, y qué mejor forma de hacerlo que volarle a alguien una mierda de vaca. Y, como muchas veces pagan justos por pecadores, pues Pepa iba a pagar los platos rotos de mi encuentro con Willy.

El plan era el siguiente. Lo haríamos a la hora de la siesta por dos razones: porque tendríamos menos posibilidades de ser vistos por los vecinos, y, sobre todo, porque a esa hora no solía haber nadie en el comercio de Pepa. La puerta nunca estaba cerrada con llave. Tenía una campanilla para avisar cuando entraba alguien, pero nosotros sabíamos que si se abría muy despacio, podíamos sujetarla con la mano y Pepa no se enteraría; ya lo habíamos hecho más veces. Dani y yo seríamos los encargados de meter la bolsa con la mierda de vaca en la tienda y de encender el petardo, mientras Gordi se quedaba afuera vigilando. Después..., bueno, quién dijo que la vida era justa.

Cogimos una bolsa de plástico y Gordi la llenó, con una pala, de la mierda más reciente que habíamos encontrado; todavía humeaba. Esperamos hasta las cuatro de la tarde y emprendimos la marcha. Gordi era el encargo de llevar la bolsa. Nos repartimos el trabajo a partes iguales, para que los tres fuésemos culpables de igual manera y no hubiese malentendidos. No sé si era la excitación del momento, o el miedo que tenía, o el ver a Gordi cargar con una bolsa llena de mierda de vaca, pero no podía parar de reírme. Era esa clase de risa tonta que me venía cuando estaba a punto de hacer algo malo. Pasé ganas de preguntarle a Dani qué nos había hecho Pepa para merecer esto, aunque al final no lo hice. No quise reabrir el debate de lo que era o no moralmente correcto. No quería rajarme y quedar como «la nena del Mati», como me había llamado Willy. No, los tiempos de pusilánime habían quedado atrás con una estúpida frase que me había costado una paliza, pero que, sin duda, marcaba el comienzo de una nueva época en la que sería respetado, quizá temido. Y qué mejor manera de empezar a infundir respeto, que pintarle a Pepa la tienda de color mierda de vaca.

Llegamos al comercio, y Dani fue a mirar por la ventana si había alguien dentro, mientras Gordi y yo nos quedamos a la expectativa. En ese momento, Pablo nos vio y vino a ver qué estábamos haciendo.

—¿Qué hacéis aquí escondidos? —dijo—. ¿Qué tenéis ahí?

—Mierda de vaca —contestó Gordi.

—¿Y qué vais a hacer con ella? —preguntó, sorprendido.

—Ya lo verás —dije.

Dani vino corriendo y nos dio luz verde: no había moros en la costa. Cogió la bolsa y yo le seguí. Íbamos agachados; algo que, indudablemente, levantaría sospechas. Abrimos la puerta muy despacio, con cuidado de no hacer ruido, y la dejamos abierta. En aquel momento estuve a punto de decirle que era una locura, pero tuve la sensación de que ya habíamos cruzado el punto de no retorno. Me temblaban los huesos igual que cuando Willy me había dado la sacudida. Entramos y

pusimos la bolsa en el suelo, más o menos en el centro. Dani la desató y yo le di el petardo. Lo enterró bien en la mierda y me pidió el mechero. Empecé a buscarlo por los bolsillos de mis pantalones, pero no lo encontré.

—Mierda —susurré.

—¿Qué pasa?

—Lo tiene Gordi.

—Vete a buscarlo, ¡rápido!

Salí corriendo y le pedí el mechero a Gordi, que estaba escondido con Pablo detrás de una hortensia. Aquel contratiempo no me hizo perder el control de la situación. Dani era mi mejor amigo y no lo iba a dejar tirado con un buen puñado de mierda dentro de la tienda de Pepa. Me apresuré y le di el mechero. En aquel momento sonó el teléfono, que estaba colgado de la pared, justo al lado de nosotros.

—Mierda —dijimos, los dos a la vez.

Dani no dudó y se puso a encender la mecha. Yo no dejaba de mirar a la puerta de la trastienda, esperando ver a Pepa de un momento a otro. El petardo no encendía porque Dani estaba tan nervioso, que no lograba poner la llama en la mecha. Al tercer tono del teléfono, como era de prever, Pepa entró en la tienda. La situación se nos había ido de las manos completamente.

—¿Qué hacéis ahí? —preguntó ella.

—Vamos —le dije a Dani, y le tiré del brazo, pero él seguía intentando encender el petardo.

«Esto es una locura», pensé.

—¿Qué estáis haciendo? —volvió a preguntar Pepa, en un tono más fuerte y olvidándose por completo de que el teléfono seguía sonando.

—¡Vamos, estás loco! —volví a decirle.

No sé cuánto tiempo hubiese esperado Dani a salir corriendo si el petardo no hubiese encendido, pero, por suerte o por desgracia, cuando Pepa estaba a unos tres metros de nosotros, encendió y echamos a correr como locos. Ella se puso a llamar a su marido a voces.

—¡José Ángel, José Ángel, baja! ¿Qué diablos estáis hacie...?

«¡BOOOOOM!».

—¡Aaaaah!

Nos paramos y volvimos la mirada. Empezó a salir humo por la puerta de la tienda. Poco después, ella salió llorando y gritando, histérica. Nunca olvidaré aquella imagen de Pepa llena de mierda de vaca hasta las orejas. Su delantal blanco estaba estampado de grandes lunares marrones. Pero lo que más me impactó de todo, fue que ella estaba escupiendo mierda y tratando de limpiarse los ojos.

—Ahora sí que la cagamos —susurró Dani.

Seguimos allí parados, contemplando con espanto el resultado de nuestra fechoría, hasta que vimos aparecer a José Ángel con una escopeta.

—¡Me cago en la puta que los parió! ¡Si los pillo, los mato! —gritó—. ¡Ya sé

quiénes sois, voy a avisar a la Guardia Civil!

Decidimos escondernos en el bosque y mantenernos a la espera. Gordi y Pablo tuvieron mejor suerte, ya que a ellos no los vieron. Intentar quitarle hierro al asunto era algo inútil. Dábamos por hecho que se lo dirían a nuestros padres: grave problema a la vista. No estábamos seguros de que fuesen a llamar a la Guardia Civil: eso sería un gravísimo problema. Cuando dos horas más tarde vinieron Gordi y Pablo a darnos noticias, y me dijeron que habían visto a los picoletos hablando con mis padres, se me cayó el mundo encima. No había salido de un lío y ya me había metido en otro. Por más que intentásemos estirar el día para no volver a casa y enfrentarnos a la realidad, al final acabó anocheciendo. Este planeta seguía girando sobre sí mismo, ajeno por completo a los problemas de uno. Últimamente me sentía como una mosca insignificante vagando por un mundo hostil. Quizá sólo fuésemos eso: pequeñas mierdecillas insignificantes.

A las diez de la noche emprendimos el regreso a un hogar que no iba a tener nada de dulce. Me despedí de Dani delante de mi casa y le deseé suerte.

—¡Eh, Mati, échale *güevos*! —me dijo él, antes de perderse en la oscuridad.

Después de lo ocurrido los últimos días, no estaba muy seguro de que me quedase algo de eso. Había intentado echarle *güevos* a la vida y todo había salido rematadamente mal. Empecé a pensar que, a lo mejor, no estaba destinado a triunfar; quizá me estaba engañando a mí mismo; quizá estaba destinado a ser un pardillo el resto de mi vida. Dejé de darle vueltas a eso porque me encontré con mi madre de frente. Sin mediar palabra, se puso a darme tortas como una loca. Parecía que intentaba separarme la cabeza del cuerpo.

—¡No haces más que hablar mal de Josi, pero tú eres veinte veces peor que él! —me dijo.

Eso no se lo perdonaría nunca, ni aunque viviese mil años. Poco después me encontré con mi padre, que hizo lo mismo que mi madre: hostiarme primero y preguntar después, para no perder la tradición familiar. Yo intentaba defenderme con argumentos, pero cada vez que decía algo, los demás echaban fuego por la boca; o sea, que mejor callado. Aparte de esto, tenía que escuchar las burlas de Josi sin poder hacer nada. El cabrón no paraba de sugerirles a mis padres formas en las que me podrían castigar. Había propuestas de todo tipo y todas a cuál más cruel, como ponerme a trabajar en la madera de por la mañana a la noche, o internarme en un centro de educación especial, que era donde se suponía que debería estar, después de haber demostrado a todo el mundo que era un subnormal. Por suerte, mis padres no le hacían ni puñetero caso, como de costumbre. Por desgracia, el castigo que me impondrían ellos no iba a ser más leve. Primero, se suspendía mi miserable paga semanal indefinidamente. Segundo, se me privaba de libertad: no podía salir de casa, y tenía que quedarme encerrado en mi habitación estudiando las malditas matemáticas.

—Pero con las clases de Paula ya tengo suficiente —alegué.

—¡Si es o no suficiente lo decido yo! —vociferó mi padre.

Estuve a punto de preguntar cuánto duraría el castigo, aunque al final decidí no hacerlo. Ya era un viejo zorro: sabía que si no ponían una fecha, tendría bastantes posibilidades de escabullirme. Sin embargo, lo peor de todo era que al día siguiente tenía que ir a pedirle disculpas a Pepa y a limpiar su comercio, y eso era lo que más me jodía. ¿Cómo iba a poder mirarle a Pepa a los ojos, después de haberle estampado en la cara un puñado de mierda de vaca? Y he de reconocer que ella nunca me había hecho daño alguno. ¿En qué clase de persona me había convertido?

El único que parecía estar de mi lado era Samuel, que no dejaba de sonreírme y de hacerme ese tipo de preguntas absurdas que sólo un niño de ocho años podía hacer: «¿De dónde sacaste la caca?». Debía de verme tan apaleado por todos, que tuvo compasión de mí.

A las diez de la mañana llegué al comercio de Pepa acompañado por mi madre. Dani ya estaba allí y había empezado a limpiar, bajo la supervisión de su madre y de Pepa y su marido. No fui muy consciente de la faena que habíamos hecho, hasta que entré en la tienda y lo vi con mis propios ojos. Había mierda de vaca por todas partes: techo, suelo, paredes, estanterías, ventanas. Mi madre también quedó bastante sorprendida, y me miró como si fuese la criatura más vil del mundo. Pepa y José Ángel no me dijeron nada, solamente hablaban con mi madre. A Dani y a mí nos echaban unas miradas de furia que parecía que quisiesen sacarnos los ojos. Le pedí disculpas a Pepa, tal y como había acordado. Al final ella las aceptó a regañadientes, pero sin estar muy convencida de que fuesen sinceras. Luego, cogí un cubo y un trapo, y me puse a limpiar. Lo peor era que la mierda ya estaba seca y costaba mucho quitarla, sobre todo en las paredes, donde dejaba una mancha marrón. Pepa sugirió que deberíamos darle una mano de pintura. Nuestras madres aceptaron la propuesta y dijeron que aquello era lo justo. «Ya verás —pensé—, ahora van a salir ganando ellos». Durante el tiempo que estuvieron allí, no dejamos de oír todo tipo de reproches y declaraciones despectivas. Vi que Dani tenía un ojo morado y bastante hinchado. Seguramente el cabrón de su padre le había dado otra paliza. Él apenas habló conmigo, estaba concentrado en limpiar. Hicimos un descanso a la hora de comer, y por la tarde regresamos solos.

—¿Qué te pasó en el ojo? —le pregunté a Dani.

—Nada —respondió, mirando al suelo.

—¿Fue tu padre?

—Sí.

—Es un cabronazo.

—Estoy hasta los güevos. Me voy a marchar de aquí.

—¿Adónde?, ¿cuándo?

—Cuanto antes. Me voy a trabajar a Oviedo, al bar de mi tío. Ya me dijo que si quería, podía ir. Me da el alojamiento, la manutención y un pequeño sueldo al mes para mis gastos.

—No está mal —dije, intentando no aparentar disconforme—. ¿Y el instituto?

—Baah, lo dejo. Estoy hasta los *güevos* de él.

—¿Hay algo de lo que no estés hasta los *güevos*? —pregunté.

Me sonrió y puso su brazo sobre mi hombro.

—De momento, de ti.

La vida trataba de enseñarme que por mal que fuesen las cosas, siempre podían ir a peor. Nada me habría gustado menos que perder a mi mejor amigo. Qué iba a hacer yo el resto del año, aparte de aburrirme en clase como una ostra y de pasarme horas con Gordi hojeando viejas revistas pornográficas. Ya no tendría a Sonia para evadirme del mundo real, ni a Paula para que me enseñase su voluptuoso cuerpo. Los buenos se iban, pero los malos se quedaban, porque Willy y Roge seguirían al acecho.

Ojalá todos recibiésemos, al igual que Scrooge, una visita de los fantasmas de las Navidades, que nos mostrasen toda nuestra vida en una sola noche, para que pudiésemos ver las consecuencias de nuestros actos. Si bien, al contrario que Scrooge, no creo que cambiásemos repentinamente; al menos, reflexionaríamos. Y de eso, de reflexión, está necesitado este mundo.

## CAPÍTULO 17

### MALDITOS

Salí de casa más temprano de lo habitual para ir a clase de Paula. El día estaba nublado, pero no llovía. Los rayos del sol a duras penas conseguían atravesar las nubes, y la temperatura era agradable; todo parecía perfecto. Vi que en las escaleras había un montón de hormigas voladoras. Mi abuelo decía que cuando las hormigas voladoras salían de sus escondites, o de ahí dónde viviesen trescientos sesenta y cuatro días al año, el tiempo iba a cambiar. Y cambiaba..., cierto: al cabo de dos o tres semanas empezaba a llover. Siempre me fascinó cómo esas pequeñas criaturas descerebradas podían prever el tiempo con tanta antelación. Otro misterio más.

Cuando llegué a casa de Paula, me llevé la desagradable sorpresa de que ella no estaba. Su madre me dijo que no tenía ni idea de a dónde había ido, aunque yo sí me lo imaginaba. Seguramente estaría en la furgoneta, dándose un buen revolcón con un melenudo que se hacía llamar Harley y que, según mi hermano, se había *quedao pillao* en los sesenta. ¡La muy zorra! ¿Cómo se atrevía a sacrificar la educación de un joven prometedor, por un rato de sexo? ¿Quién se creía que era? A mi madre esto no le iba a gustar nada.

Decidí tomarme el resto del día libre. Al fin y al cabo, era sábado, día anterior al domingo asignado por Dios para el descanso. El castigo de mis padres había quedado en nada, tal como me imaginaba. Yo seguía haciendo lo que me daba la gana y no preguntaba a nadie. Así que, salí a buscar a Sonia: seguro que ella no me dejaría tirado como si fuese un don nadie. Fui a la escuela antigua y me senté en las escaleras a esperarla. Y apareció; sin embargo, lo que vi no me gustó nada. Dani y ella venían juntos, muy juntos, casi tocándose y a paso tortuga, como paseaban los amantes por los parques. Por si eso no era poco, además, venían riéndose y bromeando el uno con el otro. Y todo eso delante de mis narices. No pude soportarlo más, y me puse a dar patadas a la escalera para liberar tensión. Mi chica con mi mejor amigo. El sueño de una vida plena y feliz al lado de Sonia, viajando por el mundo en una vieja furgoneta, se iba disipando poco a poco. Decidí ignorarlos a los dos.

—¿Qué tal, Mati? —preguntó ella, alegre, como si ignorase por completo el daño que me estaba haciendo.

—Bien —respondí, con enfado, sin levantar la vista del suelo.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Estás bien? —volvió a preguntar, en un tono más serio.

—Sííí... —respondí, con indignación.

Se acercó a mi lado y me miró fijamente, mientras yo seguía dándole patadas a

las escaleras.

—¿Estás celoso? —me preguntó, en un tono más bajo, casi susurrándome.

—¿Celoso?, ¿qué dices?

—Si es así, no tienes motivo para estarlo.

Me dio un beso en la mejilla y volvió con Dani. El beso y sus palabras me tranquilizaron algo. Al menos, ya no sentía un nudo en el estómago. Puede que tuviese razón y no hubiese motivos para estar celoso; puede que mi exceso de imaginación me estuviese jugando otra mala pasada; puede que sí, o puede que no.

Poco después llegó Natalia, Ana y Pablo, que todavía llevaba el patuco de colgante. No dejaba de decir que le traía suerte, y yo no dejaba de pensar que cambiaría de opinión el día que Roge se cruzase en su camino. No sabíamos muy bien qué hacer, pero había varias propuestas: sesión con la ouija en el bosque, baño en el río o una partida a las cartas. Como no nos poníamos de acuerdo, hicimos una votación. Yo voté a favor del río, porque la idea de quedarme otra vez a solas con Sonia allí y olvidar mi primer ataque de celos, era demasiado tentadora. Por suerte, ella votó lo mismo, lo que me daba a entender que suspiraba por volver a besarme. Además, Dani no era su tipo; no, definitivamente no. Si hubiese querido liarse con Dani, lo habría hecho desde un principio; no habría perdido el tiempo conmigo, al menos que... que la hubiese decepcionado. Los últimos acontecimientos no me habían mostrado precisamente como un héroe de leyenda; más bien, lo contrario. Entre la cagada del cementerio, la tontería que le había dicho a Willy y la voladura de la mierda de vaca, bien podía pensar que yo era un gilipollas, y no lo era. Simplemente, sucedía que los poderes del universo se habían rebelado en mi contra. Dejé de pensar en eso, porque se me estaba volviendo a formar un nudo en el estómago.

De todas formas, tampoco nos pusimos de acuerdo, porque Sonia, Natalia y yo votamos por el río, y Pablo, Dani y Ana, por la ouija. Gordi, que aún no había aparecido, iba a tener el privilegio de decidir. Yo creía que teníamos bastantes posibilidades de acabar en el río, porque el ver a tías en bañador era una oferta demasiado tentadora para un tío cuya guía espiritual era un catálogo de moda íntima. Sin embargo, volvió a suceder algo que trastocó todos nuestros planes. Algo que, por desgracia, se estaba convirtiendo en habitual en San Martín. Era mediodía de aquel sábado de agosto del 89, cuando Gordi llegó a la escuela antigua bastante sofocado y con ganas de contarnos un suceso.

—¡Tíos, Mari ca-cabeza escaleras! ¡Tíos, el bebé está en las escaleras!

—¿Qué bebé? —preguntamos.

—¡El bebé de Mari, tíos, lo soltó en las escaleras muerto!

Tardamos cinco minutos en entender lo que nos quería decir. Mari, la hermana de Cristina, que estaba embarazada de siete meses, se había caído por las escaleras de su casa y había abortado allí mismo. Salimos corriendo para allá. Yo me monté en la bicicleta con Pablo y llegamos rápidamente. A Mari la estaban metiendo en una

ambulancia. Según los allí presentes, su estado era grave pero no corría peligro. Cuando llegó Gordi, no dejaba de apuntar a un trozo de plástico negro mientras balbuceaba:

—¡El bebé, tíos, está ahí!

Mari se había caído por la escalera exterior de su casa. Al fondo de ella, se veían manchas de sangre y un pequeño bulto cubierto por un plástico que, según Gordi, era el bebé. Nosotros estábamos observando desde unos diez metros de distancia. La Guardia Civil no nos dejaba acercarnos más. Llegó un médico y certificó que el feto estaba muerto. Posteriormente, entró en la casa para atender a la madre de Mari, que se había desmayado.

—Esta familia está maldita —dijo Dani.

Si los rumores que circulaban por el pueblo eran ciertos, aquella criatura tirada al pie de las escaleras era hijo de Roge. Me pregunté qué pensaría él. No estaba allí; probablemente hubiese dado la espantada al ver a los picoletos. Dos viejos conocidos, el sargento Gracia y el guardia Bayón, eran los encargados de poner orden. Hubo un momento en el que ambos se metieron en la casa y dejaron al feto solo. Dani se moría por verlo de cerca y no quiso desaprovechar la oportunidad. Intentó convencerme de que le acompañase, pero yo no tenía estómago para presenciar aquella carnicería. Él, por lo visto, sí lo tenía. Fue donde estaba el feto, levantó el plástico y se quedó mirándolo durante casi un minuto, hasta que el sargento Gracia lo vio y salió corriendo detrás de él.

—¡Eh, chaval! —dijo el Sargento—. ¿Tú estás bien de la cabeza o qué coño te pasa?

Nosotros empezamos a interesarnos en lo que había visto.

—¿Se parece a Roge? —preguntó Gordi.

—¿Tú eres imbécil? Sólo es un bebé a medio formar, no se parece a nada.

—¿Qué es, niño o niña? —pregunté.

—No sé, tío, no me fijé en eso. Pero yo creo que es subnormal; tiene la cara deformada como los subnormales.

—Entonces debe de ser hijo de Roge —afirmé.

Aquello era un espectáculo morboso. El pueblo entero estaba al lado de la casa de Mari intentando satisfacer su curiosidad; el sargento Gracia, con su chulería característica, trataba de echarnos a todos de allí; el Cura, que no era menos que nadie, quería ser el protagonista de aquel embrollo. Después de las últimas muertes, no dejaba de decir en los sermones que esas tragedias eran debidas a que la gente ya no guardaba los mandamientos. La familia de Juan hacía años que no pisaba la iglesia y, según él, el Todopoderoso les estaba pasando factura. Fue uno por uno diciéndoles a los allí presentes que esa misma tarde había confesiones, y la asistencia era muy recomendable, si no querían terminar cayendo por las escaleras. Mi abuela fue la única en mi familia que se lo tomó en serio y, después de comer, salió disparada para la iglesia. Me invitó a ir con ella, pero yo le dejé bien claro que el menda no iba a

confesarse, aunque corriese el riesgo de bajar las escaleras de forma poco ortodoxa.

Ya estaba oscureciendo cuando volví a casa. Me encontré con mi abuela, que estaba sentada en un banco, pensando en sabe Dios qué.

—¿Qué tal la confesión? —pregunté.

—No dejo de pensar en esa familia y en la desgracia que les cayó encima. Es como si estuviesen pagando por todo lo malo que hicieron en el pasado —dijo ella, respondiendo lo que le daba la gana, como de costumbre.

Empezó a contarme una historia que había ocurrido hace muchos años en San Martín y que ya había oído más veces.

—Cuando yo era joven —comenzó diciendo—, venía por el pueblo un tratante de ganado...

—Y se lo cargó el abuelo de Juan. Ya lo sé, Buela, ya me lo contaste mil veces.

No pareció escuchar una sola palabra de lo que dije. Siguió impassible contando su historia:

—Resulta, que venía mucho por el pueblo, porque en Casa Juan le habían comprado un par de vacas y no se las pagaron; algo habitual en esa familia. Resulta, que un día él fue de noche a pedirles el dinero de las vacas. Parece ser que se pusieron a discutir y, entonces, el abuelo de Juan, que también se llamaba Juan, y que estaba todo el día con una botella de vino en la mano... El caso, es que no tenía dinero para pagarle las vacas, pero para vino sí...

—Al grano, Buela.

—Resulta, que Juan, que debía estar borracho, fue a la cocina y cogió el cuchillo más grande que había y...

—Y le rajó la barriga hasta que las tripas le salían colgando —dije yo, dándole la típica pincelada de dramatismo que solía darle mi abuelo a sus historias. De momento, nadie salía volando.

—Lo acuchilló a la puerta de casa, pero no murió al instante. Vino moribundo pidiendo ayuda. Yo estaba en la cocina y oímos a alguien dar voces fuera. Entonces, mi madre salió a mirar y era él, que se estaba desangrando. «¡Misericordia, misericordia!», decía él, y aquí mismo murió.

«¿Misericordia? ¿De qué me suena a mí esa palabra? —pensé—. No, no es posible».

—¿Cómo se llamaba? —pregunté, con voz temblorosa.

Algo en mi interior me decía lo que iba a escuchar. No sé si era intuición, premonición o qué coño era.

—Mario, creo que se llamaba.

De todos los nombres, dijo el único que no quería oír y que sabía que iba a oír. ¡Joder, joder y joder! Mi vida iba de mal en peor, y el profundo abismo que se abría bajo mis pies no parecía tener fondo. Aquella misma mañana, justo después de

comer, había pegado una buena cagada. De no haber sido así, estaba seguro de que la habría soltado en aquel preciso momento.

—¿Estás bien? —preguntó mi abuela—. Parece que viste un fantasma.

—No me hables de fantasmas —dije, mientras intentaba asimilar lo que estaba sucediendo—. ¿Y en Casa José, le debían dinero también?

—No lo sé, pero es posible; eran de la misma calaña.

Dios santo, aquello confirmaba mis sospechas: Mario había vuelto en forma de espíritu a impartir justicia. El pensar en ello, hacía que se me pusiesen todos los pelos de punta. Tuve que tragar saliva para preguntarle a mi abuela lo siguiente:

—¿Y nosotros, Buena? ¿Tus pa-padres le debían dinero?

—Dios los librara. En esta familia nunca se debió dinero a nadie.

¡Qué alivio! La honradez de mis antepasados me iba a librar de una muerte segura. Salí corriendo a buscar a Dani y dejé sola a mi abuela, que seguía contando la historia de la santidad de nuestra familia. Por el camino, no dejé de pensar en que quizá el Cura tuviese razón; puede que nuestro destino fuese el Infierno. Llegué a casa de Dani en un santiamén.

—¡Dani, Dani, baja, rápido! —grité—. ¡Dani, baja, joder!

—¿Qué pasa? ¿A qué vienen esas voces? —dijo, mientras bajaba las escaleras.

—¡Mario, tío, se está cargando el pueblo!

—¿Qué Mario?

—¡Mario, joder, el espíritu! Fue él el que se cargó a Cristina y al bebé y a Juan y a José también, porque lo mataron y le debían dinero.

—¿Estás bien? ¿Qué te fumaste? No me lo digas: por fin probaste la marihuana de Josi y ahora estás flipando.

—¡No estoy flipando, joder!

Le conté la misma historia que me había contado mi abuela, y luego él fue a su casa a preguntarles a sus padres si sabían algo de aquel tratante de ganado que se llamaba Mario, y que había vuelto desde el más allá para cobrar sus deudas. Pero esta vez no las cobraba en dinero, sino en sangre: la sangre inocente de los descendientes de aquellos que lo mataron. Cuando volvió a salir Dani, su cara había cambiado, ya no bromeaba.

—Esto es muy fuerte, tío —dijo.

Sus padres confirmaron lo que mi abuela había contado. Fuimos a casa de Pablo a hablar con el experto en espíritus; él nos había metido en ese lío. Un terrible sentimiento de culpabilidad se iba apoderando de mí. Nosotros no éramos asesinos; sin embargo, pensé que, en cierta forma, sí éramos responsables de lo que estaba sucediendo. Esa maldita tabla de ouija y las sesiones espiritistas habían despertado a Mario, y ahora él había emprendido su venganza personal. Todo coincidía: las muertes en el pueblo habían ocurrido justo después de que hubiésemos contactado con él a través de la ouija, y eso era demasiada casualidad para ser una coincidencia. Porque, de no ser así, se habría vengado antes. ¿Por qué, si no, esperó tanto tiempo

para empezar a matar? La cabeza me daba vueltas y todo indicaba que nosotros estábamos en el ojo del huracán. Habíamos encendido la mecha y ahora había que apagarla, antes de que Mario siguiese con la escabechina.

Allí, hablando con Pablo, comenzaron a temblarme las piernas. El supuesto experto en espíritus y temas paranormales casi se me encima cuando se lo dijimos. Tras unas breves deliberaciones, decidimos no contárselo a nadie que no estuviese metido en el ajo; nadie más debía enterarse. Creímos que lo mejor era esperar y, ya en frío, buscar una solución. Quedamos para el día siguiente a las diez de la mañana en el claro del bosque. Asistencia obligatoria para los idiotas que habían osado explorar el más allá.

Volví a casa y seguí interrogando a Buela acerca de Mario. Aún me quedaba por escuchar la segunda parte de la historia:

El padre de mi abuela había ensillado el caballo, y se disponía a emprender la marcha de diez kilómetros en medio de la noche para avisar a la Guardia Civil. En aquella época, el automóvil y el teléfono todavía estaban por descubrir en San Martín. A la salida del pueblo, mi bisabuelo se encontró a Juan en mitad del camino, impidiéndole el paso. «¿Adónde vas?», había preguntado Juan. «Voy a avisar a la Guardia Civil, hay un hombre muerto en mi casa», había dicho mi bisabuelo, que ya sospechaba que Juan era el asesino. «Si vas, puede que cuando vuelvas tu casa esté ardiendo», había respondido Juan. Mi bisabuelo no quiso correr el riesgo, así que regresó a casa y se encerró con un hacha. Juan volvió a por el cadáver y se lo llevó. Y así, en aquel clima de miedo, transcurrieron tres días, hasta que apareció una pareja de guardias civiles interrogando a la gente del pueblo. Mario tenía familia y, lógicamente, lo estaban buscando. Mi bisabuelo se lo contó todo a ellos. A Juan lo detuvieron y lo condenaron por homicidio. Cuando salió de la cárcel, muchos años después, mi bisabuelo ya había muerto. Juan lo siguió al poco tiempo. Sin embargo, lo más raro de todo fue que nunca encontraron el cadáver de Mario. Corrían rumores de que lo habían enterrado en el bosque próximo a su casa, el mismo bosque donde hacíamos nuestras sesiones de espiritismo con la ouija. Cuando mi abuela llegó a esa parte de la historia, a mí me entró el tembleque otra vez. Pensé que si ese rumor era cierto, y había muchas posibilidades de que lo fuese, lo más probable es que Mario estuviese enterrado justo en el claro donde nos reuníamos. Era el lugar perfecto, pues era el más escondido y alejado de los caminos que rodeaban el bosque.

Me fui a la cama sin poder quitarme de la cabeza aquella maldita historia, y cuando por fin lo conseguí y me quedé dormido, tuve una horrible pesadilla:

«Era de noche y yo estaba asomado a la ventana de mi habitación sin poder moverme. Giré la cabeza y vi al fantasma de Cristina abrir la puerta (lo de los fantasmas atravesando puertas y muros sólo pasaba en las películas). Entró y se fue acercando poco a poco a mí, que seguía completamente paralizado al borde de la ventana (un lugar muy malo para paralizarse en una pesadilla). Yo hacía todo lo posible por alejarme de allí, pero no lo conseguía. Las órdenes que daba mi cerebro

no las ejecutaban mis músculos.

»—¿Te acuerdas de aquel día que me tiraste piedras? —dijo ella.

»“Buena memoria para ser un fantasma”, pensé.

»—Yo no quería —dije, llorando—. Dani me obligó, te lo juro.

»Si hay algo cierto en las pesadillas, es que no se tienen amigos.

»—¿Te acuerdas de aquel día que me llamaste puta? —dijo el fantasma de Cristina, cada vez más cerca de mí.

»—Aquello sólo fue una broma, créeme —supliqué, con medio cuerpo fuera de la ventana—. Yo le llamaba puta a todas las tías que me gustaban para que se fijasen en mí, te lo juro. Sólo quería ser tu amigo.

»Mis músculos estaban paralizados, sin embargo, nunca tuve la mente tan lúcida para mentir.

»—Vamos, Cris, eso ya está olvidado, ¿verdad? —continué diciendo—. No vamos a enfadarnos por una tontería como esa.

»—¿Te acuerdas de aquel día (joder con lo de acordarse de aquel día) que me atropellaste el perro con la moto?

»Espera un momento, ése no había sido yo, sino Roge. Estaba completamente seguro. Yo nunca había tenido una moto. Aquel maldito fantasma o me estaba tomando el pelo, o intentaba hacerme pagar los platos rotos del imbécil de Roge.

»—Ése no fui yo, fue Roge. ¿No te acuerdas? —supliqué.

»—Pues ahora vas a pagar por ello.

»—¡Que fue Roge, joder! ¡Fue Roge...!

»El fantasma de Cristina no estaba dispuesto a razonar y, mucho menos, a admitir que se había equivocado. Me dio un empujón y caí por la ventana. Sólo era un segundo piso, pero no terminaba de estrellarme. Caía, caía y caía, y mientras caía, gritaba:

»—¡Fue Roge, joder, fue el gilipollas de Rogeee...!».

Me desperté sobresaltado, por fin. La pesadilla se iba desvaneciendo poco a poco en la noche, en cambio, otra iba tomando forma; otra, en la que mis músculos se movían perfectamente y de la cual no conseguía despertarme.

## CAPÍTULO 18

### UN ENTIERRO Y UN JURAMENTO

Cuando llegamos los siete espiritistas del Apocalipsis al claro del bosque, Dani empezó con la locución:

—Bien, voy a ir al grano: el espíritu con el que contactamos, Mario, es el que está matando a la gente del pueblo y haciendo que se suiciden y se caigan por las escaleras.

Al principio no se lo creyeron, pero cuando les contamos la historia del asesinato de Mario, que ya había sido corroborada por varias personas, empezaron a preocuparse. Natalia se puso pálida como un fantasma. Sonia y Ana no dejaban de hacer preguntas. Gordi ni se inmutaba, seguía con sus habituales muecas.

—¡Hostia, Mati! —dijo él—. ¡Y tú eres el médium!

¿Qué quería decir con eso? ¿Qué era exactamente lo que quería decir? ¿Que era yo el responsable de todo lo que estaba pasando? ¿Que había sido yo el que con mis poderes extrasensoriales había despertado al espíritu de Mario de un letargo? ¿Que todo era culpa mía? Me estaba poniendo enfermo.

—¡Y tú eres un gilipollas! —respondí, con indignación.

Dani nos instó a mantener la calma.

—En los momentos difíciles es cuando se demuestra si eres un hombre de verdad —dijo.

No me preocupé mucho por eso. Después de los últimos acontecimientos, poco me quedaba por demostrar.

—Y el suicidio de José, ¿creéis que fue él? —preguntó Sonia.

—Apostaría el cuello a que sí —dijo Pablo—. Según mi abuelo, los abuelos de José también le debían dinero a Mario.

—¡Qué fuerte!

—Eh, Gordi, creo que tu abuelo le debía dinero también —dijo Dani, en broma.

—¡Mentiroso! —respondió él—. Aquí el único que debe dinero es tu padre, que es un borracho de mierda.

Sin mediar palabra, Dani se levantó y lo tumbó de un puñetazo en la cara. Fue todo tan rápido, que Gordi ni lo vio venir. Se puso a lloriquear y a insultar a Dani, que se quedó mirando al suelo, bastante enfadado.

—Vamos, tíos, ¿nos estamos volviendo locos o qué nos pasa? —dijo Pablo—. ¿No os dais cuenta?, eso es lo que quiere Mario, quiere volvernó locos.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

—Porque eso es lo que hacen los espíritus. Ellos no tienen un cuerpo material; así que, no pueden darnos una hostia o abrirnos la cabeza con un hacha, pero pueden

volvernos locos para que cometamos locuras.

—Ya me siento mejor —añadí.

—Entonces, ¿no crees que empujó a Mari por las escaleras? —preguntó Sonia.

—¿No me estáis escuchando? No puede hacerlo. Seguramente la volvería tarumba, como volvió tarumba a Juan cuando se le cayeron los tablones encima. Por eso es tan importante que mantengamos la calma y no hagamos estupideces, ¿me habéis oído? —dijo, señalando a Dani y a Gordi. No parecieron inmutarse: Gordi seguía lloriqueando y Dani mirando al suelo—. Propongo que hagamos una última sesión con la ouija y le preguntemos qué es lo que quiere.

—¿Tú estás loco? —respondí.

La sola idea de volver a contactar con Mario, hizo que Natalia no aguantase más y saliese disparada entre los árboles. Gordi se marchó también. Nadie, excepto Pablo, estaba dispuesto a hacer otra sesión con la ouija. Por amplia mayoría, decidimos que lo mejor era enterrar la tabla y olvidarnos de todo, con la esperanza de que Mario dejase de manifestarse y de volver a la gente tarumba. Si le habíamos abierto la puerta del mundo de los vivos con la tabla de ouija, quizá pudiésemos cerrársela si la enterrásemos a un metro bajo tierra. Aquella misma tarde pondríamos fin a la escabechina. Con un poco de suerte, nadie se enteraría de lo ocurrido.

Dani seguía allí sentado sin decir una sola palabra. Lo conocía bastante bien y sabía que estaba arrepentido. Era un tipo duro, pero no era una mala persona, como Willy o Roge, que disfrutaban haciendo daño a la gente. Y Gordi, por más bocazas que fuese, seguía siendo su amigo. Durante el curso escolar, los fines de semana solíamos juntarnos los tres y nos lo pasábamos bien. En los días lluviosos íbamos a la escuela antigua a jugar a las cartas y a contar chistes malos, o a hablar sobre movidas del instituto; como, por ejemplo, qué tía de nuestra clase estaba más buena, quién era la más zorra, y cosas por el estilo. En mi clase la más cachonda era Clarisa. Se sentaba al fondo y generalmente vestía minifalda y medias negras. A pesar de su mala fama, ella era la chica que más me gustaba de la clase. Siempre he sentido una especial predilección por aquellas ovejas descarriadas que les costaba bastante seguir al rebaño. Historias como la de Clarisa y otras muchas, se contaban los fines de semana en la escuela antigua. Los días que hacía buen tiempo, acostubrábamos a dar paseos en bici o a disparar a latas con la escopeta de perdigones. Sí, nos lo pasábamos bien juntos, aunque, a veces, tuviésemos muestras diferencias. Y a Dani, por más que odiase a su padre, no le gustaba que le dijese en su cara que era un borracho de mierda.

—Vamos, Dani, ya verás cómo se le pasa pronto —le dije.

Hasta ahora, siempre había sido así.

A las ocho de la tarde nos reunimos otra vez en el claro del bosque. Dani se puso a cavar un agujero en el suelo con una pala, y Pablo intentaba hacerse a la idea de que

no volvería a ver su querida ouija. Faltaba Gordi, al que no se le había pasado el cabreo. La hostia había sido de las que marcan un antes y un después. Yo tuve que encerrar a Samuel en el garaje porque se había empeñado en seguirme. En las situaciones críticas uno no puede andarse con tonterías. Con un poco de suerte, alguien le oiría y le sacaría de allí. Las chicas observaban a Dani cavar sin hablar mucho. Cuando el hoyo alcanzó una profundidad de medio metro, distancia que consideramos suficiente para evitar que el malvado espíritu se manifestase otra vez, Pablo depositó la tabla de ouija en el fondo con mucho cuidado, como si tuviese miedo de hacerle daño. Dani, el maestro de ceremonias en aquella ocasión, comenzó a echarle tierra encima, con la esperanza de que el espíritu de Mario quedase enterrado para siempre. Lo pasado, pasado estaba; no podíamos hacer nada para cambiarlo, pero podíamos evitar que siguiese la venganza. Cuando terminó de echar toda la tierra, la aplastó con la pala. Después cubrimos el terreno con hojas secas, para evitar que alguien husmease por allí y volviese a desenterrarla.

—¿Ya está? —preguntó Ana.

—Y qué más quieres, ¿rezar un padrenuestro? —respondió Dani.

—Bien —dijo Pablo—, lo importante ahora es que no hablemos de esto con nadie, ¿entendido?

Decidimos hacer un juramento para asegurarnos de que nadie hablase más de la cuenta. Nos pusimos en círculo alrededor de la tumba y nos cogimos de la mano. Pablo nos iba preguntando uno por uno: «¿Juras por tu propia vida que no dirás absolutamente nada de esto y que no desenterrarás la ouija?», y nosotros respondíamos: «Sí, lo juro». He de reconocer que, una vez terminado el juramento, empecé a sentirme mejor. La pesadilla había terminado. Mi relación con Sonia se había enfriado últimamente, muy a mi pesar, por culpa de mis continuas estupideces. Puede que cuando las aguas volviesen a su cauce y nos olvidásemos de Mario, pudiésemos pasar otra tarde a solas en el río.

Al día siguiente desperté contento. Aquél iba a ser el primer día del resto de mi vida. No había olvidado a Mario, ni a Willy, ni a Pepa cubierta de mierda de vaca; sin embargo, una sensación de optimismo se apoderó de mí. Aunque oficialmente seguía castigado, mi madre no puso muchas objeciones cuando me vio salir de casa aquella mañana. Me reuní con Dani y Pablo en la escuela antigua para estudiar la situación post-apocalíptica. A pesar de que hubiésemos enterrado la ouija y de que Mario no volviese a manifestarse, había algo que nos preocupaba, y era que alguno de nosotros se fuese de la lengua. Entonces puede que tuviésemos problemas. No con la autoridad, desde luego: nadie podría responsabilizarnos directamente de las muertes ocurridas en el pueblo. Pero ¿qué opinarían los familiares de las víctimas?, ¿y nuestros padres y vecinos? Nos ganaríamos la fama de brujos y nos odiarían todos. Además, el Cura probablemente nos excomulgase por haber hecho prácticas

satánicas, y a mí el primero. En fin, sería como llevar escrito en la frente «persona non grata» por el resto de nuestras vidas. Por eso era tan importante mantener la boca cerrada. Sospechábamos que Gordi y Natalia podrían hablar más de la cuenta. Gordi, porque era un bocazas incapaz de guardar un secreto; y Natalia, porque era una chica miedosa que, al mínimo problema que tenía, se lo contaba a sus padres. No descartábamos que un día de éstos alguno de los dos lo soltase todo y, entonces, la cagásemos. Quizá todavía estuviésemos a tiempo de evitar lo inevitable.

Dani, Pablo y yo fuimos a hablar con ellos y a poner los puntos sobre las íes. Encontramos a Natalia primero. Le dijimos lo peor que podría ocurrirnos si la gente se enterase de lo que habíamos hecho: los familiares de las víctimas nos apedrearían, e incluso no descartábamos que Cristina, o Juan, o José, volviesen a este mundo en forma de espíritu para vengarse de nosotros, como había hecho Mario. Aquello hizo que Natalia se pusiese algo pálida. Para concluir la actuación, le dejamos bien claro que si los espíritus no acababan con nosotros, del reformatorio no nos libraría ni Dios.

—Mira, Natalia —dijo Dani—, todavía somos menores de edad, y aunque no nos manden a la cárcel, nos mandarán al reformatorio, que es mucho peor.

—Pero...

—Un amigo mío me contó que a un primo suyo lo llevaron al reformatorio y, mientras dormía, otro chico le sacó los ojos con un tenedor —dijo Pablo.

—Pero yo no voy a decir nada, os lo juro —suplicó ella, preocupada.

Terminada la instrucción, la acompañamos hasta su casa. Según Dani, habíamos hecho un trabajo formidable.

—Ésta no canta aunque le metamos un mechero por el culo —dijo él.

—Querrás decir, prenderle fuego en el culo —le corregí.

—Bueno, qué más da. La cuestión es que no canta.

Pero yo no lo tenía tan claro. Si ya estaba asustada, nosotros la habíamos asustado aún más; le habíamos puesto la guinda al pastel. Ahora todo era posible, incluso que se volviese majareta a causa de las muchas pesadillas que iba a tener aquella noche.

Con Gordi teníamos previsto utilizar un método de persuasión diferente. Hablarle a él de espíritus y de reformatorios era perder el tiempo. En cambio, había un lenguaje que entendía a las mil maravillas. Le aseguraríamos que si los familiares de las víctimas se enterasen de lo que habíamos hecho, se vengarían de nosotros. No faltarían expresiones del tipo: «te partirán la cara, te romperán la cabeza, o te harán un nudo en las pelotas y tendrán que arrancártelas para deshacerlo». Frases que el cerebro de Gordi, por más a trompicones que funcionase, entendería al instante. Como todavía estaba enfadado con Dani, fuimos Pablo y yo solos a hablar con él.

—¿Viste la hostia que te dio Dani? —le dijo Pablo.

—¿Y te acuerdas del puñetazo que te dio Roge el año pasado en la barriga, que apenas podías respirar y creías que no lo contabas? —dije.

—Bueno —prosiguió Pablo—, pues eso no es nada comparado con lo que te va a

pasar si te vas de la lengua.

—Yo no voy a decir nada, tíos, no soy ningún chivato —dijo Gordi, indignado.

—No digo que lo seas. Sólo queremos asegurarnos de que mantienes la boca cerrada —dijo Pablo, mientras le ponía el brazo en el hombro en señal de camaradería.

—Todos vamos en el mismo barco, Gordi. No hagas las cosas más difíciles —dije.

—Sí, tío, todos vamos en el mismo barco —añadió Pablo—. Tenemos que llevar los ojos bien abiertos para no chocar contra las rocas e irnos a tomar por culo.

—¡Que sí, tíos, que no soy un imbécil! —dijo Gordi.

—¿Quién dijo que eras un imbécil? —respondí, haciendo una actuación digna de un óscar.

Se lo dejamos bien claro, aunque, sabiendo lo inestable que era Gordi, todo era posible también.

## CAPÍTULO 19

### UN DÍA GLORIOSO

Después de comer, me reuní con Dani y Pablo en la plaza. Compramos un polo cada uno en el Bar Ámbar, y nos sentamos afuera a chuparlo poco a poco, intentando que durase lo máximo posible. Un grupo de enanos, que era como llamábamos a los que todavía no iban al instituto, daban vueltas en bicicleta uno detrás del otro. Nos reíamos de ellos y de sus tontas maneras de divertirse, ignorando que, no mucho tiempo atrás, nosotros hacíamos lo mismo. Pero ahora ya éramos tíos de instituto, y ellos no eran dignos ni de mirarnos a la cara. En una esquina de la plaza estaba la tienda de Pepa. La habíamos dejado bien limpia, pero todavía teníamos que pintarla. Aún estaba por decidir quién debía comprar la pintura.

—Tío, ¿te acuerdas cuando Pepa salió por esa puerta llena de mierda? —dijo Dani, sin dejar de mirar a la tienda.

—¿Que si me acuerdo? —dije, riéndome—. Cada vez que pienso en ello, me parto el culo.

—¿Y os partís el culo cada vez que pensáis en la hostia que os dieron vuestros padres? —dijo Pablo.

—Somos tipos duros —respondió Dani.

—Y los tenemos bien puestos —añadí.

Poco después llegó Sonia y Ana, que se habían hecho bastante amigas. A Natalia probablemente no se le hubiese pasado el susto que le habíamos metido en el cuerpo. Debía de estar demasiado preocupada, pensando en reformatorios y en espíritus asesinos. No me sentía culpable: la vida era dura, que me lo dijeren a mí.

—Tíos, ¿sabéis lo que pasó? —dijo Ana.

—No somos adivinos, suéltalo de una vez —dijo Dani.

—José Ángel, el marido de Pepa, se cayó esta mañana por las escaleras y se rompió una pierna.

Nos miramos unos a otros sin decir nada, aunque no era necesario, todos pensábamos lo mismo: «Ese cabrón de Mario ha vuelto a hacer de las suyas». Mandamos a Pablo rápidamente a que fuese a preguntarle a su abuelo, si algún antepasado de José Ángel estaba por casualidad en la lista de morosos de Mario.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —preguntó Sonia, preocupada.

—No te preocupes, a lo mejor no fue Mario —respondí, lanzándole una mirada tranquilizadora tipo Humphrey Bogart.

Me miró a los ojos y, aunque seguía algo inquieta, pude ver que había percibido el mensaje subliminal que le había enviado y que decía: «No te preocupes, nena, que yo estoy aquí para protegerte». Tuvo que captarlo, porque acto seguido se sentó a mi

lado, rozándome, piel con piel. Ella me estaba mandando otro mensaje subliminal a través del tacto que decía: «Soy toda tuya». O, al menos, eso era lo que yo había interpretado.

Llegó Pablo y nos dijo que su abuelo no tenía ni idea; que él supiese, no le debían nada.

—Pero... entonces es posible que le debiesen dinero —dijo Ana.

—Siempre hay una posibilidad —respondió él—, pero no creo. Vamos, tíos, la gente se cae por las escaleras todos los días, no hay nada de raro en ello. Seguro que no fue Mario.

—Tienes razón, la gente se cae por las escaleras porque son gilipollas, no miran por dónde van —dijo Dani, dándonos su particular opinión sobre por qué la gente se caía por las escaleras.

—Ya, pero ¿no creéis que en este pueblo se caen muchos por las escaleras? —preguntó Ana, que se había empeñado en hacer de abogado del diablo.

Eso nos dejó pensativos y nos miramos unos a otros, dando a entender que tenía razón.

—A lo mejor es que hay muchos gilipollas en este pueblo —dijo Pablo, finalmente, y nos echamos a reír.

—Sí, y tú el primero —dije.

—¡Que yo no soy de este maldito pueblo, tío, soy de Gijón!

—Ya, pero tus padres nacieron aquí, y la gilipollez es hereditaria —dijo Dani, uniéndose a mí para defender a San Martín.

A pesar de que Willy, Roge, Josi y el padre de Dani, no eran personas de las que uno se pudiese sentir orgulloso (por no hablar de los muertos, que eran aún peores), San Martín no dejaba de tener su encanto.

—Si tú lo dices, será cierto —respondió Pablo, dando por terminada la discusión.

—¿Y tú qué crees, Mati? ¿Crees que fue Mario? —me preguntó Sonia, que se había aferrado a mi brazo como a una balsa en mitad del océano. Y, sinceramente, aquella no era una sensación muy desagradable.

—Yo creo que no —respondí, intentando mirarla a los ojos. Sólo intentándolo.

Ella me devolvió una sonrisa encantadora, como si esa fuese la respuesta que deseaba oír. Traté de no pensar en los mensajes subliminales que pudiese encerrar aquella sonrisa, ya que estaba empezando a ruborizarme.

Las últimas noticias que teníamos de Mari, era que se recuperaba lentamente en el hospital; algo que nos tranquilizaba. El padre de Roge estaría contento, al saber que no iba a tener descendencia con tal familia. La dicha de unos era la desgracia de otros.

Pasaba la tarde y yo estaba de pie hablando con Sonia en la plaza, cuando noté que ella me miraba asustada. Primero fijó la vista detrás de mí y, después, me miró a los

ojos. Parecía que hubiese visto un fantasma.

—Mati... —dijo ella, casi susurrando.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Me di la vuelta para ver lo que ocurría y fue entonces cuando lo vi, otra vez. Era como una pesadilla de la que nunca conseguía despertarme. Venía hacia mí y no pude hacer otra cosa que contemplarlo.

—¿Qué pasa, mariquita, ¿no te alegras de verme? —dijo Willy.

Me estaba haciendo pis encima de la ilusión. Mis piernas comenzaron a temblar de tal manera, que más bien parecía una mala imitación de Elvis.

—¡Corre, Mati! —dijo Sonia.

Sin embargo, ya era demasiado tarde para eso, no había escapatoria. El enano de mierda, que, por supuesto, lo había acompañado, estaba cubriendo la retaguardia.

—¿Qué pasa, ¿no quieres que te coma la polla hoy? —dijo él, cuando estaba a tan sólo dos metros de mí.

—Pero si ya me diste una paliza por eso, ¿qué más quieres, darme otra? —le dije, con voz temblorosa.

Mis piernas ya estaban fuera de control.

—Pues... ahora que lo dices, no es mala idea.

Me cogió por el cuello con el brazo y puso mi cabeza al lado de su cintura. Desde aquel momento, lo único que vi fue el suelo. Sonia y Pablo le decían que me dejase en paz, pero Willy iba a lo suyo y no les hacía ni puñetero caso. Por desgracia, Dani se había ido a su casa.

—¿Qué, entonces ¿no me vas a decir que te coma la polla? ¿Eh? —dijo él.

Cada vez me apretaba más fuerte. Me arrastró hacia una zona donde había menos gente. Cuando levanté un poco la vista, pude ver que todos los que estaban en la plaza nos miraban, quietos, sin mover un solo músculo.

—¿No quieres que te coma la polla? ¿Qué dices?

Quise responder, pero de mi boca sólo salió un extraño gruñido: la clase de gruñido que sale cuando alguien te está apretando el cuello con todas sus fuerzas. Como no hablaba, decidió apretar un poco más, por si era la falta de disciplina lo que me hacía estar callado.

—Sólo vengo a recordarte la lección que te di el otro día para que no se te olvide.

Tenía que hacer un gran esfuerzo para respirar. No conseguía soltarme, a pesar de que no paraba de intentarlo. Entonces, escuché a alguien desafiarle:

—¡Déjalo!

¿Quién se atrevía a enfrentarse a Willy? Que yo supiese, sólo había una persona con la suficiente fuerza y pelotas como para hacerlo.

—¿No me has oído? ¡Déjalo en paz! —dijo Roge.

No me lo podía creer. Willy me soltó y yo me alejé un par de metros de él. El aire volvía a entrar en mis pulmones.

—Tú no te metas, esto no es asunto tuyo —dijo Willy.

—Sí lo es; éste es mi pueblo y aquí mando yo.

«Di que sí», grité para mis adentros.

—Eso no te lo crees ni tú —dijo Willy.

Roge no estaba dispuesto a perder el tiempo hablando, y se fue a por él. Lo más probable es que Willy pensase que Roge estaba en inferioridad, puesto que él tenía a su colega lapa. Con lo que no contaba, era con que su querido enano escudero se cagara por las patas abajo. Aquel mierdecilla que machacaba el puño contra su mano y se hacía el valiente a su lado, no sabía dónde esconderse. Empezaron a forcejear el uno con el otro durante unos segundos, hasta que a Roge se le acabó la paciencia y le estampó un rechazazo en la cara que lo mandó al suelo. Yo seguía contemplando de cerca el espectáculo sin acabar de creérmelo; no quería perder detalle. Willy se revolvió y se puso otra vez de pie, renqueante, pero cuando ya estaba erguido, el mismo puño que le había tumbado, le golpeó otra vez en la cara con más fuerza. Ése ni lo vio venir: cayó al suelo a plomo. «¡Dale, mata a ese hijoputa!», gritaba yo, sin que las palabras saliesen de mi boca, y se perdiesen en algún lugar de mi interior. Tras mucho esfuerzo, Willy consiguió ponerse a cuatro patas. Vi cómo un fino chorro de sangre le caía de su nariz, y, ¡oh, qué visión tan gloriosa era aquella! Nada podría hacerme más feliz en aquel instante. Yo sabía que cuando Roge empezaba una pelea, no paraba hasta que su contrario quedase tendido en el suelo. Willy, por lo visto, no lo sabía. Decían que Roge había mandado al hospital a alguno de los contrincantes con los que se había peleado. Jamás pensé que algún día pudiese alegrarme de su brutalidad; hay que ver la de vueltas que da la vida. Willy seguía a cuatro patas, sin fuerzas para más, pero Roge aún no había dicho la última palabra, todavía quedaba el acto final. Le pegó una patada en la cabeza con todas sus fuerzas, como si fuese un balón de fútbol. Un chorro de sangre le salió de la boca. Quedó tumbado sobre su espalda y apenas se movió más; lo único que hizo fue llevarse las manos a la cara y emitir sonidos de angustia. Roge se dio por contento y se marchó. Miré a mi alrededor en busca del enano, pero no vi ni rastro de él. Probablemente estuviese escondido detrás de alguna esquina. Sonia y Pablo lo habían presenciado todo, y se les habían unido Dani y Ana. Me acerqué a Willy para verlo mejor: sangraba por la boca como un cerdo. Me di cuenta de que le faltaba un diente, o quizá fuesen dos, ya que el agujero que tenía era muy grande. Y eso fue sólo lo que yo había visto, porque tal vez le faltasen más. Aquello era demasiado bonito. Tenía ganas de dar saltos de alegría.

Dejé a Willy en el suelo contando sus dientes rotos, y emprendí el dulce y victorioso camino de regreso a casa. Yo no era una persona que se deleitase en el sufrimiento de los demás, pero después de lo mucho que él me había amargado la vida, no pude evitar alegrarme. Aquella era una emoción algo perversa y, sin embargo, no intenté reprimirla. Qué diablos, había estado soñando un año entero con eso. No era capaz a entender muy bien por qué Roge había hecho eso por mí. Ignoraba si era porque quería devolverme el favor después de haberle ayudado en su

reclusión en la panera, o porque, simplemente, no quería que nadie invadiese su territorio y se creyese más chulo que él. Ni lo sabía ni me importaba. Lo cierto es que él me había ayudado como nadie antes, y eso no era poco. Ni mis padres, ni siquiera Dani, mi mejor amigo, habían realizado algo similar por mí. Pasara lo que pasara con Roge, sabía perfectamente que nunca más podría volver a odiarle.

Entré en casa y me encerré en mi habitación. Cogí la almohada y me lié a puñetazos con ella, imaginándome que era Willy. Aquello hizo sentirme aún mejor. Alguien abrió la puerta. Si hubiese sido mi madre, no sólo me habría mandado a un psicólogo, sino que habría hablado directamente con el psiquiátrico. Pero era Samuel. Salté de la cama, lo tiré al suelo y empecé a darle puñetazos en broma, como había hecho cientos de veces.

—¡Muérete, mamón, muérete! ¡Muérete, rata asquerosa!

## CAPÍTULO 20

### LA SONÁMBULA

Fue en una tranquila noche de mediados de agosto cuando ocurrió. La luna brillaba en el cielo y una suave brisa movía las hojas de los árboles. Era una noche que invitaba al paseo. Sobre las tres de la madrugada, María se levantó de la cama, salió de su habitación y bajó las escaleras que conducían a la planta baja de su casa. No se había levantado porque le hubiesen entrado ganas de mear o de comer o de hacer la colada. Ella seguía dormida: era sonámbula. Herminia, su madre, ya estaba acostumbrada a sus salidas nocturnas. A veces, ella se levantaba al oír crujir las escaleras y volvía a llevar a su hija a la cama. Otras veces, en cambio, no se enteraba de nada, y María andaba tranquilamente por la casa. En algunas ocasiones había salido fuera, pero nunca se había alejado mucho. Su madre, temerosa de que algún día pudiese tener un accidente, había inventado un mecanismo para avisarla cuando su hija salía de casa. Dicho artilugio era una simple campanilla en lo alto de la puerta de entrada. Pero no había funcionado, pues la primera vez que María abrió la puerta, le cayó la campanilla encima de la cabeza y casi se murió del susto. A partir de aquel día, José le había dejado bien claro a su mujer que nada de campanillas. Si la chica quería dar una caminata en plena noche, que la diese, no era delito. Sin embargo, a Herminia no le gustaba que su hija saliese de casa, y había puesto una nueva cerradura en la puerta. Todas las noches la cerraba y escondía la llave en un cajón de la cocina. María la había visto alguna vez esconderla, y aunque estuviese dormida, su subconsciente sabía dónde estaba la llave, y no tenía ningún problema en abrir la puerta. Y de esa forma, ella salió de casa aquel día. Pasó por delante del pajar, en el que no hacía mucho tiempo su padre había dado el gran salto, y siguió por el camino que llevaba a la carretera. Estaba descalza y vestía un camisón celeste que sólo se ponía en los veranos. Era muy buena estudiante: cursaba tercero de Derecho y había sacado unas notas excelentes. No sé por qué extraña razón, su madre siempre había relacionado su alto rendimiento académico con el sonambulismo. Su hermano David no era sonámbulo, y era un zopenco. José tampoco era sonámbulo, y no era mucho más listo que su hijo. Ella misma no era tonta, pero ni se aproximaba al nivel de su hija. Por más que los profesores y los médicos le decían que no tenía absolutamente nada que ver una cosa con la otra, ella no se lo creía, estaba segura de que era lo contrario. «Lo mejor que le puede pasar a una madre es tener un hijo sonámbulo: son unas lumbreras», le decía ella a las vecinas.

María llegó a la carretera y giró a la izquierda. Nunca antes había ido tan lejos en sus viajes *sonambulistas*; siempre había dado la vuelta antes, pero aquel día, por lo visto, el espíritu aventurero se había metido en su subconsciente. Tomó la dirección

que la alejaba del pueblo y la adentraba en el bosque. A pesar de estar dormida, no iba sin rumbo, pues caminaba pegada al borde izquierdo de la carretera, como le habían enseñado. Sin embargo, a aquellas horas de la madrugada ésta estaba desierta. De vez en cuando, un gato en plena marcha nocturna se cruzaba con ella y se paraba a observarla atentamente. A un kilómetro de su casa, ya alejada del pueblo, un coche venía en dirección contraria. Antes de cruzarse con ella, aminoró la velocidad y se detuvo a su lado.

—¿Estás bien? —preguntó el que iba en el asiento del copiloto—. ¿Quieres que te llevemos a algún sitio, nena?

Ella no le hizo caso y siguió caminado. En el automóvil viajaban tres personas: Roge iba al volante, su primo al lado y Josi detrás. Aquella noche habían salido de marcha a tomarse unas copas y a ver si por alguna casualidad de la vida conseguían ligar. Lo primero lo habían hecho, lo segundo no.

—Ésta es María, joder, es sonámbula —dijo Roge, mientras metía la marcha atrás para poder seguirla.

Josi bajó la ventanilla y sacó la cabeza para poder verla mejor. Sin embargo, la ausencia de cristal no hizo la imagen más nítida, pues el alcohol que se había metido en el cuerpo le nublabla la vista.

—¡Eh, nena!, ¿quieres hacernos una mamada? —le preguntó el primo.

Soltaron todos una carcajada.

—Eso, ¿por qué no entras en el coche y nos haces una mamadita para que nos vayamos contentos a la cama? —le dijo Josi, y se echó a reír.

Ella seguía con la vista al frente y paso firme.

—Es sonámbula, joder. ¿Tú viste alguna vez a un sonámbulo mamársela a alguien? —preguntó Roge.

—No..., pero ya podían —respondió Josi, y se puso a reír otra vez, emitiendo un sonido que parecía de un asno.

—Será mejor que la dejemos, no vaya a ser que se despierte y se muera del susto —dijo el primo.

Roge le hizo caso; así que se marcharon riéndose y dejaron a María allí sola. Ningún coche más se cruzó con ella. Pocos minutos después, tomó un desvío a la derecha y se internó en un estrecho sendero que descendía hasta el río; concretamente, a la zona donde estaba la presa. A pesar de que el camino estaba cubierto de arbustos y ramas secas, no parecía que eso le hiciese daño en los pies. Ella seguía en un profundo y dulce sueño. Al llegar al río, se dirigió hacia la presa. El dique de hormigón que retenía el agua era estrecho, y medía algo más de dos metros de alto. Los árboles, que proliferaban en las orillas del río, mantenían el lugar sombrío, oculto a la luz de la luna. Sin dudar ni un instante, María se subió al dique y caminó sobre él sin caerse, como si tuviese visión nocturna. Al llegar al centro, se detuvo. A su izquierda, una compuerta dejaba correr el agua; a su derecha, estaba el pequeño embalse, con más de dos metros de profundidad. Podría haberse girado

hacia la izquierda, pero lo hizo hacia el lado contrario, y se quedó frente al embalse. Permaneció quieta unos segundos, y después se dejó caer hacia delante. Al entrar en el agua se despertó y empezó a luchar para salir de allí. No sabía dónde estaba, no sabía nada; sólo veía oscuridad. Ella se había quedado dormida en su cama, y ahora se había despertado en aquel lugar oscuro, tenebroso y lleno de agua. No tardó mucho en ahogarse.

Al día siguiente, a las nueve de la mañana, Herminia y su hijo buscaron a María por los alrededores de su casa. Como no la encontraban, avisaron a la Guardia Civil. Éstos preguntaron a los vecinos, y el primo de Roge les dijo que la habían visto de madrugada alejarse del pueblo. A partir de aquel momento, la búsqueda se centró en el bosque. Varios vecinos y una pareja de guardiaciviles peinaron la zona; sin embargo, fueron unos niños los que la encontraron. Habían ido al río a jugar con un barco de plástico, e ignoraron la prohibición de sus padres de no acercarse a la presa. Cuando llegaron, la vieron flotar boca abajo en medio del embalse.

El sargento Gracia llevaba veinticinco años de servicio en la Benemérita. En ese tiempo había visto de todo: peleas por las cosas más absurdas e insignificantes; robos, que iban desde la virgen de la iglesia, hasta una simple gallina, y unos pocos asesinatos. Se había enfrentado a toda clase de maleantes, y conocía sus métodos tan bien como los propios delincuentes. Tenía la perseverancia del Teniente Colombo. Los últimos sucesos de San Martín le habían dado bastante trabajo, más del que le gustaba, y no estaba muy contento con la situación. Cinco muertes en las últimas semanas, todas ellas en circunstancias anormales y en un pueblo que no superaba los trescientos cincuenta habitantes, era algo que sobrepasaba su entendimiento y capacidad de trabajo. No estaba preparado para tanto.

—¿Qué coño le pasa a la gente de este pueblo?, ¿se ha vuelto gilipollas o qué? —dijo él, enfadado, y rascándose esa zona de la entrepierna que tantos problemas le estaba dando últimamente.

A su lado, el guardia Bayón le daba sombra. Había salido de la academia dos años atrás y apenas se enteraba de nada. Él era de ciudad, y lo habían destinado a una comarca donde la gente estaba a medias de civilizar. En su primer mes de servicio, había salido de una trifulca en el Bar Ámbar con un ojo morado, tras una breve intentona de imponer el orden. Desde aquel día odiaba a San Martín, y suplicaba por un traslado a cualquier lugar donde la población de animales no superase a la de personas. Pero el traslado se hacía esperar.

El sargento Gracia se metió en el agua, cogió el cadáver y lo dejó tendido en la orilla. Después se agachó y se quedó mirando a María durante diez minutos, sin decir nada, como si esperase que ella le comunicase de alguna forma lo que había sucedido. Su instinto le decía que había sido un asesinato. Las chicas jóvenes en la flor de la vida no se tiraban de cabeza al río en mitad de la noche. No, alguien la

había matado y probablemente violado. Cuando llegó el juez, él y Bayón se marcharon a investigar. Como el primo de Roge les había dicho que ellos la habían visto de madrugada caminar sola, el sargento Gracia ya tenía a los principales sospechosos. A las dos de la tarde, Roge, su primo y Josi fueron detenidos y llevados al cuartel, que estaba a diez kilómetros de San Martín. Allí, en una improvisada sala de interrogatorios, los tres detenidos y el Sargento ponían las cosas sobre la mesa. El guardia Bayón se encargaba del teléfono: un asesinato le venía demasiado grande.

—¡Que era sonámbula, joder! —dijo Roge.

—¡Ni *sonámbula* ni hostias, cago en mi madre! —le reprochó Gracia.

—¿Tú nos crees tan tontos, que si hubiésemos sido nosotros, te hubiésemos dicho que la habíamos visto de noche? —dijo el primo de Roge, con su acento madrileño.

—Tontos no, creo que sois ¡gilipollas! —respondió el Sargento, enfatizando la última palabra.

Después de quince minutos de interrogatorio que no habían sido muy fructíferos, el sargento Gracia ya estaba hasta los *güevos* de que le diesen largas.

—¡Estoy hasta los *güevos* de que me deis largas! —dijo él, dando un fuerte puñetazo en la mesa—. ¡O habláis ahora mismo, o por mi madre que os meto en chirona!

El Sargento se quedó mirando fijamente a Josi con cara de asco, como si quisiese darle una paliza allí mismo. La camiseta negra con una calavera estampada en el frente que llevaba Josi, no ayudaba mucho a la reconciliación de ambos bandos.

—¡Y tú qué dices! —le preguntó el Sargento.

—Yo no digo nada —respondió Josi, sin levantar la vista del suelo.

—¿Cómo que no dices nada? ¡Me cago en mi madre que te meto una patada en los cojones y ya verás cómo hablas!

—Sólo le preguntamos que si quería hacernos una mamadita, nada más —respondió Josi, a punto de llorar.

—¡Mamadita, eh! ¡Mamadita, chaval, no sé si te harán en la cárcel, pero seguro que te abren un buen boquete en el culo! —dijo el Sargento, con una sonrisa irónica—. ¡Así, chaval, así te lo van a poner!

Hizo una «o» con ambas manos a un palmo de la cara de Josi, que para entonces ya estaba lloriqueando.

—¡Escuchar! —prosiguió el Sargento—: El forense está analizando la chica ahora mismo. ¡Como venga él diciéndome que hay algún indicio sensual o algo, me cago en mi madre que os meto *pal* trullo y no salís en la puta vida!, ¿entendido?

El sargento Gracia concluyó el interrogatorio y puso a los detenidos en libertad. Lo único que encontraría el forense serían los pulmones llenos de agua. Ni moratones, ni marcas de forcejeos, ni indicios sexuales. Dictamen final: muerte por ahogamiento.

Sus muchos años de experiencia y su instinto, habían hecho del sargento Gracia algo parecido a un buen detective, al cual pocas cosas se le pasaban por alto. Todo

estaba en los pequeños detalles, y éstos le indicaban que eran asesinatos, lo que para los demás eran suicidios. Él ya sabía que en San Martín había un asesino, pero no sabía quién era.

## CAPÍTULO 21

### PERMANECEMOS UNIDOS

La noticia de la muerte de María en extrañas circunstancias, sumada a las anteriores, en circunstancias no mucho más esclarecidas, había llegado hasta los medios de comunicación. Un equipo móvil de Televisión Española se había desplazado hasta San Martín para cubrir la noticia. En un pueblo pequeño como el nuestro no era habitual ver cámaras de televisión. Por eso, el Cura no quiso desaprovechar la oportunidad de hacerse famoso, y pensó que podía sacar petróleo de la tragedia y saltar al estrellato. En un santiamén organizó una misa por las almas perdidas, e invitó a los reporteros para que informasen de que San Martín era un pueblo cristiano hasta la médula. Con las cámaras de televisión presentes, las puertas del Cielo se le abrirían de par en par. Puede que el informativo de la noche emitiese las imágenes de la iglesia de San Martín llena de gente santa, guiada por un pastor amoroso que dedicaba su vida a los demás. En la Conferencia Episcopal se preguntarían por qué semejante joya desperdiciaba su vida en un pueblo del que probablemente Dios no se acordase ni de su nombre. Quién sabe si su fama no lograría traspasar los mismísimos muros del Vaticano. Entonces, llegarían los ascensos como el rocío en la noche: obispo, arzobispo, cardenal...

Estaba viendo el informativo con mi madre y mi abuelo cuando dieron la noticia. Relataban el extraño ahogamiento de María, al tiempo que mostraban imágenes de la presa y de San Martín. Buelo no dejaba de señalar a la pantalla con el dedo diciendo: «Mira, ésa es la iglesia; mira el Bar Ámbar», como si mi madre y yo fuésemos tontos y no supiésemos reconocer nuestro propio pueblo en la televisión. La noticia se hacía eco también de que tres sospechosos habían sido detenidos y puestos en libertad horas más tarde, debido a la falta de pruebas; no se daban nombres.

—Gracias a Dios —dijo mi madre, temerosa de que Josi saliese por televisión como sospechoso de asesinato. Supongo que algo peor que tener un hijo imbécil, sería que el país entero se enterase de que lo era.

Finalmente, el Cura hizo una actuación magistral delante de las cámaras, e invitó al pueblo entero a unirse en la iglesia aquella misma tarde y rezar por las víctimas. Mi abuelo no perdió detalle de la aparición estelar del Cura. Yo tenía tanto pánico en el cuerpo, que no le presté mucha atención.

—¿Y a ti qué te pasa?, *paez* que viste una *culuebra* —dijo Buelo.

—Nada —respondí.

—Vamos a tener que llevarlo a un psicólogo —añadió mi madre—. Vamos a tener que ir todos a un psicólogo.

—¿*Pa* qué? ¿*Pa* que nos diga que *tamos toos* locos? *Pa* eso no hace falta ir a un

psicólogo, ya te lo digo yo —respondió mi abuelo—. No hay mejor psicólogo que una vara de avellano. ¡Ay Dios!, cuando yo tenía tu *edá* no había psicólogos ni hostias. Cuando te ponías tonto, te daban una buena *zurribianda* y problema *solucionao*.

No tenía muchas ganas de escuchar otra historia de cuando él tenía mi edad, en la que probablemente alguien iba a salir volando, y me fui. Me reuní con mis amigos en la presa. El ambiente no estaba para bromas, y nos quedamos mirando el agua estancada que se había llevado a María. Natalia tenía tal cara de estreñimiento, que parecía que no había cagado en una semana. Los demás aguantábamos la compostura, o, por lo menos, lo intentábamos. Nadie dudaba de que Mario era el culpable.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —preguntó Ana, mirando a Pablo.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? Tú eres el experto en espíritus, tú nos metiste en este lío —dijo Dani.

—Eso no es cierto, nos metimos nosotros solos. A ti nadie te obligó a hacer sesiones con la ouija, ¿o sí? —respondió Pablo, irritado.

—¿Y si se lo decimos a la policía? —sugirió Natalia.

—¿Tú estás loca? —repuso Dani—. Qué le vas a decir, ¿que atrajimos al mundo de los vivos a un espíritu con la ouija, y ahora está liquidando a los familiares de los que le debían tres o cuatro duros? Nos encerrarían en un manicomio de por vida, y con razón.

Natalia estaba a punto de echarse a llorar.

—Vamos, éste no es el momento de enfadarnos unos con otros. Tenemos que permanecer unidos, y entre todos buscar la mejor solución —dijo la dulce Sonia, que ni en los momentos más críticos perdía un ápice de su encanto.

Gordi y yo nos manteníamos al margen. La situación no era propicia para que pardillos como nosotros diesen su opinión.

—Algo tenemos que hacer, antes de que ese cabrón de Mario se cargue a medio pueblo —dijo Dani.

—Propongo que desenterremos la ouija y contactemos con él para tratar de enviarlo a su mundo. Es lo único que se me ocurre —dijo Pablo.

A lo mejor eran ilusiones mías, pero juraría que él deseaba experimentar con la ouija otra vez; se lo leía en los ojos. De todos modos, el enterramiento no había funcionado y teníamos que probar algo más. Al día siguiente, nosotros, siete tíos de primero de BUP, volveríamos a hacer una sesión con la ouija e intentaríamos mandar de vuelta al Infierno a un espíritu asesino, antes de que la población de San Martín siguiese decreciendo. Todo sería posible. Podía pasar cualquier cosa.

Volví a casa para cenar. Josi había pasado tanto miedo en el cuartel que no quería salir de su habitación, y eso eran buenas noticias: algo menos en lo que preocuparse.

Mis abuelos y mi madre habían ido a la multitudinaria misa y, según ellos, había sido un espectáculo, con cámaras de televisión y todo. El Cura había salido a oficiar repartiendo sonrisas a todos: lo nunca visto. La transgresora gente de San Martín y sus pecaminosos actos que les llevaban de cabeza al Infierno, habían dado paso a un pueblo tan santo y fiel, que ni San Agustín en sus mejores días se hubiese imaginado. Los allí presentes no daban crédito a lo que estaban viviendo. Y es que tras años de condena, donde si había algo que no fuese pecaminoso, desde luego no era conocido por estas tierras, se hacía difícil creer que en San Martín pudiese existir también lo bueno y virtuoso. Aunque en un principio la misa era por las víctimas, el Cura había terminado haciendo un monólogo homenajéandose a sí mismo y a sus fieles. Mis abuelos no estaban muy contentos con lo sucedido, decían que él se vendía al mejor postor. Qué curioso, lo habían criticado durante años por condenarles, y ahora lo hacían por todo lo contrario. Mi madre y yo no nos inquietábamos mucho por el cambio de rumbo del Cura, pues teníamos cosas más importantes por las que preocuparnos. Yo, por un espíritu; Madre, por Josi. Ambos nos estaban dando demasiados problemas.

Desenterramos la tabla de ouija dos días después de la muerte de María. Estábamos todos menos Natalia. Esta vez ni se molestó en buscar una excusa como la de las cerezas; simplemente, dijo que estaba muerta de miedo y que no volvería a poner su mano sobre la ouija. Yo no creo que me sintiese mucho mejor que ella; aun así, intentaba disimular el miedo y soltaba risitas de vez en cuando sin que viniesen a cuento. Nos quedamos los seis contemplando la ouija en el claro del bosque. Creo que en ese momento, todos sentimos el poder de aquel instrumento maléfico. Hasta entonces, para nosotros sólo había sido un juego inofensivo, y ahora la mirábamos como si fuese una bomba a punto de explotar.

—Estoy pensando en mi profesora de Matemáticas —dijo Dani—. Es una cabrona; a lo mejor le digo a Mario que le haga una visita.

—Tío, que esto es serio. ¿Quieres comportarte como una persona normal? —dijo Ana.

—Lo siento, pero no soy una persona normal —respondió.

—Tiene razón, es un capullo —dije.

Dani me tiró un trozo de rama seca. Aquella broma sirvió para relajarnos un poco. No teníamos ningún plan para detener a Mario; la tabla de ouija no traía instrucciones para aquellos casos. Quizá si contactásemos otra vez con él, nos diese pistas sobre cómo hacerlo. Mi parte pesimista me decía que lo peor todavía estaba por llegar, y que cuando terminase de liquidar a las dos familias, los siguientes seríamos nosotros. Mi parte optimista, si es que la tenía, no la encontraba por ningún sitio. Por más que me esforzaba, no conseguía ver un final feliz. No me veía dentro de cincuenta años contándoles esta historia a mis nietos, porque, simplemente, no llegaría a tener nietos,

ni hijos, ni siquiera un perro.

En aquella soleada mañana de agosto, a la sombra de los abedules, empezamos con la sesión. Yo era el médium y tenía que hacer las preguntas. Si alguna vez me había sentido orgulloso de serlo, desde luego, no fue aquel día. Nosotros éramos tíos de instituto, y se supone que deberíamos estar dando un paseo en bicicleta, o bañándonos en el río, o corriendo delante de la banda del Roge, y no intercambiando opiniones con un espíritu asesino. Nos sentamos en círculo alrededor de la tabla de ouija y nos miramos unos a otros en señal de camaradería.

—¿Hay alguien ahí? —dije, con una voz aguda que no reconocía como mía.

Dani se rió y los demás me miraron preguntándose qué diablos me pasaba. Me aclaré la garganta y volví a preguntar:

—¿Hay alguien ahí?

Al igual que en las anteriores ocasiones, la respuesta tardó en llegar. Estuve casi quince minutos haciéndole la misma pregunta, hasta que el testigo empezó a moverse: «M-A-R-I-O».

—¿Qué quieres? ¿Qué es lo que quieres de nosotros? —pregunté, sin estar muy seguro de si quería saber la respuesta.

«V-E-N-G-A-N-Z-A».

—¿Por qué? ¡Déjanos en paz! —imploré con mis poderes de médium.

«E-S-J-U-S-T-I-C-I-A».

Hicimos una breve pausa para reflexionar sobre lo que nos había dicho.

—¿Cuándo vas a dejar de matar? —proseguí.

Estábamos tan nerviosos, que el testigo temblaba como un flan.

«N-U-N-C-A». «Por el amor de Dios, acabará con todo el pueblo para Navidades», pensé. Aquello no era un simple ajuste de cuentas. Vi cómo Sonia y Pablo se ponían pálidos. Ya que yo era el médium, y probablemente le había abierto a Mario las puertas de nuestro mundo con mis poderes extrasensoriales, se me ocurrió que tal vez pudiese ordenarle que se quedase quieto y no matase a nadie más.

—¡Te ordeno que no vuelvas a matar! —dije, con autoridad, mirando a la tabla.

«N-O-P-U-E-D-E-S».

Concluimos la sesión desesperados y sin saber qué hacer. Volvimos a enterrar la ouija, ya que nadie se atrevía a llevársela a su casa. Salimos del bosque y nos sentamos en el borde de la carretera a deliberar, mientras el sol bañaba nuestros rostros.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —preguntó Gordi.

—Seguro que entre todos encontraremos una solución —dijo Dani—. No vamos a dejar que Mario se salga con la suya. Tenemos que echarle *güevos*.

—Eso está bien —dijo Pablo—, vamos a derrotar a un espíritu a base de *güevos*.

Yo ni los tenía, ni aunque los tuviese, sabría cómo usarlos en su contra. Vencer a un enemigo mucho más poderoso que tú es muy difícil; pero si, además de eso, ni siquiera lo conoces, entonces ya es una misión imposible. No obstante, que no fuese

por falta de *güevos*.

—David derrotó a Goliat, y era más pequeño que él —dije yo, echando mano de mis conocimientos bíblicos.

—¿Cómo lo hizo? —preguntó Sonia.

—Creo que le dio con una piedra en la cabeza —respondí.

—¡Bien, Matías! —dijo Pablo, poniéndome la mano en el hombro—. Y ahora, ¿quieres explicarnos cómo le vamos a dar a Mario con un pedrusco en la cabeza?

—Yo no quiero decir que le tengamos que dar con un pedrusco en la cabeza. Lo que quiero decir es que, a veces, los pequeños ganan a los grandes.

Se hizo un silencio. Yo, que hasta aquel día había sido un pardillo, me atrevía a dar un discurso como un general a su tropa antes de la batalla.

—¡Sí, joder, vamos a mandar a ese espíritu al Infierno! —dijo Dani—. No ha nacido todavía el que se atreva a tocarme las pelotas.

Pablo, que estaba a su lado, le tocó la entrepierna, y nos echamos a reír.

—Juntos lo conseguiremos —añadió Sonia.

La miré a los ojos y pude ver que estaba un poco emocionada.

—¡Viva la madre que nos parió! ¡Auuuuuh! —gritó Gordi.

Nos reímos todavía más fuerte. No teníamos ningún motivo para estar eufóricos, pero ¡qué diablos!, éramos jóvenes. Ningún espíritu, por más chulo que fuese, lograría interponerse entre nosotros. Surgió en mí una chispa de esperanza, no sé de dónde, no sé cómo; lo que sí sé es que empecé a creer que podíamos ganar aquella guerra. Mientras regresaba al pueblo con mis amigos, sentí que no estaba solo, que los tenía a ellos, y ellos me tenían a mí. Y aunque éramos inmaduros, si uníamos nuestras fuerzas lucharíamos como una legión romana.

Cierto es que aquel espíritu guerrero y optimista no tardó en disiparse. Al llegar a casa me di cuenta de que había perdido las doscientas pesetas que llevaba en el bolsillo. Mi economía personal no estaba para tirar cohetes, así que cogí la bicicleta y regresé solo al claro del bosque, ya que seguramente se me habrían caído allí. Comencé a buscar el dinero por el suelo. En aquel instante tuve la extraña sensación de que alguien me vigilaba muy de cerca. Miré en todas direcciones, pero no vi a nadie. Me asusté y seguí buscando para salir de allí cuanto antes. Entré en la tienda de campaña y encontré las dos monedas en una esquina. Entonces oí pisadas muy cerca. Era el inconfundible sonido de las hojas secas aplastándose contra el suelo. «Ya está —pensé—, este es el fin». Lo único que se me pasó por la cabeza fue que Mario, de alguna forma desconocida para la ciencia, se había materializado en un ser de carne y hueso con el propósito de exterminarme. Ya se había cansado del médium y había decidido eliminarlo, le debiese o no dinero. Me quedé petrificado, y eso podía ser mi perdición. Había que hacer algo, y pronto. Salí corriendo de la tienda de campaña y me paré a tres metros. Miré atrás, esperando encontrarme con un ente sobrenatural, pero lo único que vi fue una inofensiva perdiz salir volando. Me tranquilicé entonces. Sin embargo, poco después volví a sentir la misma sensación

angustiosa de antes. Allí había algo; no lo veía, pero lo sentía. Eché a correr como un loco, porque estaba seguro de que si me hubiese quedado, habría ido al cementerio de cabeza. Uno no sabe lo rápido que puede correr hasta que tiene a un espíritu asesino pisándole los talones. Iba esquivando árboles, con cuidado de no dejarme los piños en uno. Tenía tanto miedo y tantas ganas de salir del bosque, que me olvidé de que había un desnivel de dos metros hasta la carretera, que se debía bajar con precaución. Cuando me di cuenta de eso, ya era demasiado tarde. Volé, al igual que volaban aquellos idiotas que se atrevían a desafiar a mi abuelo, y aterricé en mitad de la carretera. Me quedé tendido en el suelo gimiendo de dolor. Tenía heridas en todo el cuerpo. No sangraba mucho, pero estaba despellejado. Me levanté, cogí la bici y volví a casa.

Me encerré en el baño, que era donde teníamos el botiquín familiar, y procedí a curarme. Mi madre empezó a llamar a la puerta y a preguntarme qué estaba haciendo tanto tiempo allí encerrado. Yo le dije que tenía diarrea, y eso no era del todo incierto, pues últimamente, debido a acontecimientos sobrenaturales, cagaba con excesiva frecuencia. En situaciones críticas, mi cuerpo no quería retener residuos. No le abrí la puerta. Si lo hubiese hecho, debería haberle dado explicaciones, y no quería. Me hubiese preguntado qué me pasaba, y yo tendría que decirle que me había caído a la carretera. «¿Y por qué te caíste a la carretera?». «Pues porque iba corriendo a toda hostia». «¿Y por qué ibas corriendo tan rápido?». «Pues porque me perseguía el mismo espíritu asesino que se cargó a Cristina y a María y a Juan y a José y al bebé de Mari». «¿Tú estás bien de la cabeza?». «Yo soy el médium, joder; yo lo desperté de su eterno letargo con la tabla de ouija.» Cuando mi madre dejase de hacer preguntas, llamaría al psiquiátrico más próximo y les pediría que viniesen a buscarme aquella misma tarde. No me gustaba contar mentiras, pero, a veces, mantener la boca cerrada te evitaba muchos problemas. Como una vez me había dicho mi abuela: «Ojos que no se ven, corazón que no los siente». Tenía muchos años Buela.

## CAPÍTULO 22

### HISTORIAS DE VERANO

Salí al pequeño jardín de mi casa y me senté con mi abuelo, que estaba jugando a un solitario. Entre los dos empezamos a echar una partida a la brisca. Debido a que él se pasó media vida jugando a las cartas, era bastante bueno. Pocas veces le ganaba; sin embargo, de vez en cuando conseguía hacer trampas, y eso era lo divertido de jugar con él. A veces le sacaba dos ases del mismo palo sin que se diese cuenta. No le gustaban nada los tramposos. Cuando él tenía mi edad, había pillado a un tipejo en el Bar Ámbar haciéndole una trampa y había salido volando, como en las películas del oeste. Eso es lo que me había dicho. Mi abuelo no tenía ningún reparo en soltarle una hostia a nadie, ni siquiera a mí. A él lo habían educado a palos, y creía firmemente que los golpes no podían faltar en la educación de los hijos. Como dicho método había funcionado a la perfección con él, pensaba que a todos los niños había que enseñarles de igual manera. Y cuando Josi, Samuel o yo desobedecíamos, él se lo achacaba a mis padres, y les decía que aquello pasaba simplemente porque no nos habían dado palos en el momento oportuno.

Me estaba aburriendo, y le pedí a mi abuelo que me contara una de las muchas historias de cuando él había disciplinado a mi padre. Accedió a hacerlo con mucho gusto, pues aquellas hazañas, por más que le pesasen a mi padre, era algo de lo que Buelo se sentía muy orgulloso.

—Cuando tu padre tenía tu *edá* —comenzó diciendo—, *tábamos nel* monte cortando leña *pal* invierno, ya *pediy* yo que llevase los troncos *pa* casa *na* carretilla. «Llévala tú», dijo él. «¿Qué...?», dije yo. «Que la lleves tú, que pesa mucho», dijo él. Dije yo: «¿Qué oh...?». «Que la lleves tú», dijo él. ¡Ay Dios...!, *diy* tal *zurribianda* encima, que *tuvo* más *dun* mes sin *hablame*. La madre que lo parió.

—¿Y al final la llevó? —pregunté, riéndome e imaginándome a mi pobre padre pasando el método disciplinario de Buelo.

—¿El qué?

—La carretilla, que si llevó la carretilla.

—No, aquella no la llevó, pero al día siguiente no había que *pediy* las cosas dos veces —dijo, y soltó una carcajada.

Con las mujeres sucedía algo parecido. Él creía que darle bofetadas de vez en cuando a tu esposa, era muy necesario para mantener la buena salud del matrimonio.

—Las mujeres *d'antes* aguantaban viento y marea. Hoy en día *dasles* una torta y escapan. Las mujeres ya no son lo que eran. Hoy en día no valen *pa* otra cosa que *pa* enseñar las tetas.

Yo me preguntaba qué había de malo en que enseñasen las tetas. Cuando Paula

había puesto su preciosa teta a la vista, a menos de treinta centímetros de mis ojos, no me sentí ofendido. Sin embargo, a mi abuelo no le gustaba ver tetas; curioso. De todas formas, puede que tuviese razón en eso de que las mujeres ya no son lo que eran. Yo no me imaginaba dándole una torta a Sonia. Debía de ser a causa de la evolución. Quizá Darwin no estuviese tan loco como creía.

La teoría de la evolución de las especies era el origen de más de una discusión familiar. Mi padre era un acérrimo defensor de ella, y estaba seguro de que veníamos del mono. Mis abuelos, en cambio, creían en Adán y Eva, que era lo que decía la Biblia y el Cura. Ante ambas fuentes de sabiduría universal, ellos lo tenían claro, y no necesitaban más confirmación de nuestra procedencia. Y cuando se ponían a hablar de Adán y Eva, mi padre empezaba a debatir con ellos hasta que terminaban enfadándose. Una vez, Josi nos había bendecido con su opinión: dijo que éramos un experimento de los extraterrestres. Era muy típico de los heavies fumetas creer en tonterías. Yo me había criado con tal cacao mental entre adanes, evas, monos y extraterrestres, que si el profesor de Ciencias hubiese afirmado que descendíamos de un insecto ya extinguido, seguramente le habría creído. Y entonces, cuando en mi casa alguien sacase el tema de conversación, yo defendería a muerte la teoría del insecto. Habría otro loco en la guerra, y aquello hubiese parecido un manicomio, más que el hogar de una humilde familia.

Cuando al día siguiente desperté por la mañana, el pensar que en menos de una hora iba a tener delante de mí al mejor par de tetas de todo el pueblo y de varios kilómetros a la redonda, no hacía que me olvidase de Mario, pero casi. Para un chico de catorce años en plena edad del pavo, no existía mejor remedio contra los males que un buen par de tetas. Aún no le había perdonado a Paula que me hubiese dado un plantón. De todas formas, decidí darle otra oportunidad, a ver qué pasaba. Desgraciadamente, aquel día no enseñaba tanta carne como de costumbre. Vestía muy *hippy*, con una falda larga de color púrpura que le llegaba a los tobillos y una camiseta de tirantes amarilla. Matemáticamente hablando, no me enteré de mucho, pues mi mente surcaba otros mares. En primer lugar, no conseguía quitarme a Mario de la cabeza; en segundo, aunque no podía verlas, sabía que estaban ahí, escondidas bajo su camiseta amarilla. Sólo hacía falta un poco de imaginación, y a mí me sobraba. Al cabo de dos horas y media, dejamos las matemáticas y nos pusimos a hablar de otras cosas.

—¿Qué opinas de la muerte de María? —preguntó Paula.

Me quedé reflexionando porque no podía decirle lo que pensaba, y tenía que inventarme una respuesta inteligente que estuviese a la altura de Humphrey.

—Creo que quería darse un baño y se tiró al agua de cabeza —dije.

Yo sabía perfectamente que los sonámbulos no se tiraban de cabeza al río, a no ser que tuviesen a un espíritu detrás que les diese un empujón. Espíritu que, por

cierto, yo había traído a este mundo con mis poderes de médium. Se me pusieron los pelos de punta pensando en eso. Odié a Mario con todas mis fuerzas. El verano iba bien hasta que había empezado la escabechina. Si no fuese por él, seguramente nos pasaríamos más tiempo en el río y, entonces, tendría más oportunidades de besar a Sonia. Ahora, en cambio, sólo me quedaba soñar con ello.

—¿Te cae bien mi novio? —preguntó.

—Sí —respondí, sonriendo—, toca muy bien la guitarra.

—No es lo único que sabe hacer bien —dijo, con sensualidad, empleando su famoso tono atrapa-hombres.

Debí de poner cara de idiota, porque la tía comenzó a reírse de mí como una loca. La odié otra vez. Yo para ella sólo era un pardillo más. Terminó la clase y regresé a casa vertiendo sobre Paula todos los insultos que se me pasaban por la cabeza. Mi madre no le pagaba mil pesetas por clase para que se burlara de mí. Aquello no iba a quedar impune, ni hablar.

Después de comer, Dani vino a buscarme y fuimos a la escuela antigua. Allí, el resto de la banda despierta-espíritus nos esperaba con caras de preocupación.

—¿Qué os pasa? Parece que vais a un entierro —dije, intentando contagiar un poco de mi alegría al ambiente.

—Como no sea al tuyo —respondió Pablo.

Aquello no tenía nada de gracia, y aún menos después de que el enterrador de San Martín tuviese que pedir un aumento de sueldo por exceso de trabajo.

—Eso no tiene gracia —dije.

Sonia me sonrió con dulzura, y yo se la devolví lo mejor que pude. Sabía que su sonrisa era sincera, que a ella todo le salía del corazón. Era algo tan simple y a la vez tan maravilloso. En muchos casos, las cosas más sencillas de la vida eran las mejores. Nada había de hipócrita en Sonia, se mostraba tal como era, sin ningún fingimiento. Ella no era como otras chicas, que a veces sonreían por cortesía, pero que, de alguna forma, yo percibía que lo único que decían era: «Mati, yo te sonrío porque soy una chica guay y no una gilipollas como tú».

La tarde era agradable y nos quedamos fuera. Gordi estaba sentado al lado de Sonia, rozándose con ella. Aquello me molestó y le eché una mirada desafiante, para advertirle de que estaba invadiendo mi territorio. Si él percibió mi mirada de fiera, desde luego, no hizo nada al respecto. Pablo y Ana se llevaban muy bien y siempre estaban charlando. Natalia seguía en su mundo privado, preguntándose por qué había sido tan tonta como para participar en sesiones espiritistas.

—¿Sabéis? —dijo Pablo, dirigiéndose a todos nosotros—, ayer hablé por teléfono con la tienda que me vendió la ouija para pedirles un libro de instrucciones, y me dijeron que no tenían ninguno. Dijeron que si tenía algún problema de manifestación de espíritus, lo único que debía hacer era no usar más la tabla de ouija.

—¿Y no les dijiste que eso ya lo habíamos probado y no funcionó? —dijo Dani.

—¿Qué les iba a decir?, ¿que un espíritu se había vuelto loco?, ¿que estaba matando a la gente de mi pueblo y no sabía cómo detenerlo? ¿Es eso lo que querías que les dijese?

Dani se quedó mirando a Pablo, pensativo. A mí aquella conversación me pareció tan surrealista, que me dio un ataque de risa. Me reía del miedo que tenía y de lo idiotas que habíamos sido. Una persona que habían asesinado hace muchos años por cuatro duros, se había vuelto loco en espíritu, había empezado una matanza y, por lo visto, le había cogido el gusto y no estaba dispuesto a parar. Luego estábamos los gilipollas de nosotros, que eran los que, de alguna forma, lo habían despertado o traído a este mundo, y que ahora no podían hacer nada para detenerlo. Si eso no era gracioso, que me partiese un rayo por la mitad. Algunos de ellos comenzaron a reírse conmigo y otros me miraban con cara de asombro.

—Mati, te recuerdo que tú eres el médium —dijo Pablo, con malicia, pero ni eso hizo que cesase mi ataque de risa.

Natalia miró al suelo enfadada, como si le hubiese ofendido.

—Podemos preguntarle al Cura qué debemos hacer —dije—. Él es especialista en mandar a la gente al Infierno.

—También podemos hacer una sesión con la ouija en la iglesia —sugirió Gordi, entusiasmado.

—Por poder, también la podemos hacer en el wáter de tu casa —respondió Dani.

—Yo creo —empezó diciendo Sonia, y cuando ella hablaba, nosotros nos callábamos y la escuchábamos con atención, como si fuese un ángel salvador— que si de alguna forma nosotros despertamos a Mario y lo trajimos a este mundo, tiene que haber también alguna forma para volver a mandarlo donde estaba.

—Eso es lo que pienso yo, pero estos mamones no me creen —dijo Pablo.

Aunque Sonia no hablaba mucho, cuando lo hacía, siempre tenía sentido. Tuvimos que hacer algo inconscientemente para despertar a Mario, pero... ¿qué?

Llegué a casa a las ocho y media y me senté a cenar al lado de Samuel. Me apresuré a comer, porque había quedado con mis colegas en la plaza. Antes de que terminase, llegó mi madre y nos dio la trágica noticia de que Mari había muerto. A mí volvió a darme el tembleque. Iba a hacer falta un milagro para salir airoso del tremendo lío en el que nos habíamos metido.

—Pero... se estaba recuperando —dije.

—Por lo visto, volvió a recaer y no pudieron hacer nada —aclaró ella.

Mi abuelo seguía comiendo tranquilamente, como si nada hubiese sucedido. Me gustaría saber en qué diablos estaba pensando en aquel momento. Samuel, por el contrario, no separaba su vista de mí.

—Los médicos dijeron que fue un derrame cerebral —continuó mi madre.

Yo ya había dejado de escuchar. Lo único que tenía en mente era lo que Mario nos había dicho a través de la ouija: «Nunca pararé».

## CAPÍTULO 23

### EL PAJAR

Recuerdo que cuando era muy niño, no debía de tener más de siete años, había ido con mis padres a una multitudinaria fiesta de un pueblo cercano. Yo me despisté y me perdí. Comencé a mirar a mi alrededor, pero sólo veía a gente desconocida. Corrí hacia un lado del campo, después hacia el otro, y como no encontré a mis padres, me asusté y me puse a llorar. Siempre había tenido a algún miembro de mi familia al lado que cuidara de mí, y en aquel momento me sentía solo, perdido en un mundo extraño lleno de gente extraña. Mi desventura sólo duró un cuarto de hora, pero fue suficiente para tomar conciencia de que realmente estábamos solos. No importaba cuantos familiares, amigos o vecinos tuviésemos a nuestro lado; seguíamos estando solos, y el camino de la vida era algo que debíamos hacer en solitario. Nadie se iba a meter en nuestra piel. Seríamos nosotros mismos los que tomasen las decisiones que nos harían ir hacia uno u otro sitio. Y ahora, muchos años después, seguía sintiendo que aquella responsabilidad me quedaba muy grande; sobre todo, cuando las cosas no salían como querías, que solía ser casi siempre.

Salí de casa pasadas las doce porque me había levantado tarde. Había dormido poco: me pasé la noche pensando en las muchas formas que tenía Mario para deshacerse de sus enemigos. Había oído varias veces que la realidad superaba a la ficción, pero hasta que empezó la matanza de San Martín, no lo creí. Me sentía como si estuviese viviendo en una película de terror, y aquello me asustaba, porque en esas películas siempre hay una buena persona que muere al final. ¿Y quién iba a morir en la última escena de esta película? No estaba seguro, pero creía que el médium tenía muchas probabilidades.

Iba de camino a la plaza a encontrarme con Dani, cuando vi que Roge venía en dirección contraria. Mi primera reacción, automática, fue asustarme. Sin embargo, me tranquilicé al instante y seguí caminando con normalidad. No es fácil cambiar los viejos hábitos, y menos aún, si ese hábito es huir de tu enemigo. Pero estaba seguro de que Roge ya no era mi enemigo. No sé lo que pasaría con Willy después de la paliza que había recibido, lo que sí sabía es que Roge era de los míos; y, sinceramente, a pesar de su mala fama, aquello me alegraba. Al cruzarme con él, le miré directamente a los ojos y le sonreí en muestra de agradecimiento. Él no me prestó mucha atención, pero me miró de reojo y juraría que me sonrió también. Hay veces que los sentimientos son tan claros que sobran las palabras. Y hay otras veces que los problemas se resuelven de la forma más inesperada.

Gordi, Sonia, Natalia y Ana habían ido a la playa con Teresa. Como el «cuatro latas» no podía con todos, Dani, Pablo y yo nos quedamos en tierra. Nosotros también teníamos previsto ir con el padre de Pablo, pero no sé qué diablos le pasó al final que no nos pudo llevar. Los encontré a los dos en la plaza, sentados a la sombra y chupando un helado.

—¿Qué crees que estará haciendo Gordi entre tantas tías? —me preguntó Dani.

—Cascándosela —dije—. ¿Invitáis a un helado?

—¿Nos ves cara de gilipollas? —preguntó Pablo.

—Ya que lo dices..., pues sí.

—Te invito a que me beses el culo —dijo él.

—Te recuerdo que soy el médium y tengo poderes.

—¿A sí?, pues bésame el culo con tus poderes de médium.

Besar culos no estaba en mis planes para el día.

—Joder, Mati —dijo Dani—, estábamos tranquilamente aquí sentados sin acordarnos de espíritus, y tuviste que llegar tú a joderla.

—Alguien tenía que hacerlo —dije, mientras me sentaba a su lado.

Después de la muerte de Mari, la situación en ambas familias era desesperada. Les recomendaron que se marcharan del pueblo por un tiempo. Roberta, Herminia y sus respectivos hijos, Mónica y David, supervivientes de momento, se habían ido a vivir a Madrid con un familiar. ¿Podrían más de quinientos kilómetros de distancia poner fin de una vez por todas a la masacre? Esperábamos que así fuese; no obstante, la decisión nos parecía acertada. Sus casas habían quedado deshabitadas, y nosotros tres decidimos inspeccionarlas. En San Martín no había cine ni salón de juegos recreativos; o sea, que teníamos que buscar el entretenimiento en otro sitio.

Llegamos a la casa de Cristina y nos pusimos a buscar en las escaleras rastros de sangre. No encontramos nada; sin embargo, Dani se empeñó en que una diminuta mancha negra que había visto era sangre petrificada. Esa era la palabra que había empleado para describir lo que probablemente fuese la cagada de algún bicho. Pablo le dijo, no con mucha paciencia, que para que algo se petrificase tenían que pasar mil años, o un millón de años. No tenía muy claro el tiempo exacto; el margen de error era bastante amplio, pero estaba seguro de que nada se podía petrificar en pocos días. Dani se lo tomó con resignación, aunque él seguía pensando que aquello era sangre, por más que el listillo de Pablo le saliese con discursos científicos. Continuamos la búsqueda en el garaje, donde a Juan se le había venido el mundo encima. Nadie se había molestado en colocar otra vez los tablones en su sitio. A pesar de que habían echado serrín por allí, encontramos una mancha de sangre en un tablón. Era de color castaño oscuro y se veía claramente. Dani se la enseñó a Pablo, buscando su aprobación. Él se la dio, después de observar la tabla con detenimiento. Dani no era la clase de persona a la que se le podía llevar la contraria muy a menudo. Me quedé

mirando la mancha de sangre sin sobresaltarme en exceso. Ya había visto muchas, incluso peores; como la que había dejado Willy estampada en la plaza de mi pueblo no hacía mucho tiempo, y que se había convertido para mí en un lugar de culto y peregrinación. Sin embargo, cuando pensé en lo muy loco que se puso Juan, hasta arañarse la cara y arrancarse los pelos, la pequeña mancha de sangre empezó a impresionarme. Me entraron escalofríos y tuve que salir del garaje rápidamente.

Aquel análisis visual no hizo que tuviésemos las cosas claras; más bien, lo contrario. La casa de Herminia estaba al lado de la de Juan, y fuimos a echar un vistazo. Nos dispusimos a entrar en el pajar, donde José se había suicidado, pero la puerta estaba cerrada. Yo conseguí abrirla con habilidad, empleando un alambre.

—Esto es lo tuyo, Mati, y no las matemáticas —dijo Dani.

El pajar era grande y estaba casi vacío. Al fondo había almacenado un montón de heno. Allí no buscábamos manchas de sangre, sino la soga con la cual se había ahorcado José, pero no la encontramos. Ya estábamos a punto de marcharnos, cuando vi unas marcas extrañas en la viga central, probablemente donde José había colgado la soga. Decidimos averiguar qué era aquello. Hallamos dentro del pajar una escalera de mano y la apoyamos contra la viga. Dani se dispuso a subir, pero yo tuve que poner las cosas en su sitio.

—¿Dónde vas, tío? —le pregunté.

—A subir, ¿dónde voy a ir?

—Ni hablar, yo lo vi primero.

Le empujé y él me cedió el privilegio sin discutir. Uno debía hacerse respetar, y no iba a consentir que nadie robase mi descubrimiento.

—Ten cuidado no te vayas a pegar una hostia, anda.

Llegué arriba y toqué las marcas con mis manos. Pude ver claramente que eran letras talladas con una navaja, y por el color, intuí que habían sido hechas no hacía mucho tiempo. Cuando vi la palabra que formaban, me entró el tembleque otra vez. Allí, en la viga donde José se había ahorcado, estaba grabada la palabra «misericordia».

—¿Qué es? —preguntó Pablo.

No les dije nada. De todas formas, ellos debieron de percibir que algo raro había visto, porque me puse a descender por la escalera como si me fuese la vida en ello. Y cuando bajas por una escalera a lo loco, tienes muchas probabilidades de pegarte una hostia. A falta de un metro para llegar al suelo, se me escurrió una pierna entre dos travesaños y me caí de espaldas. El golpetazo fue de los que marcan un antes y un después. Apenas podía respirar y creí que me quedaba allí mismo. Dani y Pablo intentaban decirme algo, pero apenas los oía.

—¿Estás bien? —me preguntó Pablo.

«¿Que si estoy bien, gilipollas? —pensé—. ¿Te parece que estoy bien?»

Una vez que Dani percibió que yo no estaba muy grave, y que no tendrían que avisar a la ambulancia o al enterrador, subió por la escalera a descubrirlo por sí

mismo.

—¡Me cago en su puta madre! —dijo él.

Y si no fue exactamente eso lo que dijo, se aproximaba bastante. Cuando te rompes la espalda, los sonidos llegan distorsionados. Me incorporé y me quedé sentado en el suelo mirando a la viga. Desde allí apenas veía unas marcas insignificantes.

—¿Creéis que fue Mario? —preguntó Dani, desde lo alto de la escalera.

—¡Qué iba a ser Mario! —respondió Pablo—. Tío, te dije mil veces que los espíritus no se pueden materializar para hacer esas cosas.

—Entonces, ¿quién lo hizo?

—Seguramente fue José con su navaja.

—¿Antes o después de haberse colgado?

—¿Tú eres tonto o qué te pasa? —dije, recuperando el habla—. ¿Cómo coño iba a hacerlo después?

Eso que decía Pablo de que los espíritus no se podían materializar y hacer las mismas cosas que hacían los vivos, yo no lo tenía tan claro, y menos después de que uno de ellos hubiese borrado de la lista de empadronamiento a cinco personas de un plumazo.

—Deberíamos quemarlo —sugirió Dani.

—¿Qué? —pregunté, sin saber muy bien qué diablos quería quemar.

—Deberíamos quemar el pajar, tíos, para deshacernos de la prueba.

—¿Qué prueba? —preguntó Pablo.

—Qué prueba va a ser: ¡ésta, joder, la viga, lo de misericordia! Vamos, tíos, tenemos que deshacernos de la prueba.

—¿Tú estás loco? —dije—. ¿Qué será lo siguiente?, ¿quemar el bosque?

Parecía que se lo estaba pensando.

—¿Qué te metiste esta mañana? —le preguntó Pablo.

Dani intentó convencerme para quemar el pajar, pero después de la voladura de la mierda en la tienda de Pepa, se me habían quitado las ganas de volver a ser cómplice de sus locuras. Pablo y yo le persuadimos de que eso no iba a hacer que Mario dejase de matar. Volvimos a poner la escalera en su sitio y nos marchamos.

Por la tarde no teníamos nada que hacer, aparte de pensar en Mario, y decidimos esperar a nuestros colegas en casa de Gordi para contárselo cuanto antes. Llegaron pasadas las ocho. Por las caras que traían, diría que se lo habían pasado bien, a pesar de Gordi. Yo quería ser el primero en decírselo a Sonia. Supuse que, en cierta forma, nuestra relación mejoraría. Relación que, desde hacía varias semanas, parecía estar en punto muerto. Estaba en el limbo de las relaciones amorosas, a la espera de que yo diese el zarpazo definitivo. Dani me había dicho que si no cogías las oportunidades al vuelo, se iban a tomar por el culo. Lo había dicho con sus propias palabras, pero le

había entendido, y ya era hora de hacer algo al respecto. Nada más salir Sonia del coche, yo me dispuse a soltárselo todo de golpe, dándole el máximo dramatismo que me era posible. No iban a faltar los adjetivos superlativos cuando llegase a la parte en la que me había dado la hostia. Sin embargo, ella me prestó tanta atención y yo me puse tan nervioso, que me bloqueé por completo, empecé a tartamudear y fui incapaz de articular una sola palabra. Las tenía en la punta de la lengua, pero las muy hijas de puta no querían salir. Antes de que pudiese solucionar aquel pequeño incidente con el destino, Dani se metió por medio y se lo contó todo, y a mí me dejó como el tonto del pueblo. Y lo que más me fastidió es que en la parte en la que me había pegado el hostiazo, no dramatizó, como debería haber hecho, sino que le dio toques cómicos y se rió. En fin, tendría que esperar a otra ocasión para dar el zarpazo definitivo, y ya no quedaban muchas: el verano se estaba acabando.

Los acompañamos a todos hasta el pajar para enseñarles la inscripción en la viga. Pablo empezó a relatar otra vez lo que había sucedido. Al llegar a la parte en la que, según él, habíamos descubierto algo escrito en la viga, tuve que interrumpirle para corregir aquel malentendido. Les dejé bien claro que lo había descubierto yo solito. Sonia me dedicó una sonrisa compasiva y, por primera vez en el día, me sentí orgulloso, aunque sólo fuese un poco.

Me despertó el coche patrulla de la Guardia Civil a las tres de la mañana. Pasó al lado de mi casa con la sirena encendida, y eso era algo muy poco habitual. San Martín no era el Chicago de los años cincuenta, aunque últimamente escalaba posiciones. Me levanté y me asomé a la ventana para echar un vistazo. Al principio no vi nada, pero después percibí un resplandor rojizo al otro lado del pueblo, como si hubiese un incendio. Aquella luminosidad provenía de la zona este, donde estaban las casas de Juan y José. Me vestí rápidamente y salí a investigar. Cogí la bicicleta y empecé a darle caña. Por el camino me encontré a varios vecinos que iban corriendo hacia el mismo lugar. Había bastante humo y se veían grandes llamas al fondo. Al llegar a la casa de Juan, vi que el fuego procedía del pajar de José. Las llamas sobresalían por el tejado más de tres metros. Aquello ardía como si fuese el mismísimo infierno. Estaba seguro de que había sido Dani. Eliminó la prueba de la forma más drástica. Quizá pensó que podía quemar a Mario allí, o quizá sólo fuese una fechoría más para vivir la vida al instante. Pero esta vez había traspasado el límite entre fechoría y locura.

Varios vecinos intentaban inútilmente apagar el fuego con cubos de agua. Vi que Gordi estaba entre ellos. El sargento Gracia no dejaba de gritar órdenes a todo el mundo, e intentaba organizar a los hombres sin mucho éxito. Probablemente Dani estuviese observándonos, escondido en algún sitio cercano. Llegó mi madre y me hizo señas para que me alejase del incendio. No obedecí: si Gordi podía hacer de bombero, yo también. Así que, me puse manos a la obra e intenté ayudar, pero el sargento Gracia, no muy cortésmente, me dijo que dejase de estorbar y me quitase de

en medio. Poco tiempo después, se derrumbó el techo del pajar, y el fuego disminuyó en intensidad. Gordi se preguntaba quién habría sido el pirómano. Yo no le dije nada; de mi boca no saldría ninguna palabra que inculpase a Dani. Estaba preocupado por él, ya que alguien pudo haberlo visto. La voladura de la mierda de vaca en la tienda de Pepa había sido una chiquillada comparado con esto. Me quedé observando el chispeante pajar, pensando en que la situación se nos había ido completamente de las manos.

Si había algo que sacase de sus casillas al sargento Gracia, era que se incendiasen pajares en su jurisdicción. Al día siguiente, patrulló la zona sin descanso, buscando al pirómano. Quería mostrarles a los habitantes de San Martín que seguía habiendo ley en aquel pueblo maldito. El Sargento pensaba que el autor del incendio y el asesino de María (porque él seguía creyendo que María había sido asesinada, aunque el informe del forense dijese lo contrario) eran la misma persona. No tenía pistas ni indicios ni nada, pero eso no hacía que desistiese en su empeño de poner al culpable entre rejas. Y así, patrullaba el pueblo persiguiendo a un fantasma. El día de su graduación se había prometido a sí mismo que trabajaría incesantemente para servir y proteger a los demás. Veinticinco años después, de aquella promesa sólo quedaba el recuerdo. De todas formas, él pensaba que tampoco había tenido la oportunidad de demostrar que era un buen profesional. Al menos, hasta aquel verano, donde los hechos se habían salido del curso normal de acontecimientos. Si consiguiese atrapar al culpable, no sólo demostraría a todos que podían confiar en él, sino que se demostraría a sí mismo que su promesa no había caído en saco roto. A veces se necesitaban situaciones trágicas para poner a un hombre en el lugar que le correspondía en la historia, y él no tenía ninguna duda de que su lugar estaba muy alto.

El guardia Bayón no tenía las mismas aspiraciones sublimes de su jefe. Su único objetivo era salir de aquella comarca de mierda lo antes posible. Por su parte, San Martín podía quemarse eternamente en el infierno, siempre y cuando él consiguiese irse de allí. Al contrario que el sargento Gracia, él no había hecho ninguna promesa estúpida el día de su graduación. Él era guardia civil para seguir con la tradición familiar y, además, porque tenía que hacer algo para ganarse la vida. Lo que no sabía el joven guardia el día que había entrado en la academia, era que en su primera semana de servicio, iba a maldecir la hora en que le había hecho caso a su padre. Pero ya no había marcha atrás. Sería la deshonra de la familia si decidiese abandonar el cuerpo. Su bisabuelo, el capitán Bayón, primer guardia en la dinastía, se revolvería en su tumba.

El principal sospechoso era el de siempre: Roge. Ambos fueron a buscarlo a su casa y lo interrogaron durante media hora. Era la segunda vez que lo incriminaban en pocos días por algo que no había hecho, y Roge empezaba a cansarse de tener al

sargento Gracia pegado a su culo. Josi también estaba en la lista negra, y vinieron por la mañana a verlo. Él estaba durmiendo, como de costumbre. Las diez y media no era una hora apropiada para que se levantara un buen heavy. Yo no me regía por el horario de los heavies y ya estaba desayunando. Mi madre, después de hablar con ellos, fue a despertar a Josi. Cinco minutos después, apareció él en calzoncillos y con una de sus camisetas de melenudos. Venía medio durmiendo y la cara que traía era todo un poema; un tributo a todos los fumetas del mundo. No pude evitar reírme cuando lo vi. Me puse en la puerta de la cocina junto con Samuel para presenciar mejor el espectáculo. El Sargento lo miró de arriba abajo con disgusto, meneando la cabeza. Aunque ser vago no era delito, él no los podía ver. Si por él fuese, los empapelaría a todos. Su teoría era que todo aquel que no hacía un bien a la sociedad, hacía un mal.

—¡Qué, una noche movidita, eh! —dijo el Sargento, con ironía—. ¿Dónde estabas ayer entre las doce y las tres de la madrugada?

Josi, que no se había enterado de lo sucedido y aún estaba dormitando, balbuceó algo ininteligible mientras se rascaba la cabeza. El Sargento clavó su mirada en él de tal forma que, si mi madre no hubiese estado presente, creo que en aquel momento le habría soltado una hostia.

—¡Que dónde estabas ayer entre las doce y las tres de la madrugada! —repitió el Sargento, elevando el tono.

—Pues en la cama, ¿dónde iba a estar? —respondió Josi, con un acento mezcla entre heavy y fumeta.

El Sargento se quedó mirándolo a los ojos, callado, como si intentase averiguar si decía la verdad. O, tal vez lo hizo para emular a su héroe, el Teniente Colombo. A pesar de que yo sabía que él no era culpable, no me lo estaba pasando mal en aquel momento.

—Es cierto, ayer por la noche estaba en su habitación —dijo mi madre—, y no creo que hubiese salido por la ventana.

El guardia Bayón se mantuvo al margen, como si aquel asunto le importase una mierda. Se despidieron y, antes de retirarse, el Sargento le echó otra mirada a Josi para dejarle bien claro que lo detestaba, hubiese sido él el pirómano o no. De vuelta a su dormitorio, mi madre le dio un coscorrón y le volvió a repetir que era la vergüenza de la familia. Samuel y yo continuamos desayunando, relajados; muy mal lo teníamos que hacer para superar a Josi.

Encontré a Dani en la escuela antigua, jugando a las cartas con Pablo.

—Estoy seguro de que fuiste tú —dije—. Estás loco. ¿Por qué lo hiciste?

—Me dio el puntazo —respondió él, despreocupado.

—Como se entere tu padre, te mata.

—Mi padre no tiene por qué enterarse, mientras tú no abras la boca.

—Yo no voy a decir nada, soy un hombre de fe.

—Querrás decir, de palabra —me corrigió Pablo.

—Bueno, de lo que sea. Yo no soy ningún chivato.

—Lo sé, Mati, lo sé —dijo Dani, echándome una mirada de cómplice.

—¿Y los otros? —pregunté.

—Los otros no tienen por qué saber nada. Las tías son unas bocazas y Gordi también —respondió él.

Pensé en decirle que Sonia no era una bocazas, pero me eché atrás en el último momento. Hay cosas que es mejor guardárselas para uno mismo. Cuando terminaron la partida, fuimos a ver las ruinas del pajar. Excepto las paredes, que eran de ladrillo, el resto se había derrumbado completamente. No pudimos acercarnos, porque la pareja de la Guardia Civil seguía inspeccionando el lugar. Sin duda, el sargento Gracia se lo estaba tomando en serio.

## CAPÍTULO 24

### EL RITUAL

Pablo vino por la mañana a mi casa para decirme que fuese a la escuela antigua a reunirme con los demás. El asunto era muy urgente y no podía esperar. Por lo visto, aquel día había tenido una revelación. Una vez que estábamos todos sentados en los viejos pupitres de la escuela, él sacó de su mochila un libro que tenía por título *Espiritismo y brujería*. El libro era suyo, y su padre se lo había traído de su casa de Gijón el día anterior. Era algo grueso; sobre todo, para tratar de un tema que la mayoría de la gente consideraba poco importante. Pablo no era uno de ellos.

—¡Lo tengo! —dijo él, eufórico—. Sé cómo podemos detener a Mario.

—¿Cómo...? —preguntó Ana.

—¡Escuchad! —Abrió el libro por la mitad, más o menos, y comenzó a leer—: «Ocurre otras veces, que los espíritus se manifiestan porque no saben que están muertos. Suelen ser casos en los cuales esas personas tuvieron una muerte violenta y no recibieron sepultura. Sus almas no pueden progresar y se quedan atrapadas entre este mundo y el otro, a la espera de que alguien las libere.» ¿Os dais cuenta? Mario no sabe que está muerto. Todo encaja: él tuvo una muerte violenta y no recibió sepultura.

—Creo que hicieron un funeral —dijo Dani.

—Sí, pero él no estaba en la caja. Mi abuelo me contó que lo habían enterrado en el bosque y nunca lo encontraron. Probablemente en el funeral pusiesen un ataúd vacío —dijo Pablo. Estaba tan entusiasmado, que se le olvidó coger aire y tuvo que parar. Nosotros prestábamos mucha atención a todo lo que decía—. ¡Mario no sabe que está muerto, tíos! ¿No os dais cuenta de que cuando le preguntamos si estaba vivo, él dijo que sí?

—Esto es muy fuerte —dijo Ana.

Pablo pasó una página en el libro y continuó leyendo:

—«En los casos en los que se contactó con dicho espíritu a través de la tabla de ouija, se puede usar el mismo medio para liberarlo. En este caso, hay que establecer contacto con el espíritu y, posteriormente, se debe quemar la tabla de ouija en una hoguera. El fuego representa la muerte hacia una nueva vida. Si el espíritu pertenece a la religión católica, es conveniente hacer un funeral según la propia tradición, para que sepa que está muerto y pueda pasar al otro mundo.»

—O sea, que tenemos que quemar la ouija —dije, esperanzado.

—Sí, pero primero tenemos que entrar en contacto con él y hacerle un funeral.

—¿Y eso cómo se hace? —pregunté.

—Podemos preguntárselo al Cura —dijo Pablo.

—Ni hablar, el Cura no debe enterarse de nada. Y aún menos éste, que está más loco que una cabra en celo —dijo Dani.

—¿Qué se hace en los funerales? —preguntó Sonia.

—Creo que le echan agua bendita al ataúd, y luego el cura reza unas cuantas oraciones y hace unas cosas raras. Nada que no podamos hacer nosotros —dijo fray Dani.

—Podemos coger agua bendita de la iglesia y rociar la ouija con ella antes de quemarla —sugirió Pablo.

—Si le echas agua bendita, no va a arder —dijo Gordi, que estaba en todo.

—Hay que echarle un poco, Gordi, no bañarla en ella —dijo Sonia, con paciencia.

—También podemos rezar un padrenuestro —dijo Pablo.

—En los funerales no se rezan padrenuestros, tío —dijo Dani—. Se le dice al muerto que descanse en paz, y ya está.

Seguimos intercambiando opiniones y dando sugerencias sobre cómo podíamos mandar a Mario al mundo de los muertos del todo, donde ya no se pudiese manifestar. Si el libro de Pablo estaba en lo cierto, había una posibilidad de que lo consiguiésemos. Pero no estábamos muy seguros de que lo hubiese escrito un loco: le publicaban libros a cualquiera.

—Hay algo más —dijo Pablo—: también tenemos que jurar que nunca vamos a hablar de esto con nadie. Para hacer el juramento, tenemos que llevar algo personal a lo que le tengamos mucho cariño para quemar en la hoguera.

—¿Como qué? —preguntó Ana.

—Cualquier cosa que sea tuya y que quieras mucho —añadió él.

Empezamos a organizar el ritual. Pablo y Dani se encargarían de recoger leña para hacer la hoguera, y Gordi y yo teníamos que conseguir el agua bendita. A mí no me hacía mucha gracia robar agua bendita, pero cuando Pablo me dijo que el agua bendita no se robaba, sino que se cogía libremente —porque estaba allí para todos, y no sólo para uso personal del Cura—, accedí a hacerlo. Quedamos en reunirnos en el claro del bosque después de cenar para hacer el ritual. Había llegado la hora de la verdad.

Por la tarde, Gordi y yo fuimos a buscar el agua bendita. Llevé conmigo una botella vacía de Coca Cola de dos litros. Había previsto coger suficiente cantidad para mandar al mundo de los requetemuertos no sólo a Mario, sino también a todos aquellos espíritus que estuviesen vagando entre este mundo y el otro. Alguien tenía que poner las cosas en su sitio, y quién mejor que yo para hacerlo. El Cura solía dejar la iglesia abierta todo el día para que la gente entrase a rezar cuando quisiese. Gordi y yo entreabrimos la puerta y miramos si había alguien dentro. Estaba en penumbra y no vimos a nadie. La pila con el agua bendita se encontraba cerca de la entrada principal. Entramos y metí la botella en la pila, que casi estaba llena de agua. Nuestro

Cura era muy detallista con esas cosas. Si al final alguien acabase en el Infierno, al menos, que no fuese por una negligencia suya. Conseguí meter en la botella más de un litro de agua, después la guardé en la mochila y nos dispusimos a salir de la iglesia, pero el cabrón me pilló por sorpresa y me dio un susto de muerte.

—¿Qué hacéis, almas perdidas? —dijo el Cura.

Gordi y yo dimos un paso atrás asustados. Parecía suspicaz.

—¿Me vais a decir qué estabais haciendo?

Me quitó la mochila y sacó la botella de Coca Cola.

—¿Para qué queréis el agua bendita, si se puede saber? —preguntó.

Vi que Gordi estaba a punto de responder, y antes de que pudiese meter la pata y hablar más de la cuenta, me adelanté y le solté al Cura una trola:

—Es para mi abuela —dije, con una entonación dramática—; es que tiene reuma y nos mandó que le llevásemos agua bendita.

La capacidad que últimamente estaba adquiriendo para mentir era asombrosa y preocupante. No sé si me llevaría al Infierno, pero, de momento, me estaba sacando las castañas del fuego. El Cura hizo una extraña mueca en señal de sorpresa. Seguro que nunca se le había pasado por la cabeza que el agua bendita curase el reuma.

—¿Y el agua bendita le sirve para el reuma? ¿Qué hace con ella, la bebe?

—No lo sé, pero dice que la alivia.

—Voy a tener que ir a verla.

—¡No! —dijimos Gordi y yo a la vez, en una actitud muy sospechosa.

—No quiere que nadie la moleste ahora. Dijo que ya se pasaría ella por aquí cuando pudiese —proseguí.

Gordi también me miraba algo sorprendido. Estoy seguro de que nunca me había oído contar tantas mentiras en tan poco espacio de tiempo.

—Está bien, pero no en una botella de Coca Cola: esto es una profanación.

Vació el agua en la pila y nos dio un botellín de vidrio lleno de agua bendita, que tenía preparado para casos de urgencia.

—Dile a tu abuela que cuando se mejore, que venga a verme. Tengo que hablar con ella.

Le dimos las gracias y nos marchamos. Antes de atravesar el umbral de la puerta de la iglesia, Gordi se paró y se volvió hacia el Cura.

—¿Es verdad que cuando te mueres ves un túnel? —le preguntó.

—¿Qué...? —respondió el Cura, sorprendido.

—Dicen que cuando te mueres ves un túnel y una luz al final —aclaró Gordi.

—El único túnel que vas a ver tú es el que lleva al Infierno —respondió él, dio media vuelta y se metió en la sacristía.

—¿Una luz al final de un túnel? —comenté—. ¿Quién te dijo esa tontería?

—Es verdad, tío, lo vi en televisión.

Probablemente el Cura quisiese sacar petróleo de aquello también. Si la gente se enterase de que su agua bendita curaba enfermedades, él se haría famoso, y muchos

peregrinarían a su iglesia desde las cuatro esquinas del país. La noticia llegaría hasta el Vaticano. Puede que lo canonizasen algún día y su nombre pasase a engrosar la lista de santos. Todo era posible; al menos, hasta que se encontrase con mi abuela. Entonces, yo iba a tener otro problema, pero de eso, mejor preocuparse más adelante. De momento, lo único que me inquietaba era Mario. Los problemas son como los toros: es mejor lidiar con ellos de uno en uno, y no con todos a la vez.

Antes de irme al bosque, pasé por casa a coger la carátula de mi disco favorito, *Brothers in Arms*, que era lo único que me quedaba de los Dire Straits, después de que Josi hubiese despedazado el resto. Eso era lo que yo había decidido sacrificar por el bien de la humanidad, quemándolo en la hoguera. No iba a lamentar su pérdida, pues mis padres le habían descontado a Josi el dinero que valía y ya me lo habían devuelto. La próxima vez que fuese a una ciudad, volvería a comprarlo; no era un mal negocio.

Nos reunimos todos en el claro del bosque pasadas las ocho y media. Dani trajo para quemar en la hoguera un disco de Simon & Garfunkel: el careto de ambos estaba impreso en la portada.

—Eh, Mati, esto no vale —dijo Dani—: tienes que traer el disco también, no sólo el cartón.

—El disco fue el que se cargó Josi, pero esto sigue siendo valioso para mí.

Sonia vino con una vieja muñeca de trapo. Nos dijo que su padre se la había regalado por su tercer cumpleaños y que era su favorita. La miraba con cara de lástima, como si fuese a perder a un ser querido. Sentí compasión por ella y un poco de culpabilidad, pues nunca la volvería a recuperar y, en cambio, yo probablemente para Navidad tendría otra vez el disco. Ana trajo un libro de aventuras de *Los cinco*, que, sin duda, contribuiría a avivar el fuego. Natalia, que estaba deseando que aquello terminase cuanto antes, nos mostró una diadema con flores rosas. Algo muy infantil, pero, según ella, de un gran valor sentimental. Tanto, que cuando nos lo anunció casi se le escaparon las lágrimas. No sentí pena: el valor sentimental de la muñeca de Sonia superaba cien veces el de aquella mierda de diadema. Gordi trajo unos calzoncillos suyos para ser fiel a su ideología.

—Al menos, estarán limpios —dijo Ana.

—Claro que están limpios, están sin estrenar —respondió él.

—Si están sin estrenar, ¿cómo es que son tus favoritos? —le preguntó Pablo.

—No los he estrenado por eso precisamente, porque son mis favoritos, y los estaba reservando para una ocasión especial.

El último en presentarnos su ofrenda fue Pablo, que sacó del bolsillo de sus vaqueros un billete de dos dólares. Aunque el valor real de dos dólares no era mucho, para él tenía un gran valor simbólico. El billete fue el regalo de un tío suyo que había hecho un viaje por Estados Unidos cuando era joven.

—Es de coleccionista, ya dejaron de fabricarlos hace tiempo —dijo Pablo.

De todas las ofrendas, la muñeca de Sonia era la mejor, y yo le mostré mis condolencias, que ella aceptó amablemente. Dani y Pablo habían hecho un círculo con piedras y habían amontonado en el interior varios trozos de ramas secas. Dani sacó una caja de cerillas e intentó prender fuego. Diez minutos más tarde, había gastado todas las cerillas y la hoguera seguía sin encender. La noche anterior había llovido y la madera estaba algo húmeda. Después probó con un mechero, pero tampoco tuvo éxito. Como no conseguía encenderla, fue a buscar gasolina a su casa. Nosotros nos quedamos esperando un poco impacientes. Pablo dejó la tabla de ouija en el suelo. La miré detenidamente: aquella sería la última vez. Estaba seguro de que nunca más volvería a acercarme a una tabla de ouija, por más médium que yo fuese. La primera vez que la había visto me pareció un inofensivo juego de mesa, incluso algo divertido, pero en aquel momento la miraba como si fuese un objeto extremadamente peligroso. Gordi quiso relajar el ambiente contándoles la gran trola que yo le había dicho al Cura. Sonia me miró muy comprensiva. Estaba abrazada a su querida muñeca, que aplastaba contra su pecho. Natalia permanecía callada y no dejaba de morderse las uñas.

—¿Qué pasa si esto no da resultado? —le preguntó Ana a Pablo, que estaba sentado en el suelo, apoyado contra un árbol.

—Pasa que entonces sí vamos a estar jodidos —respondió él—. Lo que sí creo es que, si se lo decimos a los mayores, no se van a solucionar las cosas.

Intenté no pensar en qué ocurriría si no funcionase el plan. Intenté ser optimista y puse todas mis energías en ello; incluso traté de imaginarme dando otro paseo por el río con Sonia. Lo intenté, pero no lo conseguí. La estampa de dos enamorados cogidos de la mano a la orilla de un río de amor, parecía un sueño distante. En cambio, *La venganza de Mario II* era una pesadilla que estaba adquiriendo unos tintes muy realistas.

Después de una larga espera, apareció Dani con una garrafa de gasolina.

—No querrás incendiar el bosque entero —inquirió Pablo, con sarcasmo.

—Haré lo que sea necesario —respondió Dani, y sin mediar más palabras, roció las ramas con gasolina.

Pensé que Dani sería capaz de hacer cualquier cosa para eliminar a Mario. Puede que su actitud en algunos momentos fuese temeraria, como ya había demostrado incendiando el pajar. Aun así, yo me alegraba de que fuera mi amigo. Me gustaba tener al lado a un tío que vivía la vida al instante y que le echaba *güevos*. Le admiraba por ello, igual que admiré a Roge el día en el que le enseñó a Willy la lección más importante de su vida: que por más chulo que fuese, siempre habría alguien más chulo que él. El precio que tuvo que pagar Willy por aprender dicha lección fue dos o tres dientes. Probablemente más.

Con gasolina fue fácil encender la hoguera. Nos sentamos todos en el suelo, alrededor de la tabla de ouija. *A priori*, no era una misión muy difícil. Sólo teníamos

que contactar con Mario, rociar la ouija con agua bendita y quemarla en la hoguera. Sin embargo, yo no las tenía todas conmigo. Después de nuestra experiencia en el cementerio, cualquier incursión en el mundo de los espíritus se había convertido en algo imprevisible y peligroso. Natalia ya estaba al borde del colapso. En cierta forma, aquello me aliviaba, porque ella acaparaba todas las miradas y me dejaba a mí en un segundo plano, sin que nadie se enterase del pánico que tenía. Sonia estaba sentada a mi lado, y eso me reconfortaba. Pusimos los dedos índices sobre el testigo y empezamos:

—¿Hay alguien ahí? —pregunté.

El que no obtuviésemos respuesta, no me sorprendió, pues ya era un experto en la ouija, y sabía que para contactar con un espíritu se necesitaba paciencia y perseverancia. A lo largo de la siguiente media hora hice varias veces la misma pregunta, sin obtener ninguna respuesta; algo preocupante. Según el libro de Pablo, era imprescindible que contactásemos con el espíritu para enviarlo al mundo de los requetemuertos.

—Yo creo que sabe que lo queremos quemar en la hoguera, por eso no se manifiesta —dijo Ana.

—¿Cómo va a saberlo? —preguntó Pablo.

—Bueno, él nos escucha, ¿verdad? —dije—. Cuando le preguntamos, nos respondía. A lo mejor nos oyó hablar antes.

—Mierda —dijo Dani.

Sonia cogió su muñeca y la abrazó. Se quedó mirando al suelo con cara de inquietud. Yo pasé ganas de abrazarla a ella y no soltarla nunca, de decirle cuánto la quería, aunque me ignorase. En aquel momento mi corazón atribulado no aguantaba más, y pedía a gritos que le mostrase mis sentimientos. Sin embargo, sabía que eso no iba a suceder. Ni siquiera había sido capaz de contarle la historia del pajar, como para decirle que la quería.

Estaba anocheciendo y Mario seguía sin aparecer. Yo tenía el botellín de agua bendita a mi lado, listo para usar.

—¿Y si la quemamos igual? —balbuceó Natalia.

—¿Es que no te enteras? —le reprochó Pablo.

Me levanté y eché más leña en la hoguera para evitar que se extinguiese el fuego. Una hora después del primer intento, nos rendimos y aceptamos que no podíamos contactar con Mario, fuese por la razón que fuese. Estábamos a punto de apagar la hoguera e irnos a casa, pero entonces tuve una extraña sensación. Volví a sentir lo mismo que días antes, cuando había vuelto solo al bosque para recuperar mi dinero. Tenía la impresión de que había alguien más en aquel lugar; lo presentía.

—Vamos a intentarlo una vez más —dije.

Volvimos a sentarnos, pusimos los dedos sobre el testigo y le hice otra vez la misma pregunta que le había hecho cientos de veces. El testigo empezó a moverse despacio e iba aumentando la velocidad progresivamente. Fue de la «M» a la «I», a la

«S», «E», «R», «I». Dani tenía tanta prisa, que soltó el testigo y cogió la tabla de ouija para tirarla en la hoguera, sin echarle el agua bendita. Fui capaz de detenerlo a tiempo, antes de que lo jodiese todo. Cogí el botellín y vertí un poco de agua sobre la tabla. Me temblaba tanto el pulso, que a Sonia se le escapó una risita nerviosa.

—¿Qué haces, tío? ¡Échase la toda! —dijo Dani.

Me quitó el botellín de las manos y lo vació sobre la ouija; después, la tiró en la hoguera. El barniz que la recubría comenzó a derretirse, y las letras iban desapareciendo poco a poco. Creo que en aquel momento todos nosotros nos quedamos más tranquilos. Dani no estaba muy conforme con el lento proceso de cremación, y vertió en la hoguera el resto de la gasolina que quedaba en la garrafa. Las llamaradas que aquello provocó le alcanzaron de lleno, y por un momento creí que Mario no iba a ser el único en pasar a mejor vida. Por suerte, todo quedó en un susto y en unos cuantos pelos chamuscados.

—Dani, tío, tienes que plantearte seriamente pedir consulta con el psiquiatra. Te lo digo en serio —dijo Pablo.

Había anochecido y la luz de la hoguera nos iluminaba. La tabla de ouija ya sólo era un trozo de madera ardiendo. Pablo nos mandó hacer el juramento, y sacó el billete de dos dólares que tanto valor tenía para él. Cogimos nuestras ofrendas y nos colocamos en círculo alrededor de la hoguera.

—Juro por todos los espíritus que nunca más volveré a utilizar la tabla de ouija y que no hablaré de esto con nadie —dijo Pablo, con la voz turbada.

Después, dejó caer el billete en el fuego. Uno tras otro fuimos haciendo el juramento y tirando nuestras ofrendas en la hoguera. De la combustión de los calzoncillos favoritos de Gordi, salieron chispas y un olor desagradable.

—Creí que habías dicho que estaban sin estrenar —dijo Dani, tapándose la nariz.

Luego vino el turno de Ana y de *Los cinco*. Posteriormente, fueron ardiendo en la hoguera la diadema de Natalia, mi carátula del disco y Simon & Garfunkel.

—Era un buen disco, tío —dijo Dani, apesadumbrado.

—No es tiempo de lamentaciones —le respondió Pablo.

Sólo quedaba Sonia, que seguía abrazada a su querida muñeca y no terminaba de decidirse. Yo no le quitaba los ojos de encima. Hizo el juramento algo emocionada y, cuando tiró la muñeca a la hoguera, vi cómo una lágrima le rodaba por la mejilla. Aquella era la lágrima más dulce que había visto nunca. Jamás ninguna otra me había llegado tan hondo. Allí, a la luz de la lumbre, tuve que hacer un esfuerzo para no llorar yo también.

Una vez que se consumió todo en el fuego, incluida la maldita ouija, apagamos la hoguera echándole tierra encima. Ya era tarde cuando nos fuimos a casa. El camino hacia la carretera no era fácil recorrerlo de noche. Yo tuve la suficiente habilidad para situarme delante de Sonia y cogerla de la mano, y así evitar que se cayese. Al final nos caímos los dos y pude abrazarla, aunque sólo fuese un instante. Al llegar a la carretera, el coche patrulla de la Guardia Civil se detuvo a nuestro lado.

—¿Qué hacéis por aquí a estas horas? —nos preguntó el sargento Gracia, enfadado.

Nos miramos unos a otros sin decir nada. Finalmente, Ana tomó las riendas de la situación:

—Estamos haciendo un experimento —improvisó.

—¡Qué experimento ni qué me cago en mi madre! —dijo el Sargento—. ¿No sabéis que alguien anda por aquí y es peligroso? ¡Ya estáis andando para casa ahora mismo!

El sargento Gracia no era la persona más adecuada para entablar una discusión; así que, decidimos dejar a él y a su madre tranquilos, y hacerle caso. Prosiguió su ronda buscando al asesino de la joven María y al incendiario. Nosotros, un poco cansados y cabizbajos, emprendimos el regreso a nuestras respectivas casas. En todo el tiempo que duró el trayecto, bajo un cielo estrellado, no solté la mano de Sonia ni un solo momento.

## CAPÍTULO 25

### EL FINAL DEL VERANO

Lo que hacía tres meses parecía algo muy lejano, terminó llegando. Septiembre, con las noches más largas y los días más cortos, nos anunciaba que el verano, nuestra gran evasión, llegaba a su fin. Habían pasado varios días desde que habíamos hecho el ritual en el claro del bosque, y no habíamos tenido más noticias de Mario, ni de que nadie en el pueblo sufriese algún tipo de accidente. Realmente parecía que todo estaba más tranquilo y silencioso. Poco a poco la gente iba olvidando a las víctimas de los dos meses anteriores, y la vida había retomado su ritmo normal. El sargento Gracia había disminuido la marcha frenética de sus patrullas, en vista de que no encontraba al culpable. El Cura seguía con su particular cruzada contra los pecadores, que, según él, no eran pocos. Y los que habían elegido San Martín como lugar de vacaciones, hacían sus maletas y se preparaban para marchar. Natalia ya se había ido. El día de su partida fue uno de los más felices de su vida; se la veía exultante. Había pasado tanto miedo, que estaba deseando poner tierra de por medio entre ella y Mario. Seguramente a partir de entonces volvería a hacer sus necesidades con normalidad. Pablo estaba a punto de irse y fui a despedirme de él.

—Bueno, Mati, si notas algo raro, como..., por ejemplo: un espíritu intentando estrangularte, llámame, ¿vale? —dijo él, recobrando su sentido del humor.

A mí no me hizo mucha gracia, pero recuperé la compostura y aparenté serenidad.

—No lo dudes —respondí—. Y a ti no se te ocurra volver a comprar otra ouija en la vida. Deja el espiritismo para los brujos.

—Puedes estar seguro.

Nos dimos la mano y se marchó. Lo más probable es que no fuese a verlo hasta las Navidades. Le echaría de menos.

Mi mayor preocupación aquel día no era el retorno de Mario, sino el examen de matemáticas que tendría en menos de veinticuatro horas. Aquella inquietud tenía dos causas: primera, que apenas había estudiado nada; y segunda, que lo más probable es que volviese a encontrarme con Willy. El muy zopenco había suspendido todas las asignaturas excepto educación física. No sabía cómo iba a reaccionar al verme. Puede que no se atreviese más a ponerme una mano encima, o puede que me culpase a mí de sus dientes rotos y me diese otra paliza. Sin embargo, la diosa fortuna me sonrió y Willy ni apareció por el instituto. Cuando la profesora pasó lista y confirmé que no se presentaba al examen, empecé a creer otra vez en el amor libre y la paz universal. Después, me centré en las malditas matemáticas, que no las entendía ni el que las

inventó. Cuando regresé a casa, estaba seguro de que había suspendido; pero, al menos, no había hecho otra visita al centro médico.

Al día siguiente fui a ver a Paula y le conté cómo me había salido el examen. Se mostró un poco desilusionada, aunque, en el fondo, ella se imaginaba que iba a suspender. Y es que, entre Mario, Sonia y mis colegas, me habían robado el tiempo de estudio.

Me reuní con Dani y Gordi en la escuela antigua para planear los últimos días del verano, antes de que volviese la aburrida monotonía del instituto.

—¿Sabes algo? —me preguntó Dani.

Esa era la misma pregunta que me hacía últimamente, después del ritual.

—Nada de nada, aunque todavía es pronto para cantar victoria —respondí.

—Yo creo que lo terminamos de matar —dijo Gordi, pero no sonaba muy convincente.

—¿Sabéis? —dije—, esta mañana mi abuela me preguntó si le había dicho al Cura que tenía reuma, y yo le dije: «No, Buela, dije que era Pepa la que tenía reuma», y ella me dijo: «Es que ayer me preguntó si el agua bendita me daba reuma, y yo le dije que sí, que la humedad me daba un reuma de la leche».

—Así que no se enteraron de nada —dijo Dani, riéndose.

—¡Qué va! Están los dos más chalados que una cabra.

Seguí el resto de la mañana hablando con ellos. Dani nos dijo que su tío había venido a buscarle y que al día siguiente se marcharía a Oviedo. Me entristecí porque sin él ya nada sería igual. Era mi mejor amigo, y con Gordi me aburría como una ostra.

—¿Cuándo vas a volver? —pregunté, apesadumbrado.

—De momento, cada dos fines de semana, pero el próximo verano pienso pasarlo aquí para manteneros en orden y vigilar que no os desmadréis y cometáis estupideces. Ya me entendéis.

—Sí, sólo que pasas un detalle por alto —dije.

—¿Cuál es?

—Que el que más estupideces comete eres tú: el pajar, el petardo en la mierda de vaca...

—Te recuerdo que la idea de la mierda de vaca fue tuya.

—No, la idea fue de Gordi, y nosotros fuimos los tontos que la llevaron a la práctica.

—¡Con un par de güevos! —gritó.

Gordi se desternillaba.

Me despedí de Dani al día siguiente. Lo noté triste, en cierta forma, por tener que

dejar San Martín y a sus amigos. A pesar de todos los problemas que habíamos tenido durante el verano, en general lo habíamos pasado bien. Recordamos juntos los momentos que nunca olvidaríamos, como el petardazo, lo que había ocurrido en el cementerio, nuestras excursiones a la playa y al río, y por supuesto, las sesiones con la ouija y Mario.

—Así que vas a trabajar en el bar de tu tío —dije.

—Sí, pero no pienso estar allí mucho tiempo. Cuando consiga ahorrar suficiente dinero, voy a dejarlo y a independizarme por completo. Quiero viajar por el mundo y, luego, ya veré lo que hago. Lo que no pienso hacer es perder el tiempo.

—Que tengas suerte —dije, ofreciéndole mi mano.

—Tú también —dijo él.

Reclinó mi mano y me dio un abrazo. Poco después me quedé solo y empecé a aburrirme. Habíamos sido amigos prácticamente toda la vida, y no podía imaginarme cómo sería sin él. Dani había sido el hermano mayor que no había encontrado en Josi. Desde que teníamos tres años ya jugábamos juntos y siempre estuvimos muy unidos. A medida que íbamos creciendo, nos hacíamos más amigos. Hicimos la primera comunión a la vez, estrenamos nuestra primera bicicleta el mismo año, nos sentábamos juntos en el autobús y en el comedor del colegio. Él siempre estaba un paso por delante de mí; era el que tomaba la iniciativa, el líder indiscutible. Y yo me sentía cómodo con él al mando. Mi poca predisposición se difuminaba a su lado. No hacía mucho, él me había dicho cómo se hacían los niños. Yo nunca creí que viniesen de París; sin embargo, su teoría me pareció tan descabellada, que me reí como un loco. Según iba pasando el tiempo, comencé a dudar si podría ser verdadera. En mi familia nunca se hablaba del tema. Al final terminaría dándole la razón y aceptando su teoría como fuente de vida; eso sí, cambiando algunos pequeños detalles que había malinterpretado.

Con Dani fuera de órbita, intenté rehacer mi vida. Desde que se había marchado Natalia, a Sonia apenas la había visto. Decidí probar suerte e invitarla a dar un paseo por el río. Fui a su casa y me senté un rato en la entrada, pero ella no salió y yo no me atreví a llamar a la puerta, a pesar de que estaba deseando hacerlo. Con el ánimo por los suelos, opté por volver al claro del bosque para rememorar el ritual que habíamos hecho allí hacía pocos días. Por el camino me encontré con mi colega Harley, que estaba tocando la guitarra en la parte de atrás de su furgoneta. La canción era *Let's get together*, y, según él, todo buen *hippy* debería saber cantarla. Me dijo que iba de la paz y del amor universal, de tratarnos unos a otros como hermanos. No lo sé, mi inglés no iba más allá de unas cuantas palabras sueltas.

—¿Te vas a quedar mucho tiempo en el pueblo? —le pregunté.

—No, una semana más, hasta que Paula se vaya a la universidad.

—¿Vas a ir a la universidad tú también?

—No, *teo*, yo soy un *espíritu* libre.

¡Vaya!, aquello era interesante. Yo también quería ser un *espíritu* libre y no estudiar más.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —pregunté.

—Pues vagar de un lugar a otro con mi *furgo*.

—¿Vas a muchos sitios?

—¡Claro, *teo*!, recorro el mundo. ¿Sabes?, yo me lo monto de la *siguiente* manera: desde noviembre a abril trabajo en la tienda de los viejos para ganarme unas pelotas. También les echo un cable a unos colegas que tienen un *pub allé* en *Gejón*. De ese modo, ahorro dinero durante el *enviernito*, y cuando llega el buen tiempo, cojo mi *furgo* y a vivir, *teo*, que son dos *deas*.

—Como los osos —añadí.

—Bueno, no exactamente como los osos, aunque no vas muy desencaminado.

—¡Qué guay!

—Mira, *teo*, el año pasado estuve en *Francia e Suecia*. *Suecia* es precioso, *teo*: tienen lagos, montañas y, además, son neutrales. ¿Estuviste alguna vez en *Suecia*?

—No, pero sé localizarla en el mapa —dije, orgulloso.

—Seguro que *sé*. Esta *furgo*, *aqué* donde la ves, recorrió media Europa y *todavía* le quedan unos cuantos *kilómetros* más. Aun *así*, *teo*, después de *vejar* tanto y recorrer el mundo, te das cuenta de que el mejor lugar para vivir es aquel en el que tienes alguien a quien quieres.

—Como San Martín —dije, sonriéndole.

—*Así* es, por eso estoy *aqué*. Sabes, *Mati* —dijo, en un tono más relajado—, hay mucha gente que no se plantea muy bien la vida. Hacen de ella un *aburreimiento*. Se levantan todos los *deas* a la *misma* hora, van al trabajo y después otra vez a casa. Trabajan para ganar un *denaro* que luego se gastan en cosas *supérfulas*, que la sociedad les dice que son *imprescindibles*. ¿Lo ves?, y *así* se pasan *dea* tras *dea*. Un año en sus vidas es exactamente *igual* que el anterior. Yo no puedo vivir *así*, *teo*, *sere* incapaz. La vida es corta y quiero aprovecharla al máximo; vivir el presente. Porque, sabes qué: el presente es el futuro del ayer y el pasado del mañana.

¡Uuuu!, el presente es el futuro del ayer y el pasado del mañana. ¡Colega, este tío sí entendía de la vida! Aún estaba intentando comprender el verdadero significado de aquella frase, pero, *a priori*, sonaba bien.

—Estoy de acuerdo —dije, sin dudar.

—¿Tú sabes lo que es coger la *furgo* y despertarte cada *dea* en un lugar *deferente*? Hoy en una playa desierta, mañana en un valle boscoso, al *dea siguiente* en las orillas de un lago *suezo* con vistas a los Alpes. Es una pasada, *teo*; eso es vida —dijo él, dándome una palmada en el hombro.

No necesitaba escuchar más, ya lo tenía claro: yo iba a ser *hippy*, pusiesen como se pusiesen mis padres, dijese lo que dijese el Cura. En aquel momento tomé la firme determinación de serlo. Había nacido para ser *hippy* y no me había dado cuenta hasta

aquel día. Me despedí de Harley y proseguí el camino planeando mi futuro. Viviría la vida al instante. ¿Cómo era eso que había dicho de que el presente era el pasado del ayer y el futuro del mañana, o algo así? Bueno, seguía sin entender muy bien su significado, pero por mi madre que lo iba a descubrir. Cuando terminase el instituto, dejaría la universidad para los empollones y los niños pijos, y me buscaría un trabajo. Ahorraría dinero para comprarme una furgoneta con un colchón detrás. Después, recorrería el mundo en ella; sería un espíritu libre. Invitaría a Sonia y a Dani a venir conmigo. A Pablo, si no se pusiese muy tonto con los espíritus, quizá lo invitase también. Viajaríamos juntos por España, Francia, Italia, y dormiríamos a la orilla de un lago suizo con vistas a las montañas. Quién sabe, si consiguiese ahorrar suficiente dinero, tal vez pudiésemos llegar hasta Suecia para ver los pingüinos. Mi abuelo decía que el país entero estaba lleno de ellos porque hacía mucho frío.

Llegó el domingo y Sonia estaba haciendo las maletas para marcharse. Sus padres habían venido a buscarla a ella y a su hermana. Yo sabía que ésa era mi última oportunidad para invitarla a venir al río conmigo. Sin embargo, la vi tan ajetreada metiendo cosas en el coche, que no me atreví.

—Pareces muy ocupada —dije.

—Sí, mis padres quieren marcharse pronto para evitar aglomeraciones en la carretera.

—Aglomeraciones, claro... Seguro que no tienes tiempo libre.

—La verdad es que no mucho.

Era la primera vez en todo el verano que la veía vestida con ropa elegante. Los vaqueros cortos y las camisetas gastadas habían sido sustituidos por una camisa y una falda. Su pelo también estaba limpio y brillante, y mi deseo hacia ella iba en aumento. Después de cargar el coche, se sentó a mi lado a las afueras de su casa.

—¿Qué vas a hacer ahora que se fueron casi todos? —me preguntó.

—Procurar no meterme en líos. ¿Te parece poco?

—No —respondió, sonriéndome y mirándome a los ojos—. Seguro que necesitas un descanso después de tantos problemas, ¿verdad?

—Sí, no me vendría mal un poco de tranquilidad.

—Bueno, de todas formas, seguro que encuentras algo que hacer para no aburrirte. Eres un chico guay.

¿Chico guay había dicho?, ¿o era una alucinación producida por mi corazón indomable?

—No... —dije, mirando hacia otro lado y esforzándome para terminar de creerlo.

—En serio, tú siempre encuentras algo que hacer para divertirnos.

«No lo dirá por lo de la cagada», pensé.

Se acercó más a mí y me cogió la mano.

—¿Tú crees? —dije, mirándola a la cara, un poco nervioso.

—Sí.

Aquel había sido el «sí» más sincero y dulce que jamás habían escuchado mis oídos. Nos miramos directamente a los ojos, y sentí que en ese momento estábamos unidos por completo. Había algo entre nosotros que no se podía expresar con palabras. Era un sentimiento tan puro y noble, que no podría olvidarlo aunque viviese mil años. Pero, desgraciadamente, la magia no duró mucho, pues su padre la avisó a voces de que ya era la hora de irse.

—¡Sonia! ¡Vamos, que ya sabes que es domingo y no quiero pillar el atasco! —dijo él.

¡Malditos atascos, maldito tráfico, malditos domingos y quien los inventó! Siempre me pasaba lo mismo.

—Bueno, tengo que irme —dijo Sonia, incorporándose.

—Supongo —respondí, y me levanté también hasta quedar cara a cara con ella.

—Pórtate bien, ¿vale?

Metió su mano en el bolsillo de su camisa y sacó un trozo de papel doblado. Cogió mi mano, lo puso en ella y la apretó.

—No lo leas hasta que me haya ido, ¿de acuerdo?

Después, me dio un suave beso en los labios y se fue. Observé atentamente cómo se despedía de su abuela y se metía en el coche. Una vez dentro, me saludó con la mano y yo hice lo mismo. El coche se puso en marcha y se fue alejando poco a poco. Cuando giró en la curva y lo perdí de vista, desdoblé el trozo de papel que me había entregado. En él, había un corazón dibujado a bolígrafo, y dentro estaban escritas las dos palabras más bonitas que había visto en mi vida, «te quiero». Levanté la vista rápidamente para decirle que yo también la quería, pero ya era demasiado tarde, se había ido. Volví a fijarme en aquel pequeño trozo de papel arrugado y lo leí una vez y otra y otra. No me cansaba nunca.

## EPÍLOGO

La rueda del tiempo gira y gira y no se detiene nunca. Su inexorable marcha todo lo engulle: alegrías y penas, no hace distinciones. Los años que pasaron no volverán jamás, ya hubiesen sido buenos o malos. Sólo nuestra memoria nos da fe de lo que una vez aconteció. Aquel verano del 89 quedó en el recuerdo, nunca en el olvido. A medida que transcurre el tiempo, los sueños de la infancia se van desvaneciendo poco a poco. Me acuerdo de la primera vez que vi el mar: tenía cuatro años. Allí, de pie frente al vasto océano, tuve una sensación de asombro que nunca se me olvidaría. Estaba ante algo completamente nuevo y fascinante; algo que, en cierta forma, representaba ese anhelo de un mundo mágico y maravilloso con el que había nacido. Sin embargo, según iba creciendo, iba perdiendo también la chispa de la vida. Hoy en día me sigue gustando el mar, pero ya nada es igual que la primera vez. Ya no siento lo que sentía cuando era un niño, ya no sueño lo que soñaba. Todo es más oscuro y frío. Gran parte de la magia con la que nací, se fue; el tiempo se la llevó. La echo tanto de menos.

Los años pasaron y nada volvió a ser igual. Nunca tuvimos más noticias de Mario, ni de que hubiese causado otras muertes: lo derrotamos aquella noche de verano. Dani y yo seguimos siendo amigos por un tiempo, a pesar de que él cada vez venía menos por el pueblo y lo veía muy poco. Creo que las verdaderas amistades nunca mueren del todo. Al final consiguió independizarse y dejó el bar de su tío. Pero se había echado malas amistades y pronto se hizo adicto a las drogas, y en especial, a la heroína. La situación fue de mal en peor, y lo despidieron del trabajo, porque, según su jefe, le robaba dinero. Tiempo después, viéndose incapaz de poder llevar una vida normal, decidió entrar en una clínica de desintoxicación. Fui a hacerle una visita un día. Estaba tan pálido y desfigurado, que me entristecí al verlo. Creo que él se dio cuenta de eso, porque me dijo: «La cagué, ¿eh, Mati?». Yo le dije: «No te preocupes, tío, todos la cagamos alguna vez». Cuando salí de la clínica, sentí que aquello era tan injusto, que me puse a llorar. ¿Hasta qué punto él era culpable de su destino fatal? Aquel chico alegre que soñaba con pasarse la vida viajando y conociendo gente nueva cada día, nunca consiguió vencer a las drogas. Sin embargo, no fueron ellas las que lo mataron, fue un accidente de tráfico. Una fría noche de invierno dejó su vida en la carretera con tan sólo veinticinco años. Según la policía, el coche se había salido de la autopista a más de doscientos kilómetros por hora un sábado de madrugada. Los cuatro ocupantes del vehículo murieron. Dani iba al volante. Su novia me llamó por teléfono al día siguiente para decírmelo. Aquél fue el día más triste de mi vida.

Gordi fue el único de nosotros que se quedó en el pueblo. Dejó de estudiar a los dieciséis años y se puso a trabajar en la granja de sus padres. Ahora está casado y

tiene dos hijos. Seguimos siendo amigos, y cada vez que vuelvo a San Martín, voy a visitarle. Creo que, más o menos, está feliz con su familia. De Pablo, Ana y Natalia no sé nada. Acabé perdiendo el contacto con ellos. Con respecto a Paula, las últimas noticias que tenía de ella la situaban en Australia. Según me dijo Gordi, había conocido a un *hippy* australiano y se había ido a vivir con él.

Mi historia con Sonia tampoco tuvo un final feliz. Después de haberse marchado aquel verano, pensaba en ella constantemente, día y noche. No podía quitármela de la cabeza. Aquel trozo de papel que me había dado, con un corazón, diciéndome que me quería, lo guardé en la mesita de mi dormitorio, y en los siguientes meses, cuando me acostaba, lo leía otra vez, veinte veces, o cincuenta, según estuviese de ánimo. Regresó en diciembre, pero aquél no era un día feliz: su querida abuela había muerto. Yo asistí al entierro y la vi. Allí estaba, llorando, más triste y más guapa que nunca. Cuando terminó el funeral, me abrazó emocionada sin decirme una sola palabra. Yo estaba tan aturdido, que no fui capaz a decirle nada. Le entregué el trozo de papel que me había dado en septiembre. Lo miró con atención, me sonrió tímidamente y me lo devolvió otra vez. Después me dijo, «cuídate», me besó en la mejilla y se marchó. Me quedé allí quieto, en medio del cementerio, viendo cómo se unía a su madre y a su hermana y se perdía entre la gente. Nunca más la volví a ver. La esperé con ansiedad el verano siguiente, pero no regresó. Sus padres vendieron pronto la casa de la abuela y ya no se les vio más por el pueblo. Intenté ponerme en contacto con ella y le escribí un par de cartas; sin embargo, no obtuve ninguna respuesta. Era como si se la hubiese tragado la tierra. Si alguna vez volvió por San Martín, yo, desde luego, no la vi. Me preguntaba por qué había desaparecido. Quizá yo no significase mucho para ella, y sólo fuese un amor de verano. A lo mejor, aquella nota con las palabras «te quiero», no era más que un juego de niños. No tenía ni idea.

Pasaron los años y terminé el instituto. El sueño de ser *hippy* me había durado poco. En cambio, fui a la universidad y estudié Derecho. Allí conocí a la que sería mi mujer, y no me llevaría mucho tiempo dejarla embarazada. Esas malditas píldoras son una mierda, fallan más que una escopeta de feria. Ella me sugirió que lo mejor para esa nueva vida que venía de camino, era el matrimonio, y yo cedí. Poco después de la boda, nació mi hijo. No puedo decir que la vida me haya tratado mal. Tengo una familia que me quiere, un trabajo estable, una buena hipoteca y un coche que no suele dejarme tirado en la carretera, qué más puedo pedir.

Es curioso, pero cuando en las noches de insomnio aquel verano del 89 vuelve a mi mente, el primer recuerdo que me viene no es el de Mario y sus víctimas, ni el de nuestras sesiones con la ouija en el claro del bosque, ni el de las muchas aventuras y desventuras que tuvimos. Mi primer recuerdo siempre es el de aquella bonita tarde a la orilla del río, cuando besé a la chica más maravillosa. A veces, especialmente en los momentos difíciles, todavía pienso en Sonia. Sueño que ella está a mi lado, besándome y amándome, acariciando mi cara con su suave mano y diciéndome: «Te quiero, Mati, te quiero, te quiero, te quiero».

El pasado puede ser una carga muy pesada. Puede ser el carcelero de tu prisión, la pócima que envenena tu sangre, una soga al cuello, tu verdugo. Ahora trato de vivir el presente y olvidarme de lo que pudo haber sido y no fue, y de lo que fue y nunca debió haber sido. Así que, cuando me levanto por las mañanas, intento vivir ese día, no sólo como si fuese el último, sino también como si fuese el primero. Trato de dejar el pasado donde debe estar, en el pasado. Procuro ver la vida otra vez con los ojos de un niño, donde todo es puro y bello, donde todo está aún por descubrir. No lo consigo, pero, al menos, lo intento. Aquel verano aprendí muchas cosas: una de ellas, es que del amor se goza tanto como se sufre. Las palabras de Alfred Tennyson tienen un significado especial para mí y me dan consuelo. Y cito: «Mejor es haber amado y haber perdido, que no haber amado jamás». Pase lo que pase y esté donde esté, Sonia siempre ocupará un lugar sagrado, ahí, donde están todos mis sueños, en lo más profundo de mi corazón.